intervalo ALBUM



intervalo ALBUM



sumario

¡VIVA MARÍA!

Por LOUIS MALLE

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE VOGT

El 1909 cruzaba por Irlanda entre violencias y sangre.



Artistas Unidos presenta esta superproducción de Louis Malle, con interpretación central de Brigitte Bardot y Jeanne Moreau.

La ansiedad por lograr un estado libre se unía a otras luchas de los que acababan de fundar la universidad católica. Era en Dublín...



...y las discusiones irlandesas se canalizaban hacia un torrente de trompadas o de tiros.



Una muchacha hermosa, con rostro de evidentes rasgos celtas lloraba junto a la ventana de su casa. Se llamaba María Mc Hatt.



Sin embargo, en medio de la feroz lucha callejera...



Cuando Paul Mc Hatt intentó recuperar el arma caída junto a uno de su bando que había muerto, recibió un tiro en el pecho.



Entre varios amigos llevaron a Mc Hatt fuera de ese infierno.



Los ojos vidriosos del moribundo vieron el hermoso rostro de María y los largos cabellos dorados de la joven.



Fue el último abrazo, el último beso.



María Mc Hatt lloró muchísimo a aquel padre enérgico y dulce al mismo tiempo. Y evocó otros tristes sucesos familiares. La muerte de la madre y aquella vez en que Paul estuvo al borde de la muerte, malherido en una de tantas refriegas. Ahora la paz había llegado al corazón del luchador. Lejos doblaban a muerte las campanas.



María decidió ser una más en el movimiento. Y no le importaba su condición de mujer. Había otras valerosas mujeres en la lucha.



Mientras en París se vivía "la bella época" y una joven, María Viler, anhelaba triunfar en las variedades...



...María Mc Hatt veía más sangre y más muerte a su alrededor.



Transcurrió ese año. En París, la abundancia de figuras prominentes en el alegre arte de las variedades empujaba a otros al exterior.



Era preferible esa poca cantidad de francos antes que nada.



Agregó con un suspiro:-Aquí, en París, y no fuera de tu patria chica. - Sin embargo...



La troupe Arnaud dejaba de hacer provincias en Francia, intentando la conquista del buen mercado teatral de América. En una fría mañana de enero de 1910, quince personas se embarcaron en El Havre...



...y entre ellas la ilusionada María Viler.



A bastantes millas del puerto francés, en la convulsionada Dublín...



En la hora de la revolución del maquinismo la gente amaba sin esfuerzos lo que consideraba bueno. Como María Mc Hatt a sus ideales.



Por eso quería quedarse. Para honrar a su padre, sacrificado, y que descansaba para siempre bajo la cruz, en el cementerio.



Los amigos de María Mc Hatt se preocuparon por conseguirle la huida de Dublín hasta que lo lograron, en un viejo carretón sanitario.



Luego, un barco de ultramar. Y el adiós a su convulsionado país.-



Mientras tanto, el elenco de variedades de Diógenes Arnaud recorría el Norte de América rumbo a los países del centro.



La "tournée" tenía relativo éxito. América aún seguía aferrada a los gustos nativos,casi con exclusividad.



La joven que quería cantar, y nada más que eso, tuvo que unirse a los acróbatas del atlético Werter, haciendo la presentación del número.



Estaban ya en Centroamérica cuando los sorprendió un terrible choque político. Apenas pudieron librarse de lo peor...



... pasando de Apimar a Tablas, y de allí a San Miguel.



Hizo un gesto como diciendo que había que resignarse y trabajar, aun en medio de los disparos de las armas.



Un grupo de bandidos bajo órdenes de un comerciante que gustaba de la tiranía cometía toda suerte de atropellos en San Miguel.



La única preocupación de Rodríguez era incrementar su riqueza y,para concretar esa ambición,había alquilado varios matones asesinos.



Era buen caldo de cultivo para una revolución, y el noble como generoso Edgardo Flores había abandonado su grandiosa finca de Apimar por pedido de cientos de labradores.



El generoso terrateniente señaló a Edgardo Flores (hijo) que contemplaba muy pensativo a toda esa gente que quería alzarse en guerra.



Tenía veinticuatro años, buen físico y un cristiano corazón que, en esa grave emergencia, estaba junto al dolor de la pobre gente.



Avanzó hacia el aún apuesto don Edgardo, mientras la gente prorrumpía en cálidos vivas.



Una flamante máquina de sacar fotografías tomó la placa al magnesio. El movimiento contra "el amo de San Miguel" estaba en marcha.



Empero, poco después, y a solas, don Edgardo dijo que se sentía enfermo, agregando: -¡Mi gran orgullo sería que tú fueras al frente de nuestra legión liberladora, hijo!



Mientras eso planeaban en Apimar, la compañía francesa de variedades realizaba sus espectáculos en San Miguel y bajo duras condiciones, pues la gente no concurría a los espectáculos en la cantidad que la empresa esperaba.



Y aquella noche cálida, tropical, un extraño hecho vino a animar la vida que vivían los de la troupe Arnaud. Una mujer rubia, esbelta, bella a pesar de que sus ropas no lucían muy bien, llegó hasta ellos...



...pidiéndoles ayuda. -Mi nombre es María, hermanos europeos. Hace dos días que no pruebo bocado.- La recibieron con simpatía, con cariño.



La salida de Irlanda, el largo viaje por mar, y la llegada a ese exótico sitio de las Américas, además de toda la vida de la joven irlandesa, los emocionó.



Así la denominaron desde entonces, dándole el primer puesto en la designación a María, la cantante.



La mujer francesa simpatizó también con la dulce y cordial irlandesa, que parecía no alarmarse ante los no muy lejanos ruidos bélicos que llegaban hasta el sitio ocupado por el elenco de Arnaud.



Para distraer a la irlandesa, María Viler intentó acercarla a los secretos del escenario. Esa mañana, acompañada por la guitarra de Juan Arnaud, cantó una vieja y emotiva balada francesa.



La joven irlandesa, que en Dublín -y mientras vivía su madre- había estudiado en un buen colegio, tenía ciertos conocimientos de danza.



Pero sucedió que en la noche del debut, el vestido de presentación de María Segunda comenzó a romperse, y el público creyó que eso pertenecía al espectáculo, y aplaudió cálidamente.



Avergonzada y con deseos de llorar, María Segunda iba a marcharse de la escena en medio de las delirantes demostraciones de la concurrencia masculina...



...cuando Diógenes Arnaud se lo impidió.



La situación tuvo que repetirse noche a noche, y eso atrajo más público, que también supo apreciar las bondades de María Segunda como danzarina.



La actuación de una semana en San Miguel, tuvo que extenderse a dos, a pesar de que a diario se producían choques entre los bandos en pugna. La gavilla de Rodríguez y las fuerzas de los Flores.



Cuando llegaron a Apimar, una tarde...



Hasta ese momento, María Mc Hatt había permanecido al margen de lo que ocurría en esa pequeña tierra centroamericana. La noche anterior había leído el diario que traía la foto de los Flores...



...y sintió indignación por lo que allí ocurría.




Ahora, desde la ventana del hotel, divisaba a aquellos salvajes que respondían a Rodríguez, el tirano. Estaban aplastando a sus rivales.


Muy nerviosa bajó hasta la oficina de la gerencia. Sus ojos negros, vivaces, se encontraron con aquel fusil que parecía cargado. Lo tomó, y, ocultándolo, regresó a su cuarto.


En sus últimos tiempos en Irlanda había tomado contacto con infinidad de armas.
(¡Perfecta! ¡Ahora verán ésos!)


El lúgubre ojo del fusil comenzó a soltar abejorros mortales. Era la hermosa rubia María Segunda quien apretaba el gatillo...


...y lograba unos blancos nada despreciables.
¿Quién nos estará ayudando desde el hotel, don Edgardo?

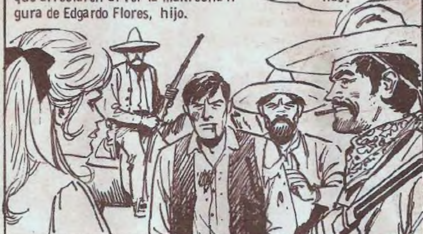

El joven Flores no podía adivinarlo. Pero rogó en la emergencia que la ayuda fuera muy amplia, pues estaba perdiendo el combate.


Minutos después, la desesperada María Segunda comprobó que se había quedado sin proyectiles, mientras dos jinetes del bando del tirano llegaban corriendo y en averiguaciones.


Cuando el sanguinario Mario Luiz entró en el cuarto que ocupaba la joven irlandesa, ésta le arrojó el fusil a la cara.
¡Gata salvaje! ¡Lo pagarás con la vida!


Lo hecho por María Segunda perjudicó a todo el elenco. Los sicarios de Rodríguez llevaron como cautivos a todos los integrantes de la "troupe" Arnaud.
HOTEL


La hacienda de Rodríguez, el poderoso y diabólico señor Rodríguez, era un lugar de ensueño, pero a María Segunda no le pareció así.
¡Calla, muchacha, o te matarán!


En la ocasión hasta María Primera apoyó a la irlandesa en sus protestas, que arreciaron al ver la maltrecha figura de Edgardo Flores, hijo.
¡Se van a divertir cuando fusilemos a ése, niñas!


María Viler llegó hasta tocar el brazo ensangrentado del joven. Este la miró fugazmente, depositando su mirada final en la rubia altanera que lo había ayudado desde el hotel.
¡Andando, chico tonto! ¡Ya te daremos, por bobo! ¡Andando!


Edgardo fue atado a un yugo de madera que apenas si podía soportar sobre sus musculosos hombros. Luego lo azotaron.


María Mc Hatt no lo pudo soportar. Tampoco María Viler, que había sentido de pronto que su corazón latía fuertemente por el joven Flores.
(Werter y sus muchachos. ¡Sí, tienen que lograrlo!)


Esa misma noche, con la cooperación de los ágiles y poderosos integrantes de la "troupe", Werter y la María francesa intentarían liberar al herido. Cuando María Mc Hatt escuchó ese primer tiro, se levantó...


...comprobando que el esfuerzo de sus amigos europeos fracasaba.
(¡Tonta María! ¿Y ahora?)


Corrió hasta su buena amiga, justo cuando los compinches del tiránico señor de San Miguel la llevaban a la rastra. María, la irlandesa, atacó con una estaca al que agredía a María Viler.
¡Maldición! ¡Esta es la última que lo haces! ¡Ya verás!


El enfurecido Rodríguez escuchó el relato de su lugarteniente Luiz.
¡De acuerdo, Mario! ¡Primero harán un espectáculo para nosotros, y después..., la muerte!

La hazaña de las dos Marías había empezado a correr por la comarca, y la gente no ahorraba elogios para las dos valerosas europeas.



Lo mismo dijo el aristocrático señor Flores cuando llegaron hasta él las noticias sobre la derrota de su primogénito.



Vaciló un poco para gritar con firme voz:





...que puso en acción sin vacilar, quitando del medio a los que llegaban tras ella.



Esa bravía acción de María Segunda permitió a Werter y uno de sus compañeros llegar hasta la celda donde Edgardo Flores, hijo, seguía soportando malos tratos. Abatieron a los guardianes...



...y poco después ganaban la llanura, mientras la ametralladora, en las delicadas manos de María Segunda, seguía constituyéndose en vehículo de muerte.



Cuando la joven rubia llegó hasta el lugar donde se encontraban los fugitivos, comprobó con creciente pena que el hijo del caballero Edgardo Flores se hallaba moribundo.



El rostro de María Viler, transformado por el dolor -¡cuánto quería a ese apuesto y valiente joven americano! - no soltaba ni una lágrima, mientras acariciaba las manos de Edgardo.




Las últimas palabras del muchacho surgieron entre la consternación general y la hierática postura de María Primera.
Llevaremos a término la revolución que tú iniciaste, Edgardo.


¡Arrasaremos a ese sanguinario individuo, que no ha de solazarse con tu desaparición!
¡Lo haremos, Edgardo! ¡Viva María!


Las dos, la María de Irlanda y la de Francia, se abrazaron ante el cadáver de Edgardo Flores, que parecía contemplarlas con admiración.


En la noche, un puñado de jinetes armados hasta los dientes se acercó al lugar donde estaban los artistas europeos. María Mc Hatt informó a esa gente que se disponía a atacar a Rodríguez.


Inutilicé la ametralladora, ya que no podía seguir usándola.
¡Brava muchacha! ¡Viva María!


Se lanzaron con furia inaudita, y luego de un combate más breve del que imaginaban, convirtieron en una inmensa tea la finca de Rodríguez.
¡El canalla ha muerto! ¡Viva la libertad!


Amanecía, e infinidad de fusiles, de revólveres, fueron agitados por manos de color canela y manos blancas de europeos. María Primera y María Segunda estaban allí también, en mitad del alegre delirio y luego de haber cumplido como valientes que eran.

No todo estaba concluido con la acción de San Miguel, y así fue que, al grito de "¡Viva María!", otras comarcas se sacudieron el yugo de los imitadores del tal Rodríguez.



Las dos Marías, confundidas entre los oficiales que apoyaban al otoñal Edgardo Flores, eran aclamadas como las líderes del movimiento. Y aún quedaba la briosa acción de Tres Cerrillos, cuando María Mc Hatt, amazona decidida, alcanzó el tren que llevaba...



...armas para consolidar el último grupo de resistencia.





...cuyos habitantes se lanzarían luego a las calles, dando rienda suelta a la enorme alegría que los embargaba, con unos justos representantes al frente de los destinos del país...



...y dos portentosas mujeres, que eran estandarte de guerra y sinónimo de amistad.



En medio de imponentes fiestas, la "troupe" Arnaud, pero en particular las dos Marías, fueron agasajadas hasta el cansancio. Pero, tanto María, la irlandesa, como María, la francesa, tenían la vista fija en...



...el más rutilante astro del cielo. Un lucero nuevo, que podía competir con Venus. Un lucero varonil, que las dos mujeres sabían se llamaba Edgardo...



...y que se había formado de lágrimas brillantes. Las que por él derramaron las dos valientes muchachas que lo quisieron en el breve espacio de tiempo que tuvieron para conocerse.



SIN PALABRAS













DOCTOR ZHIVAGO

NO HABÍA PAZ, SOLAMENTE EN LA MUERTE

Por BORIS PASTERNAK

Superproducción Carlo Ponti, distribuida mundialmente por la M-G-M con la dirección del varias veces laureado David Lean, en Metrocolor, e interpretación central a cargo de Omar Sharif, Geraldine Chaplin, Alec Guinness, Julie Christie, Rod Steiger, Tom Courtenay y Sir Ralph Richardson.

La "unión con Moscú", que había continuado subsistiendo durante el largo trayecto hasta Jurjatin, se había quebrado, terminado, en cuando el doctor Jurij Zhivago, su esposa Tonya, su hijito Sasenka y el suegro, profesor Alex Gromeko, penetraron en la vieja casa de los Zhivago...

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE DALFIUME









Después, ya anochecido, la luz se iba esfumando entre los húmedos arbustos del barranco, que se poblaba de sombras difíciles de distinguir.

(El barranco, el riacho, el bosque. Es un hermoso paraje.)

Era un sitio ideal para las guerrillas entre los dos bandos en pugna. Trató de no pensar en ese odioso tema y repitió: -Es un hermoso paraje y me gusta.- Casi en seguida llegó el vecino Stepanic a saludarlo. Se produjo una extensa conversación entre los dos hombres, y, cuando ya languidecía, Stepanic exclamó: -En Jurjatin vivieron...

"...años atrás Pasha Antipov y señora. El ahora se convirtió en el famoso "fusilador" Strelnikov, pero antes era un tímido profesor. Lara era el nombre de su bonita mujer. De pronto, Antipov se fue a la guerra y ya no volvió a casa. La señora Lara también se marchó un día con la hijita."

(¿De manera que Lara, Larissa y... ¡Strelnikov!)

Creyó comprender ahora los amargos silencios de la mujer cuando evocaba su pasado. Lara jamás se refería a su vida anterior. Para ella estaba rodeada de fracasos. Este, que acababa de conocer Jurij Zhivago, no era de los más leves en la existencia de Lara Fedorovna.

Al día siguiente, y a favor de un tiempo espléndido, Jurij comenzó a trabajar la tierra en su hacienda. Era un gran ejercicio para la salud. Sin embargo se sintió mareado, descompuesto.

(En cuanto pueda me haré un recuento de glóbulos.)

¡Qué felicidad trabajar para sí y para la familia desde la mañana a la noche, haciéndose su propio mundo, como Robinson Crusoe! Por la noche, Tonya y el padre leían "Rojo y negro", "Las dos ciudades", "La Guerra y la Paz" mientras Jurij escribía.

El doctor Zhivago comenzó a relatar los hechos más salientes de su vida en un grueso cuaderno. Al llegar el siguiente invierno escribió: "Creo que Tonya está encinta. Ella no comparte mi opinión, pero hubo cambios en el aspecto exterior de mi esposa. Se hizo más apacible. Sus ojos están chispeantes. Es otra Tonya."

Agregaba luego: "La mujer trae al mundo a su propia criatura y se retira con ella a una silenciosa humildad, y allí la nutre y la cuida. Se asemeja a la Virgen en esto. Su espíritu descansa en Dios, su Salvador. El ha posado su mirada en la humildad de su sierva. El Omnipotente ha hecho por ella un milagro..."

"...y su criatura es gloria. Pero lo mismo pueden decir todas las madres del mundo. También las madres de los grandes hombres. Todas las madres son madres de grandes hombres. No es culpa de ellas, si después la vida los frustra."

Terminaba el invierno, cuando Zhivago cayó en cama. Tenía dificultades para respirar. Llegó un viejo médico del pueblo. Conversaron.

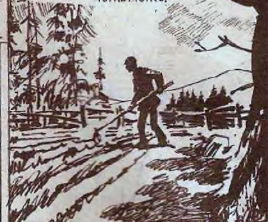
A usted no debo engañarlo, Zhivago. Esto va mal. Es la aorta. Posiblemente el primer...



Produjo una triste sonrisa y agregó: -En ese caso no voy a vivir mucho.- Luego ocultó a Tonya su problema. El pequeño Sasenka correteaba por la habitación, ajeno a todo. Como sucede con todos los niños del mundo que tienen tan pocos años como el hijo del doctor Zhivago.



Hacía tiempo que Zhivago no ejercía. Prefería esa pacífica tarea sobre la tierra. La hacía con gusto, aunque lentamente.



En su diario anotó: "Hoy ha llegado un enfermo hasta mí. Naturalmente, como otras veces, quise rehuirle. No tengo instrumental adecuado. Pero detrás del enfermo llegó mi hermano Egraf e insistió para que le prestara atención médica. ¡Egraf es tan impulsivo! Atendí al enfermo."



Egraf se quedó varios días con Jurij. Y de pronto desapareció. Era la forma de ser de aquel hombre joven y decidido. Pero antes de irse tan misteriosamente como llegó dijo a Jurij: -No debes abandonar la medicina, doctor Zhivago. ¡Eres un idiota si así lo haces!



Con el buen tiempo, Jurij se sintió mejor, y a veces realizaba largos paseos, mientras meditaba. Solía apartarse mucho de su casa en el coche familiar tirado por un caballo excelente y joven. En ocasiones cruzaba el interminable bosque...



...pero esa tarde de primavera la empleó para visitar la biblioteca de Jurjatin. Le extrañó hallar el lugar tan animado. Eso significaba que la gente seguía buscando consuelo, paz, en los buenos libros.



Esa tarde estuvo a punto de tropezar con una mujer esbelta, rubia y tan hermosa como años antes. Ella era Lara Fedorovna, la viuda de Pasha Antipov.



Sin embargo, ni el doctor Zhivago ni Lara Fedorovna se vieron. Y, mientras el médico tomaba asiento en un sector de la amplia biblioteca, ella se alejaba por la calle Pazinsk hacia su casa.



Golpeada repetidas veces por un destino esquivo, Lara había vuelto al pueblo donde naciera su hijita Katenka, pero vivía lejos de la hacienda de los Zhivago-Gromeko, en una casa de inquilinatos.



Zhivago regresó muy tarde a su casa. Era de noche cuando cruzó el puente sobre el rápido río Kezma, a un costado del monasterio de Vozdvizensk. Fue bordeando el antiguo edificio y leyó con gusto aquella leyenda en oro: "Bendita Cruz, que das la vida; invencible victoria de la piedad."



Las casas, cerca de la colina, parecían pequeños cofrecitos. Jurij quedó encantado con ese paseo y lo repitió. Una vez más, quiso el destino que no se encontrara con Lara Fedorovna. Ella había abandonado la biblioteca minutos antes de la llegada del coche que conducía Zhivago.



Por la comarca llamaban bajo las armas a mucha gente. Eso significaba que la efusión de sangre iba a continuar también en esos parajes. Los jóvenes leían bandos que fijaban los "blancos" y los comunistas.



En uno, pegado por alguna patrulla roja, se señalaba a Strelnikov como "traidor al movimiento". Según el panfleto, Strelnikov quería gozar de las delicias de una "terce posición" entre los blancos y los rojos.



De regreso a su hacienda, mientras pensaba en el terrible destino de esos ambiciosos como el marido de Lara, recordó los gritos de protesta de cinco muchachos que esa tarde habían sido apresados ante sus ojos para que integraran el Ejército Rojo. Todo era violencia a su alrededor.



La noche amenazaba traer a los pobladores de Jurjatin una feroz tormenta. Jurij Zhivago apretó la marcha del coche. A lo lejos se escuchó algo así como un trueno. No, no era un alarido del cielo. Era una bomba que había arrasado un edificio del centro de la ciudad.



Zhivago vio las altas llamas, sin imaginar que, en ese momento, los cosacos recorrían Jurjatin a lo largo y a lo ancho, buscando a los culpables...



... los bolcheviques, mientras que la Organización Centuria Negra, de extrema derecha, aprovechaba para ajustar cuentas pendientes con los que simpatizaban con el Soviet, el hampa de Moscú.



El coche de Zhivago fue detenido por varios individuos que salieron de las sombras. -Usted vendrá con nosotros, doctor.



Inútiles fueron sus explicaciones, sus protestas. Tuvo que desviarse de la ruta que lo llevaba a casa. Era un prisionero más de los rojos.



Tonya y su padre se alarmaron primeramente. Luego, en la inútil espera, confortados por esos buenos vecinos, los Stepanic, llegaron a la conclusión más exacta: el médico había caído prisionero de alguno de los bandos en lucha. Un médico era algo muy importante entonces.



El doctor Zhivago fue devorado por las sombras, en una noche tormentosa y cuando la gente estaba refugiando su miedo entre las vacilantes paredes de sus casas. Nadie había visto nada. Nadie sabía nada.



Un mes pasó, y luego otro. Y una estación del año completa. Jurij Zhivago no sabía dónde se hallaba, pero estaba seguro de haber recorrido infinidad de kilómetros rodeado de los comunistas. Ahora, el límite de su prisión no mostraba barreras de ninguna clase, pero él sabía que lo vigilaban...

...mientras el grupo de fanáticos rojos iba de un lado a otro, siempre luchando, matando. Dos veces intentó fugarse y lo apresaron.



Pero él lo intentó. Era como jugar con fuego, pero Zhivago sabía que lo necesitaban para curar heridas, para realizar amputaciones de urgencia. Su tercer intento de huida, también fallido, no le trajo consecuencias desagradables, pero ya los rojos desconfiaban mucho de él...



...aunque el jefezuelo del grupo -el camarada Liverij- buscaba su compañía y sus consejos. Jurij sentía aquella impuesta intimidad como una pesada carga.



Los blancos estuvieron por rodearlos en varias ocasiones, pero los comunistas escaparon a tiempo. Y con ellos, obligadamente, Zhivago. Las ciudades, las villas, a lo largo de las interminables carreteras rusas eran "blancas" o "rojas", según las alternativas de la lucha.



Zhivago tomó posesión de un depósito de medicamentos e instrumental capturado por los rojos. Ese día el médico tuvo mucho trabajo. Por la tarde se sintió mareado, enfermo.



En la cabezota de hierro de Liverij no entraban muchas cosas. Y cuando se hacía el gracioso era francamente insoportable. Zhivago tuvo que volver a dar varias inyecciones y a realizar curas.



Era una oscura jornada para él. Sobre el alma pesaba la misma tiniebla, sin medias tintas que la atenuaran.



El recuerdo. La tortura constante del recuerdo. Tonya, la hacienda y los diálogos con el comprensivo y bondadoso suegro, el profesor Alex.



Sintió terror. Lo sepultarían en cualquier lugar, sin una cruz con su nombre. Perdido para los suyos, para toda la eternidad. Fue entonces cuando ocurrió aquel sangriento combate, y el doctor Zhivago tuvo que volver a trabajar como médico.



Pasaron otros tres meses. A pesar de los reveses que los comunistas sufrían en aquellas comarcas, más gente se les unía. Y el doctor Zhivago pudo contar con tres buenos enfermeros, uno de ellos, un alemán prisionero que sugirió a Zhivago que pidiera armas para ellos.



Esa madrugada los blancos atacaron otra vez. Estaban cerca. Era gente joven que pertenecía a la buena sociedad. Unos chicos muy valientes, estudiantes, tal vez, en su mayoría. A Zhivago algunos le recordaron semblantes familiares, del tiempo viejo. Luchaban sin dar un paso atrás. Los comunistas tenían una cantidad limitada de proyectiles, y por eso tenían orden de tirar sólo a los blancos visibles. El doctor Zhivago seguía observando la marcha de los acontecimientos. Toda su simpatía iba por esos jóvenes del bando "blanco"...



...y les deseaba de todo corazón la victoria. Eran retoños de familias que debían estar cerca de él por el espíritu, la educación y las mismas condiciones morales. Le dio ganas de escapar, recobrando así su libertad. Pero era demasiado peligroso. Sería muerto.



Los blancos retrocedían bajo un infierno de tiros. Finalmente, iban a abandonar la lucha, pero los comunistas no dicidieron perseguirlos porque así denunciarían su debilidad numérica. Era posible que, al llegar a la ciudad, los blancos fueran reforzados con el consiguiente desastre para los rojos.



Aún era de noche, y Zhivago se ocupó de recorrer el campo de lucha hasta que halló a un joven "blanco" que gemía levemente. Le desabrochó el capote, mientras miraba de derecha a izquierda.



En el forro del capote, bordado en letras muy hermosas -probablemente por la mano materna-, estaba el nombre del joven herido.



Un profesor de medicina, amigo de Zhivago, tenía el mismo apellido. Pero esos no eran momentos para perderlos en evocaciones inútiles. De la camisa del herido escapaban, colgando de una cadena, una cruz, un medallón y una especie de pequeñísimo piano de oro...



...cuya parte superior parecía haber sido hundida por un clavo. Era un diminuto estuche, y en su interior halló Zhivago un papel arrollado. En ese mismo momento el joven "blanco" emitió un gemido.



Comprobó Zhivago que el joven había quedado aturdido por una ligera contusión interna. Pero, ¿qué hacer con él? La ferocidad de esa época superaba todo límite. Ese prisionero no llegaría vivo a ninguna parte. Sería acribillado a tiros ahí mismo.



El doctor pensó: "Lo agregaremos a 'nuestras' filas." Cerca de allí había un comunista muerto.



El joven "blanco" hizo un movimiento muy leve, pero de resistencia.



Zhivago le sonrió al muchacho. -Bastará si este secreto entre tú y yo es rigurosamente mantenido.- Segundos después, el soldado del bando "blanco" quedó convertido en comunista.



Asintió el médico pensativamente: -Te deseo suerte, Serza Rancevix.



Un día después, Zhivago ya no volvió a ver al soldado "blanco". Había salido con la suya el valeroso joven y tornaría a combatir contra los rojos. Mientras, el médico y los comunistas se alejaron hacia Otok.



En una zona boscosa fueron sorprendidos entre dos fuegos. Las bajas rojas fueron importantes, y pudieron huir del total exterminio gracias a las sombras de una noche sin luna.



En Zydaric se les unieron otros labradores con sus mujeres e hijos.



Se agregó a la patrulla roja una anciana hechicera, cuidadora de ganado, que pretendía curar a los heridos con su magia.



La ofendida anciana no dirigió más la palabra a Zhivago y por supuesto no colaboró con él.



Esa semana se quedaron sin harina y sin papas. Cruzaban por una zona desértica, y el hambre los azotaba, hasta que descubrieron unos caballos. No les pertenecían, pero igualmente los sacrificaron...

...culminando la acción, luego, mientras los caballos se asaban, liquidando al dueño de los mismos por falta de colaboración al país.



Faltaba también la ropa. Muchos de esos guerrilleros rojos andaban semidesnudos. Poco a poco fueron sacrificados hasta los perros que los acompañaban fielmente. Con la piel de ellos se fabricaron abrigos bastante estrafalarios...

...aumentando los problemas con las dificultades que atravesaba el doctor Zhivago, sin un transporte adecuado para llevar a los heridos.



Entonces ocurría que el herido tenía que ser llevado kilómetros y kilómetros en una camilla que sostenían otros hombres.



Esa mañana Jurij Zhivago hizo un recuento de las medicinas que quedaban: "Sólo un poco de quinina, yodo y sales de Gluber", pensó, mientras la tropa avanzaba hacia una villa, donde seguramente el fuego volvería a caer sobre ellos.

Llegó un espía con determinada información.



La ola de terror entró resueltamente en el campo rojo. Acababan de ser mencionados tres generales "blancos" de indudable prestigio.



A pesar de su desesperación, Liverij, el jefe rojo, trató de mostrarse sereno. Tenía que pasar por allí, y evitar el cerco total "blanco". Iba a hacer una demostración de su capacidad combativa. A tal fin seleccionó a los hombres de la vanguardia...

... lanzándolos vigorosamente a una muerte segura. Los rojos realizaron el esfuerzo, cruzando la villa unos pocos, mientras atrás quedaban decenas de cadáveres. Los escasos sobrevivientes de tan descabellada acción lograron alcanzar el bosque...



... mientras Liverij sonreía, feliz por fuera, pero preocupado interiormente por algunas prisioneros que habían quedado en la red enemiga. Los planes del jerarca comunista quedaron así muy maltrechos, y sus previsiones para el próximo invierno habían sufrido rudo revés.



Desde ese momento reinó la mayor confusión, mientras las órdenes se convertían en cosas irrealizables, pues siempre costaban más vidas.



Los lobos de los bosques también hacían su trabajo demoledor. Y muchas veces fueron hallados centinelas muertos por las fieras. Comenzaron a incubarse revueltas en el campamento rojo. El jefe sofocó una fusilando a tres camaradas.

La hechicera anciana fue dejada en un pueblecito, acusada por Liverij de aportarle mala suerte.



Era una desgracia tras otra, y Jurij Zhivago, que no podía huir, pues era celosamente vigilado, se sentía muy débil y enfermo.



Transcurrió el nuevo invierno, y Zhivago creyó en varias oportunidades que su fin se acercaba.



(¿Cuántos, cuántos meses sin verlos?)

Le estaba prohibido a Zhivago escribir cartas. El asistente alemán asintió con grave gesto. Cuando todos creyeron que el médico iba a morir, el jefe rojo ordenó que le permitieran mayor libertad de movimiento. "Para qué me serviría ahora", pensó Zhivago. Sin embargo, la aguda crisis terminó, y Zhivago pudo volver a andar entre la nieve del bosque. Estaba muy pálido y demacrado, pero, en razón de haber visto tan de cerca la muerte, ahora sentía deseos de vivir, de volver a los suyos.

Al concluir ese rudo invierno, un mensajero trajo al jefe comunista una novedad que parecía increíble. Los "blancos" se estaban retirando en todo el frente. Pero el fin de la sangrienta contienda aún no se veía muy claro...



...cuando en el campamento comunista surgió el fantasma macabro del escorbuto. Era una maldición tras otra.



Se dirigió casi de rodillas a Zhivago.



Chirriaron los dientes de aquel gigante, tan parecido a una fiera.



Sí, los "blancos" perdían la guerra, pero el doctor Zhivago seguía con sus íntimas preocupaciones. No podía evitarlas. Estaban en su corazón.



Consiguió un par de esquíes, una bolsa con galletas, todo lo imprescindible para una nueva fuga. Lo tenía bien oculto bajo la nieve en determinado lugar del bosque.



Sabía que ese soldado Tevak siempre dormía en la guardia. "Tevak está en el puesto tres de medianoche hasta las dos", leyó en la planilla. En parte, iba a vengarse de ese Tevak, que cierta vez le gritó: -Hace meses que te exprimimos, doctor, sin que podamos conseguir algo de ti. Ni la menor conciencia política.



Ocurrió como el doctor Zhivago lo había planeado.



La noche era límpida, aunque sin luna. Zhivago avanzó hacia el abeto donde ocultaba sus cosas, las tomó loco de alegría, y poco después, montado en sus esquíes, escapaba.



El deshielo comenzaba cuando Zhivago llegó a Spaskaya, con sus iglesias en la ciudad alta... y los decretos oficiales pegados en las paredes de piedra negra.



El decreto decía: "Los carnets de trabajo para personas de posición acomodada son entregados al precio de cincuenta rublos en la Sección Aprovisionamiento del Soviet, calle Tirskaya 5, oficina 137".



Pasaron otras dos semanas. Un hombre de aspecto desagradable se aproximaba a Jurjatin. Era Jurij Zhivago...



...víctima del imponente esfuerzo que había realizado para llegar al pueblo natal. Estaba muy pálido, con la barba crecida y desaliñado. Llevaba un bastón y un atado de ropas sobre la espalda. Esos últimos días los vivió gracias a limosnas, mientras seguía la vía férrea, destruida por la guerra...

...y completamente abandonada, como las estaciones, huecos de ruinas carbonizadas. Pueblos enteros habían desaparecido, víctimas del tifus, flagelo contra el cual tantas veces Zhivago había luchado.



Tantas calamidades justificaban el viejo proverbio: "El hombre es el lobo del hombre." Zhivago había visto cómo un ruso mataba a otro ruso para seguir adelante. Las leyes humanas de la civilización habían quedado abolidas. Las que estaban en vigencia eran las del universo de los animales salvajes.



Pero Zhivago no tenía ningún peso sobre su conciencia. El jamás había vivido los sueños prehistóricos de la época de las cavernas. Y aún podía sonreir, satisfecho de su conducta.



Acercándose a Jurjatin, advirtió nuevos signos de que la degradación hacía grándes progresos. Conoció casos de antropofagia, y los robos y asesinatos sucedían por doquier. Las puertas de las casas eran aseguradas con gruesas cadenas En otro tiempo no se hubiera admitido tal vandalismo. Se usàban buenas...

...cerraduras, que cerraban correctamente. Y si se estropeaban, estaban los cerrajeros para arreglarlas. Otras noticias le llegaron mientras avanzaba hacia Jurjatin. Los casos de especulación monstruosa con alimentos, mientras la gente se moría de hambre. ¿Qué hacían para evitarla los Comités de Iniciativas?



La debilidad que Jurij sentía iba en aumento. Estaba asustado, recordando viejas historias de hombres que habían muerto al llegar al umbral de sus casas.



Encontró a un anciano de mirada clara, inteligente.




Era un ser delicado, que veía desfilar un mundo de pesadillas espantosas, y sin embargo lúcido y bello ante tantas monstruosidades.
¡Oh, el famoso barranco de Jurjatin! ¡Cueva de bandidos, hijo!


El miedo asaltó a Zhivago. -¿Cueva de bandidos?- gimió.
¡Sí, por Dios misericordioso! Esa región fue asaltada por bandas. ¡No se sabe quiénes eran!


Casa por casa sacaban a sus habitantes, y el que protestaba era asesinado.


Los cadáveres estuvieron sobre la nieve casi tres días. Pero, ¿qué tiene, hijo, que se agita así?
(¡Dios mío! ¡Ellos... y la casa!)


Dio al anciano las señas exactas de su familia.
¡Oh, no, no! Gracias al Cielo esa familia se salvó. Pero casi en seguida se marcharon...


...a Moscú, creo, no estoy seguro.
¡Oh...!


El doctor Zhivago dobló la cabeza sobre el pecho, derrumbándose ante la sórpresa del anciano.
¡Este pobre hombre!


Cuando volvió en sí, se alejó a pesar de las tentativas del anciano, que pretendía ayudarlo.
Gracias..., gracias igualmente. ¡Adiós!


"¡En Moscú! ¡En Moscú!", iba repitiendo, mientras corría por el sendero del río hacia el lejano barranco, hacia su casa. Las palabras le resonaban en el alma.


Tampoco los Stepanic estaban en la vecindad. La casa estaba casi en ruinas, como así también la vieja hacienda de los Zhivago. Las ratas corrían en todas direcciones.


Un helado espectro cruzó ante los ojos desorbitados de Jurij.
¡Los míos! ¡Los míos!


No pudo soportar más esa visión horrible y se alejó, calle arriba, hacia la ciudad. La noche no tardó en envolverlo. Se dejó caer sobre la hierba apenas húmeda. No hacía frío. Se durmió profundamente.


Despertó con un rayo de sol clavado en cada pupila. Unos chiquillos tristes lo contemplaban. ¡Eran tan distintos a Jurij Zhivago niño!
(Tal vez... la vida los tratará mejor que a ti, Jurij.)


De pronto vio cruzar un carricoche, y un relámpago rubio a la luz del sol. ¿Estaba aturdido, confundido, o era Lara Fedorovna?
¡Laraaa!


No lo había escuchado. El coche seguía por la calle hacia el centro de la ciudad. Tal vez estuviera corriendo hacia un error, pero lo hacía ilusionado.


La soledad se había apoderado del corazón de Jurij.
(¡Ella también ha desaparecido!)


El coche y la mujer rubia, que supuso fuera Lara, se habían esfumado al rayo del sol. Estaba la calle larga y vacía, pero Zhivago continuó caminando...


...mientras la gente de Jurjatin lo miraba con lástima y exclamaba: -¿A quién estará buscando ese pobre diablo?
¡Eh, Laraaa! ¡Laraaaa!


Una mujer joven, hermosa aún, y con excelente voz de soprano le gritó: -¿Busca a Lara Fedorovna?
¿Busca a Lara Fedorovna? ¡Conteste!


Zhivago se restregó los ojos. La hermosa mujer que le hablaba era real y no el producto falso de un sueño. Y acababa de decir: "¿Busca a Lara Fedorovna?"
¡Supongo que le han cortado la lengua!
¡No...,discúlpeme...,yo...!


La mujer lo llevó hasta el viejísimo edificio donde vivían muchas personas. También Lara Fedorovna y su hijita.
¡Adiós, y que tenga suerte hombre!


La incertidumbre atormentaba a Zhivago y no podía dominar su turbación. ¿Es que iba a hablar con Lara Fedorovna? ¿Por qué? Solamente su soledad, su orfandad absoluta, decidieron por él.


Subió otro piso por la antiquísima escalera. Agradeció a esos hierros, a esas maderas, por su fidelidad al pasado. Luego...
(¡La cadena!)


Parecía una costumbre generalizada. Una gruesa cadena cerrando la puerta, negándole posibilidades al robo, al crimen. La señora Lara no estaba en la casa. Jurij se dejó caer en el último peldaño.

Cuando se sintió algo más repuesto volvió a la calle. Estaba alentado por la idea de que ella regresaría en cualquier momento. ¡Su tabla de salvación! El médico recordó lo amable que había sido con Lara durante la guerra, cuando la tuvo en calidad de enfermera.

Cerca del edificio de la biblioteca, cerrado, semidestruido, sus ojos tropezaron con la casa de modas donde Tonya había mandado a hacerse aquel vestido azul, más amplio, debido a que la maternidad nuevamente estaba cerca de ella.



Varias mujeres cosían aceleradamente. Cosían únicamente uniformes militares. Zhivago estuvo contemplándolas durante largo rato, y las mujeres hacían comentarios entre ellas. Con su aspecto macilento, desagradable, nadie podía creer que aún era un hombre joven.



Zhivago intentó darse a conocer, pero aquella mujer estaba muerta de miedo y decía algo así como que iba a denunciarlo.

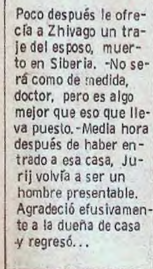


La mujer gruñó: -¡Qué cosas raras se le ocurren! Está bien; yo misma le cortaré el cabello, pero no intente ningún subterfugio o irá a la cárcel. ¡No son momentos para cosas raras, amigo mío!



Mientras la modista cortaba el cabello y la barba de Jurij, dijo: -Como enfermera muchas veces tuve que hacer esto. Y no lo hacía del todo mal.-Esa mujer que gruñía constantemente tenía muy buen corazón.





...al edificio donde vivía Lara Fedorovna. ¡La puerta estaba sin cadena! Aún se mantuvo durante un largo minuto sin atreverse a llamar. Después lo hizo suavemente. Abrieron. No era Lara...



...sino Katenka, la hijita de Lara. -Soy el doctor Zhivago -murmuró él, un tanto avergonzado ante la pequeña.



Era una hermosa criatura; fina, educada. Casi en seguida Zhivago escuchó la voz alegre de Lara:-¿Zhivago? ¿Estás segura, Katenka? ¿Qué milagro?-Nuevamente abrieron la puerta, y ante los ojos tristes, enfermos, de Jurij Zhivago, surgió una estampa de mujer fuerte, llena de vida y esperanzas. Era Lara Fedorovna.



Fue una conversación interminable frente a sendas tazas de té que ella se las ingeniaba para conseguir, y Zhivago no le preguntó cómo podía hacerlo en una patria en estado tan lamentable. La conversación de ella era interesante, nada vulgar, y en su transcurso Jurij advirtió que a los dos les era del mismo modo hostil...

...todo cuanto era fatalmente típico en la gente de esos días.



Contó su vida en esos últimos años. Toda su fatalidad.



Con atractiva firmeza agregó: -Tiene que internarse. Curarse. Es joven y además, como médico, tiene que saber que...-El la interrumpió.





Ella dijo de pronto: -Tiene que volver a los suyos, doctor. Pero antes es preciso que atienda su salud. Lo puedo ayudar, y ya mismo.



Mientras duró la ausencia de Lara, Jurij estuvo observando a Katenka. Pintaba en unas hojas de papel gris, áspero, con gran dedicación. Se parecía completamente a la madre. La puerta volvió a abrirse. Acompañaba a Lara Fedorovna un hombre joven, alto, rubio y buen mozo.



Las viejas presunciones de Zhivago iban confirmándose paso a paso. Su organismo estaba gastado, pero mucho más el corazón. Mientras los médicos dialogaban, Jurij notó una ternura que crecía en los ojos de Lara cada vez que sus miradas se encontraban.



¡Lara Fedorovna, la hermosa muñeca de años atrás, la mujer de temple, activa, decidida de ahora -cuando ella misma tenía tantos sufrimientos sobre sus espaldas- solucionaba los problemas momentáneos del doctor Zhivago! Este tuvo una cama para dormir, y la atención renovada de aquella mujer providencial en su vida solitaria.



El correo no funcionaba, los ferrocarriles tampoco. Estaban aislados en un rincón de la inmensa Rusia que aún humeaba por sus muchos incendios. Moscú era un sitio espantosamente lejano para Jurij Zhivago, y no podría regresar junto a los suyos, aunque lo anhelara.



Tiernamente, Lara cuidó de Jurij en aquellos días interminables de la enfermedad tan traicionera que él padecía.



A veces ella lo contemplaba largamente, pero en realidad sus pensamientos estaban muy apartados de allí. Era una confusión, allá en el tiempo, donde se mezclaban los rostros de Pasha Antipov, y también la repelente cara del abogado Komarovsky. ¿Qué habría sido de Pasha? "Desaparecido" era el único dato que de él poseía.

Lara Fedorovna era una viuda a perpetuidad, que ignoraba si su marido realmente había muerto en la guerra contra los alemanes. La flamante historia de Strelnikov, "el fusilador", no la conocía Lara Fedorovna. Y ahora tenía al doctor Zhivago a su cargo. Muy enfermo, y siempre hablándole de los suyos, tal vez en Moscú.



Esa mañana, mientras Katenka correteaba por el parque de las estatuas, en su mayoría destruidas, de los árboles quemados, Lara y Jurij llegaron a comprender que estaban solos, y que debían huir de esa tortura constante. Quedaron repentinamente abrazados en silencio. Katenka los observó, y una sonrisa nació en su rostro de niña.

La ilusión había vuelto al corazón del doctor Zhivago: -Sí, Lara, sí. Me presentaré al Comité de Sanidad, ofreciendo mis servicios. No puedo seguir sin hacer nada. ¡Iré hacia ellos, aunque bajo mis plantas la tierra arda!-Continuaban abrazados, apartados del mundo, dejándose arrastrar por un sin fin de posibilidades bastante inseguras.



Unas horas más tarde, tan solo tres horas más tarde, un hombre llegó a casa de Lara. Ella jamás lo había visto. Era un prófugo de los esbirros comunistas. Hasta poco tiempo atrás había sido el hombre de confianza del "invencible" Strelnikov.



¡Strelnikov había quebrado la incógnita para Lara Fedorovna! El ex-camarada le narró sus últimas penurias, la huida hacia Odessa.



El hombre -que también huía- fue devorado por las sombras, dejando a Lara en medio de espantosa confusión. Por esa noche se olvidó de atenderlo a Zhivago. Atendía sus propios y no menos terribles problemas.



Volvió a sentirse vencida, como ostentando una mancha imborrable que le duraría hasta la muerte. Maldijo mil veces al hombre que se había apartado de ella por un afán de notoriedad criminal, y cuando por la mañana llevó los medicamentos a Zhivago, le dijo de pronto: -Soy la peor del mundo, Jurij. Sí, la peor de todas.

Jurij le tomó las manos, se las besó, y sin saber la razón que había impulsado a Lara a decir esas palabras, exclamó: -Eres una de las mejores del mundo, Lara. -Ella negó con un enérgico gesto.



Le refirió lo de la noche anterior, y Zhivago apretó los dientes con indignación, murmurando: -Strelnikov terminará como lo que es: una rata. No merece ni el cariño ni el respeto de ustedes dos. -Se refería cariñosamente a la pequeña Katenka.



Pero Lara se marchó pensando en que estaba rodeada de inseguridades. Ahora mucho más, al haber muerto la esperanza de recuperar al esposo.



El verano volvió, y el doctor Zhivago sanó. Prestaba servicios en dos puestos sanitarios. La rápida devaluación del dinero aumentaba las anteriores dificultades que ya eran muchas. Algunas tardes de domingo solía ir con Lara y Katenka hasta el río, pero en ocasiones le resultaba imposible. Era un médico sospechoso para los del Soviet...

. . . y por eso debía trabajar duramente y cuidándose. De ahí que tuvo que aceptar una misión en Otok, bastante apartado de Jurjatin.



Desesperado, sintiéndose nuevamente débil, sin apoyo, se fue de Jurjatin. Le habían asegurado que una semana después estarían de regreso. Pero eso no sucedió hasta el mes siguiente. Y cuando llegó al piso donde vivía Lara, encontró la misma cadena que lo había amargado tiempo antes.



Lara Fedorovna se había marchado, al parecer definitivamente. Las angustias de ella de esos últimos tiempos, luego de conocer la verdad sobre la actividad política de su esposo, eran una constante amenaza que se había concretado. Jurij, desolado, se apoyó en la vieja escalera, mientras repetía: -¿Por qué así? ¿Por qué así?

Luego un vecino le contó el resto de lo ocurrido, incluyendo la inconfundible figura del abogado Komarovsky en su historia. La esposa de ese inquilino le amplió la información: -Ese hombre de Moscú le avisó que habían fusilado al marido, a ese Strelnikov que se creía un dios. Después le prometió una buena casa.



"Por supuesto, no iba a esperarte a ti, doctor Zhivago", se dijo Jurij, mientras sentía muy flojas sus piernas y un peso terrible sobre su cabeza. Algo que pretendía aplastarlo definitivamente.



¡Su pobre cabeza iba a estallar! Volvió a la calle, tambaleándose, sintiéndose el más miserable de los hombres.



Ese tiempo último, latiendo su corazón enfermo por Lara Fedorovna, apartado de su auténtica obligación para con Tonya y los hijos, ahora le arrojaba una palada de lodo en el rostro. Como finalmente había hecho Lara, marchóse con aquel monstruoso Komarovsky.



Presentía algo extraño. No recordaba haberse sentido así de mal nunca en su vida. No podría volver a actuar como médico. ¿Qué iba a hacer entonces? Entonces, la sombra de Jurij Zhivago buscó el olvidado camino a la hacienda paterna, a la casa donde pocos años antes había brillado la tímida sonrisa de Tonya.

Alguien puso en sus manos un sobre. Lo abrió con esas pobres manos que le temblaban cada vez más. . . y poco después gemía junto con esas tiernas carillas de Tonya, acercándolo a los hijos. A los dos hijos. Jurij Zhivago, pegado a la gramilla fresca que lo había visto correr de niño, releía la extensa y cálida carta de su esposa.



Los Gromeko ocupaban otra casita en las afueras de Moscú. El tío Nicolai -tío de Tonya por parte de la madre- supo mantener una situación de privilegio. Lo mismo que Egraf Zhivago. Tonya había escrito esa carta sin la seguridad de que llegaría a manos del esposo, pero ahora Jurij la estaba leyendo. . . ¡Tan lejos de ella!



En Moscú, a esa misma hora, el sol se reflejaba en la cúpula del Salvador. Jurij tenía fijo su pensamiento en el sagrado lugar. Tonya decía en su carta:" Contemplo esa cúpula y te recuerdo, Jurij. No sé por qué, pero así sucede toda vez que regreso a Moscú."



Finalmente reparó en la fecha de esa carta, y un estremecimiento corrió por su cuerpo. - Hace más de un año que fue escrita - gimió. Y desde esa mañana, no pensó en otra cosa que en el regreso a Moscú. Pasaría aún cierto tiempo antes de que eso sucediera. Muy delgado, con la barba y los cabellos largos, tenía el aspecto de un salvaje.

Todo lo había vendido o cambiado para lograr ese ansiado viaje hasta su hogar, ahora en Moscú. Corrió en busca de algún amigo del tiempo viejo. Necesitaba higienizarse, tener otra presencia para llegar ante Tonya y sus hijos. Halló a un antiguo amigo.



En pocas palabras, aquel señor le relató el viaje al exterior, a Francia, de Tonya, su padre y los niños. -Nadie sabía una palabra de ti, Jurij Zhivago, pobre muchacho. - exclamó finalmente ese señor ante la macabra palidez de su visitante.



Jurij Zhivago comenzó desde ese atroz momento una vida de miseria. Tanto sacrificio, tantas fatigas, no habían servido para nada. En el fondo de la desgarrada alforja que lo acompañara en el viaje halló el diario que una vez empezara a redactar. Lo reanudó, y poco después escribía: "Mi enfermedad no es un capricho..."



"...esclerosis de los vasos cardíacos. Las paredes del corazón gastadas se adelgazan día a día, hasta que el corazón estalla." Alguien que lo encontró mientras realizaba inútiles gestiones para salir de la URSS, para reunirse con los suyos, le dijo alegremente: - ¿Por qué te adelantas a tu funeral, Zhivago? - Jurij no le respondió...



...porque de ello se encargaría la muerte en su oportunidad. Y unos días más tarde, en pleno verano, la llegada de Egraf a Moscú produjo la última alegría verdadera a ese hombre aniquilado. Egraf se hizo cargo de la situación de Jurij: gestionó todo lo que él necesitaba...



...pero retornó desalentado. El doctor Zhivago era un sospechoso, y nadie quería poner las manos sobre el fuego por él. No obstante, la cooperación del hermano dio un pequeño coraje a Jurij. Egraf lo cuidó cariñosamente; no le hizo faltar nada. Hasta el ultimo día de ese verano. Hasta el último día en la vida del doctor Jurij Zhivago.

Esa mañana, Zhivago iba a reanudar su carrera de médico en el hospital Botkin, que ahora lo llamaban Soldatenkovskaya. Tomó el tren. Un tren sin suerte. A cada instante le ocurría algo. Atropelló un carro en una calle aislada...



...y luego empezó a quemarse un cable de la instalación eléctrica. Jurij estaba aplastado contra una ventanilla, observando cómo un temporal se acercaba violentamente a Moscú; reflexionando sobre su vida no muy extensa, pero sí repleta de incidentes. Brilló un relámpago, y Jurij sintió que un ataque de náusea le quitaba las fuerzas.





Venciendo la debilidad, trató de abrir la ventana, pero golpeó, golpeó, infructuosamente. La ventana no cedió, pero Jurij Zhivago siguió golpeándola, descargando sus nervios y sus tremendos deseos de llorar a gritos. Hasta que sintió aquel dolor intenso, único, irremediable, dándose cuenta de que algo en su interior se había deshecho...

...que había realizado un movimiento fatal y todo se terminaba. No obstante, pudo caminar unos pasos hasta recibir aire fresco, puro. Lo bebió ansiosamente. Era el aire libre de su patria. Entonces se abatió sobre la plataforma en el mismo momento en que el convoy se detenía por algún nuevo problema.



El doctor Zhivago resbaló hacia el andén. Y ya no se levantó más, mientras se elevaban comentarios, parloteos, consejos, discusiones, de los que querían ayudar al caído. Pero ya no había remedio para ese hombre aniquilado. El viento de tormenta empezó a azotar los rostros, agitando de paso los cabellos de Jurij Zhivago.



Poco después, el tren reanudaba el viaje, mientras dos enfermeros se hacían cargo del cuerpo sin vida del doctor Zhivago. A poco, en aquella pequeña, en aquella insignificante estación de ferrocarril, todo volvía a la normalidad. Como si nada hubiera sucedido. Y, en verdad, nada de extraordinario había ocurrido...



...en _a tierra donde, poco tiempo antes, los cadáveres se contaban por millares, y nadie se extrañaba, nadie perdía e ̄eño, ante un cadáver más.



GOTITAS DE ALEGRÍA



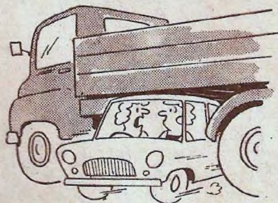
-La piel que lleva es muy vieja. Hace cinco años que se ha extinguido ese animal.



Creo que es el tipo de mujer que busco. ¿Puedo echar un vistazo bajo el sombrero?



- Yo podría apurarme, si quisiera, pero tengo órdenes estrictas del patrón.



-¡Qué raro! Nunca había visto este túnel antes.



-Querido, el coche para dos, nos va a servir por poco tiempo.

BEN CASEY en: PREJUICIO

Por NEAL ADAMS


















Tengo fiebre y escalofríos, Frankie... Estoy asustada.

Llamaré a la vecina, la señora Russo. Ella sabrá qué hacer.

Tu abuelo es un viejo cabeza dura. Llamaré en seguida una ambulancia.

Le diré al abuelo que la señora Russo me dijo que fuera al hospital. El no se enojará contigo, Frankie. La señora Russo dice que tengo que ir al hospital.

No te preocupes por mí, Angela.

Mientras, en una fábrica donde el abuelo Rega trabaja como sereno...

Será mejor que esté conmigo cuando yo le diga al señor Rega que he mandado a su nieta al hospital. Es capaz de ponerse furioso contra mí.

Salvatore Rega sigue haciendo su turno de sereno, sin saber que Angela ha ido al hospital.

A juzgar por el modo como ese hombre abomina de los médicos, uno diría que estamos viviendo en la Edad Media.

Ellos son así. Debiera conocer a mi abuelo...

¡No tenía el derecho de mandar a Angela al hospital, señora Russo! Yo cuido de mi propia...

Usted es un buen hombre, señor Rega, pero no es médico.

¡Médicos! ¡Bah! Usted no sabe lo que me hicieron los médicos... ¡Me dejaron tullido, inútil! ¡No puedo olvidar eso!

Señor Rega, tal vez los médicos tuvieron que amputarle los dedos para salvarle la vida.

Más tarde...

Ven, Angela. Nos vamos a casa. Tu abuelito, que te quiere, sabe lo que te conviene.

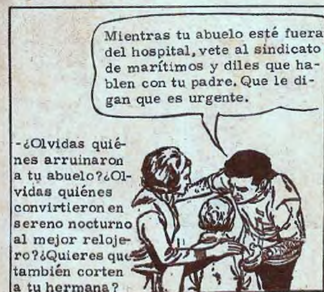












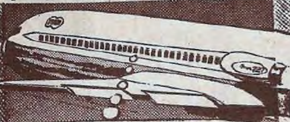
Poco después...







El marinero Tony Rega reza por llegar a tiempo para dar al doctor Casey en persona el permiso para que operen a su hija Angela.





El altoparlante de un avión de pasajeros que vuela en círculos, emite un mensaje que tiene más importancia para Tony Rega que para ningún otro pasajero de a bordo.



Mientras, en el hospital general del condado...





Mientras...









¿No? ¿Eh? De modo que el abuelo es un viejo malo...

Una semana después de la operación...

Lo que pudo ser una operación sencilla, casi se convierte en un asunto de vida o muerte. El apéndice de Angela reventó, y sólo la pericia del doctor Casey la salvó... Eso, y el valor de Janice Russo de hacerte frente cuando adoptaste la pose de matón.

No culpes sólo a tu padre, Tony. Tú pasas la mayor parte del tiempo en el mar, y los chicos no tienen un verdadero hogar.

Es cierto. Y estaba reservando esta sorpresa para cuando Angela volviera a casa, pero ya no la puedo ocultar.

Una empresa marítima me ha ofrecido una buena ocupación en su oficina de esta ciudad. Me pagarán lo suficiente para que pueda pedirle a Janice Russo que sea mi esposa y tu madre.

Aceptaré sólo si tú aceptas ese empleo.

Ya lo he aceptado. Los chicos no sólo necesitan una madre casera, sino también un padre casero.

¡Ajá! Entonces yo soy un zapato viejo, y ustedes me tiran al tarro de basura... Nadie necesita a este viejo inútil. Está bien, entonces he terminado con ustedes. Y para siempre.

¡Abuelo! ¡No nos dejes, por favor! ¡Te necesitamos! ¡Todos nos necesitamos unos a otros!

Mientras dura la convalescencia de Angela, en su casa...

Como te he dicho, Angela, el abuelo no vendrá para tu fiesta de cumpleaños. Nunca lo vi antes tan viejo, enfermo y solitario. Pero quizá mande un regalo.

Si abuelito pudiera venir a la fiesta. Ese sería el mejor regalo.

Por primera vez en su carrera, Ben Casey hace una visita profesional.

Abuelito no ha venido a verme desde que volví a casa. Dile que tiene que venir para mi cumpleaños y que lo extraño mucho.

Mientras, solitario en su habitación alquilada ...

(No tengo familia, no tengo hogar. ¿De qué me vale seguir viviendo?)


Gracias por traerme en su coche, doctor Casey. La habitación de mi abuelo queda en el piso alto. Pero él no hace otra cosa que gritar a través de la puerta "¡Vete!"


Abuelo..., ¿estás bien? Abre la puerta, por favor, abue...
BAM BAM BAM


El corazón de Frankie por poco deja de latir.
(Parece que está. ¡Oh, mi abuelo!)


(Parece estar muy mal. Tengo que entrar y ayudarlo.)


Dormido en su habitación, el abuelo Rega no sabe que Frankie está tratando de entrar por la ventana del frente.


¿Quién está allí afuera? ¿Qué es eso?


¡Un asaltante! ¡Eh! Llamaré a la policía.


¡Soy yo, abuelo! La puerta estaba cerra... ¡Abuelo!


FRANKIE




¡Mi Frankie! ¡Mi pobre Frankie!


¡Oh...! ¿Por qué haces locuras como ésa? ¡Dile al abuelo que estás bien!
¿Necesitas un médico, muchacho?





El policía se aleja.







En el hospital...

























SONRISITAS



Enrique siempre lleva consigo su máquina de escribir portátil a cualquier lado donde va, porque cuando la llama a su mujer, le hace creer que está en la oficina.

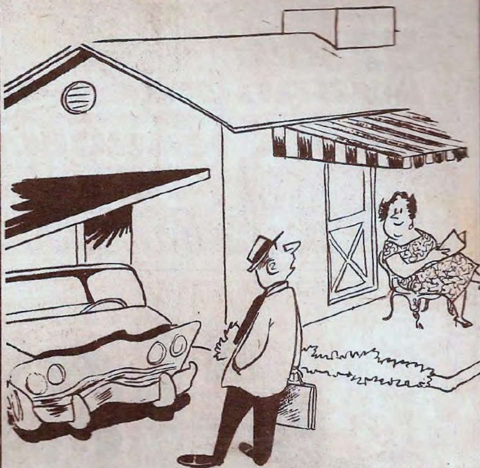


- Creo que mañana vas a tener un horrible dolor de cabeza, querido.

ALÉGRESE



- Quiero hablar contigo acerca de por que nuestro matrimonio no anda muy bien: ¡Dinero!



- No creas que quiero meterme en tus cosas, querida, pero... ¿Cuándo sucedió esto?

UN NEGRO CRESPÓN PARA MARCELA

Por HERNÁN FERRETT

DIBUJOS DE TAGGINO

Antohony Spadaro, detective del Departamento de Homicidios de Nueva York, entró radiante al despacho de su jefe, el capitán Morris. Lejos estaba de imaginar el vuelco emocional que experimentaría al exponer a éste los motivos de su visita.



Al escuchar el nombre de la joven, el capitán palideció. Por unos instantes, fue incapaz de pronunciar palabra.



Morris no respondió de inmediato. Finalmente, pareció tomar una decisión a la que no evidenciaba hallarse muy inclinado.



El joven detective obedeció intrigado. Morris solicitó un expediente al encargado del archivo. Cuando lo tuvo sobre su mesa, recién se decidió a comenzar.







"...hijo de italianos, me afecta personalmente el daño que organizaciones de ese tipo hacen al buen nombre de los compatriotas de mis padres. Por consiguiente, quiero luchar con todas mis fuerzas para erradicar ese maligno brote delictivo."

"Poco después de su ingreso" siguió diciendo el capitán, "naciste tú. Ocurrió mientras tu padre libraba un combate contra el delito."



El agente se acercó discretamente al comercio y observó el interior del mismo a través del escaparate.

Por última vez, Pietro, venimos en busca de la cuota.

¡No pienso pagarles nada! ¿Me entienden? ¡Absolutamente nada!

Bien, si tú no cumples, cumpliremos nosotros, Pietro. ¡Manos a la obra, muchachos!



¡Quietos! ¡Considérense detenidos!



Los delincuentes se volvieron hacia el agente con sonrisas de ironía en sus labios. Pero las sonrisas se borraron en el acto.



¡Pero si es nada menos que Anthony Spadaro! ¡Nos han dicho que hoy ha nacido tu hijo, Tony! ¡Lamentaríamos dejarlo huérfano tan pronto!

La respuesta del agente no se hizo esperar. Avanzó hacia el que lo amenazara y ...

¡No serás tú quien lo haga, puerco cobarde!



Fue un error suyo concentrar toda su atención en el que lo provocaba, pues los otros aprovecharon la oportunidad.







El tercer sujeto, presa del pánico, intentó escapar. Spadaro lo advirtió.





El agente repelió la agresión en el preciso instante en que el otro se daba vuelta para reemprender la huida.



Terminado el relato de la lucha, el capitán explicó a Anthony·





"Los ocupantes de un patrullero que circunstancialmente pasaba por allí detuvieron a un hombre armado. Este resultó ser Cayetano Ferrari, hermano del sujeto muerto por tu padre. En un bolsillo se halló el arma que terminara con la vida de Tony Spadaro."



Horas más tarde, Anthony llegaba al domicilio de Marcela Rossi. Su seriedad asustó a la muchacha.



La joven, profundamente enamorada del agente, sintió el impacto de tan inusitado cuanto doloroso pedido.



Ella logró sobreponerse a la angustia que experimentaba, y recurriendo a toda su serenidad, respondió:



Anthony tomó la sortija. Su rostro denotaba la pena que sentía. Pareció decidirse a decir algo, pero no habló. Caminó hacia la salida. Entonces se volvió.



Al quedar a solas, Marcela corrió a su dormitorio.



Tomó la prenda entre sus manos trémulas. Entonces, toda la angustia desbordó en espasmódico llanto.



Su profunda fe religiosa la llevó a buscar consuelo en la oración. Era frecuente verla en la iglesia católica del barrio latino de Nueva York, donde residía. El viejo sacerdote, testigo de su dolor, se decidió a abordarla.



La muchacha confesó al religioso el motivo de su pena. El viejo cura la escuchó y luego le dijo:



Mientras la joven seguía esperanzada el consejo del párroco, éste, arrodillándose ante el altar, murmurbba:



Instantes después, el religioso formulaba una pregunta a Marcela.



El cura hizo un gesto de alivio y, luego de prodigar su consuelo a la joven, se despidió de ella. Una hora después...



"...debía ser entregado a cierta persona en determinada fecha. ¿Por qué me lo ha preguntado, padre?"



Con el sobre mencionado en su poder, el sacerdote retornó a su iglesia. En el trayecto se detuvo a hacer un llamado telefónico. Esa tarde...













"...sólo en determinadas circunstancias a una joven que tú conoces muy bien. Me refiero a Marcela. Las circunstancias actuales me obligan a cumplir mi promesa dentro de dos meses. Quisiera que tú fueses mi mensajero."












("¿Es que podía decirles que era inocente? ¿Me creerían si lo hacía? No, ¡no me creerían aunque lo gritase y jurase por todos los santos! Frescos están en mi mente los recuerdos. Los momentos previos a mi detención, reviven en...")


"...mi memoria con la nitidez de secuencias cinematográficas. Salía de mi trabajo, cuando fui abordado por Paolo Bonfanti."
¡Tu hermano acaba de ser asesinado por ese canalla de Tony Spadaro!
¿Asesinado, dices? No lo creo. Tony no es un asesino. Enzo habrá hecho méritos suficientes...


"...para que Spadaro disparara sobre él. Hace mucho tiempo que vengo previniendo a mi hermano. ¡No quiso escucharme!"
¡Si yo tuviese un hermano como tú, lo mataría como a un perro! ¡Eres un descastado, Cayetano!


("Me dolía profundamente la muerte de Enzo, pero no podía condenar a Tony. El cumplía con un deber muy digno del respeto de sus semejantes. Ni Tony, ni yo éramos culpables de que mi hermano se hubiese inclinado hacia el delito.")


"No obstante, lloré su muerte. Malo o no, la misma sangre circulaba por nuestras venas. Días más tarde, una mujer me llamó por teléfono..."
("...a la oficina, previniéndome de que algunos amigos de Enzo iban a tender una celada a Tony. Y él, a pesar de todo, era mi amigo de la infancia. No iba a tolerar que lo matasen.")


"Me encaminé al lugar de los muelles donde me dijeran iba a tenderse la trampa. No tardé en ver a los asesinos en potencia."
¿Qué están por hacer ustedes?
¡Lo que tú debiste hacer antes que nosotros!


¡No lo permitiré, asesinos! Avisaré a la ...


"No me dieron tiempo a terminar la frase."


("Mientras caía, luchando por no perder el conocimiento, creí escuchar el estampido de un arma de fuego. Luego quedé sin sentido. Al recuperarlo, me hallaba tirado en la calle. Ellos habían desaparecido.")


"Me reincorporé y me dispuse a regresar a casa. Fue entonces cuando me apresaron. Al registrar mis ropas..."
Recién disparado. Este debe ser el matador. ¡Llévenselo!

"Nadie escuchó mis protestas de inocencia. Pedí me permitieran hablar con mi abogado, y éste acudió al llamado de la policía."





"El abogado me miró eceptico. Sabía que no podría hacerlo. Que el temor de que le ocurriera algo a Marcela, sellaría..."



"...mis labios, aún ante la inminencia de una muerte segura en la silla eléctrica."

Mientras cerraba la carta, el guardián le anunció la llegada del sacerdote, a quien introdujeron en la celda, dejándolos a solas.







La familia Rossi, a la cual le estaba negado el divino premio de la paternidad, pidió y logró autorización para adoptar a Marcela como propia, aunque con las reservas del caso.



Un gesto de resolución se pintó en el rostro del joven agente.



El muchacho se despidió del sacerdote, sintiendo renacer una esperanza y pensando en el curioso designio que colocó a Marcela en su camino, que, aunque no del todo inusitado, por residir ambos en el barrio latino, parecía haber sido dispuesta por Dios para que se hiciera justicia.

Con los datos proporcionados por la póstuma misiva en su poder fue a consultar con el capitán Morris. Este se mostró escéptico.



Por un instante pareció que el capitán se opondría. Sin embargo, terminó por dar su consentimiento.



Morris no halló la forma de replicar al argumento y lo despidió deseándole buena suerte. Anthony fue en busca de su coche.

(Mi primera visita será para Juan Buscaglia. El fue mencionado en la confesión de Cayetano.)

El hombre citado residía en una modesta casa de inquilinato. Lo recibió la anciana esposa de Juan.

Si quiere verlo, vaya al bar de Andy. Allí pasa la mayor parte del día.

Siguiendo la indicación de la irascible anciana, el agente fue al citado bar.

No hace más de diez minutos que salió con un hombre que vino a buscarlo.

¿Advirtió si lo acompañaba con agrado?

No parecía muy contento, agente. Parecía como si se viera forzado a seguirlo.

Muchas gracias. Si vuelve, dígale que necesito hablar con él urgentemente.

Pero el joven agente no volvería a ver al desdichdo Juan Buscaglia con vida. Su cuerpo, acribillado a balazos, apareció abandonado en un costado del camino en las afueras de la ciudad. La extraña coincidencia de esa muerte con el comienzo de su investigación preocupó al agente.

(¡Estoy seguro de que lo eliminaron para evitar que hablara conmigo! ¡Buscaré a Paolo!)

En el domicilio del citado fue recibido por un hijo de éste.

Algo extraño le ocurrió a mi padre esta mañana, agente. Se marchó súbitamente a visitar a su hermano.

El hermano de Paolo, según los informes de su hijo, residía en Lancaster, Pensilvania. Anthony tomó un tren para el lugar indicado.

(Parece mentira que la banda se haya movilizado con tanta premura. Pero, ¿cómo supieron que yo me ocupaba del caso?)

Pensó que las noticias en el sub-mundo del hampa corrían veloces y que bastó que un agente fuera al domicilio de uno de los suyos para que entraran en sospechas.

(¡No me detendré ante nada! ¡Removeré la tierra si es necesario!)

En ese preciso instante se produjo una conmoción en el interior del vagón. Anthony fue a ver qué ocurría.


¡Apártense, señores! La están privando de aire. A ver, ayúdenme a llevarla a la plataforma y que alguien vaya al salón comedor en busca de una bebida fuerte para darle.


El agente y un hombre que se ofreció llevaron a la joven a la plataforma, mientras Anthony ordenaba que nadie los incomodara.
Hay que aflojarle las ropas para facilitar su respiración.


Se disponía a unir la acción a la palabra, cuando el hombre que lo acompañara...
¡Eh! ¿Qué hace?


El espacio era reducido, y el muchacho no halló asidero para sujetarse, viéndose impelido hacia la escalerilla.


Súbitamente, la mujer se incorporó por sus propios medios, evidenciando que se trataba de una trampa contra el agente.


El agente había conseguido apoyar sus pies en uno de los escalones, facilitando el movimiento que salvó su vida.


Ciego de ira y dolor, el sujeto extrajo una pistola de entre sus ropas para tirar contra el casi indefenso agente. En ese instante...


Afortunadamente, la sorpresa no incidió en sus reflejos...


El breve respiro permitió a Anthony recuperar totalmente el equilibrio y recurrir al arma de reglamento.
¡Quieto! ¡Suelte esa pistola!


Al verse en peligro, el sujeto perdió la calma, y pese a estar medio enceguecido por el licor...
¡No me entregaré! ¡Aaajjj!



Desesperada, la mujer tomó el arma de su acompañante, pero el agente ya estaba sobre la plataforma.



Allí concluyó la lucha. En la primera parada del tren, Anthony condujo al delincuente, que estaba herido sólo levemente, y a la mujer al destacamento policial. Allí los sometió a un intenso interrogatorio, terminado el cual pidió al comisario:

Manténgalos incomunicados hasta que yo vuelva a buscarlos. No deben salir libres sin mi intervención personal.



Retornó a Nueva York y pidió el prontuario de ambos. Luego de estudiarlos, se encaminó a las oficinas de un periódico. Pidió le permitieran ver ciertos ejemplares.

(¡Ya me parecía! ¡El culpable puede considerarse camino de la silla eléctrica!)

Fue directamente a la oficina del comisionado policial y sostuvo una corta conversación con el funcionario. Luego visitó al capitán Morris.



Eso es lo ocurrido, jefe. Un hombre de nuestro cuerpo actuaba en concomitancia con los delincuentes, a quienes...

"... borraba de sus respectivos prontuarios los antecedentes más comprometedores a cambio de colaboración en sus turbios manejos. En verdad, puede decirse, que dicho funcionario era el verdadero jefe de la banda que mi padre combatía."

La muerte de Enzo Ferrari sirvió de magnífico pretexto para eliminar a mi padre, atribuyendo su muerte a Cayetano, quien era en cierto modo lógico tratara de vengar a su hermano.



Es muy factible tu teoría, Anthony. Lo difícil va a ser localizar a ese funcionario sin testigos de cargo.



Al contrario, señor. Lo tengo localizado y además poseo testigos y pruebas suficientes para hacerlo condenar.

En ese preciso instante ingresó el comisionado a la oficina de Morris. Sin decir palabra se dirigió al intercomunicador y dio vuelta una perilla.

No conviene dejar abierto el intercomunicador, Morris. Cualquiera puede enterarse de lo que hablan en su despacho.









El capitán dio un paso atrás y extrajo su arma.



Tronó un arma dentro de la oficina.





Nadie se atrevió a poner en duda la afirmación del alto funcionario policial. La memoria de Cayetano Ferrari fue limpiada de toda mácula, y el sacerdote, acompañado por Anthony, puso en manos de Marcela la carta póstuma de su padre, precisamente al llegar a su mayoría de edad.





AHORA

RÍASE



- Alicia es una maravillosa esposa, buena madre, una perfecta compañera..., y conste que no me obligó a decirlo porque vinieron ustedes.



- Escucha, Heriberto, acerca del gato que me regalaste...



- ¿Podría usted sugerirme alguna clase de alimento que oliera bien cuando cocino?

Teresina

Por **ALBERTO DELPIT**

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE

J. PÉREZ DEL CASTILLO

Alberto Delpit (1849 - 1893) nació en Nueva Orleáns, pero se radicó muy joven en Francia, donde, a través de la poesía, el drama y la novela, realizó una brillante carrera literaria. Su producción personal alternó con su labor como secretario de Alejandro Dumas.



Los tres amigos se habían reunido en la terraza de un hotel de Cannes, al terminar un caluroso día de mayo de 1876. Santiago de Vaulcomte, el mayor de ellos, moreno, con bigote rojo y la tez ajada de los trasnochadores, era irónico, burlón —como lo decía su endiosamiento del dólar— y confesaba sin pena que no tenía profesión ni destino. El que recibía el homenaje, Tineas Dawitt, natural de Luisiana, paseaba despreocupadamente por Europa y el...



...tercer comensal, el capitán de artillería Roberto Claverie, parecía el menos aturdido del grupo. La casualidad los había reunido en la Costa Azul, y festejaban un compañerismo nacido en el colegio.



No pareces contento, Tineas.



—¡Pobre muchacho! ¿Qué dices a esto, Roberto? —preguntó burlonamente Santiago. El joven oficial no contestó al pronto. A derecha e izquierda, combatiendo la oscuridad que empezaba, encendíanse los reverberos de la ciudad de Cannes, y algunas embarcaciones, tendiendo la vela latina, entraban presurosas en el puerto.



Saliendo de su abstracción, Roberto Claverie respondió que se explicaba el estado de ánimo del millonario. Las confidencias de los tres amigos demostraban que el más dichoso era Santiago de Vaulcomte, el perdulario. De los otros, el capitán vivía soñando en un amor que no se le presentaba, y Dawitt, demasiado rico, no conocía ninguna necesidad y, por ende, se hastiaba de todo.



Roberto fue el primero en levantarse de la mesa.



Un cuarto de hora después, el capitán ocupaba un asiento en el tren para Draguignan. Había prometido visitar a Tineas, en su Casa Roja de los confines de Texas y Luisiana, si alguna vez podía disponer de tres meses de licencia para viajar a un lugar tan distante. Dawitt y Vaulcomte **no** tenían tren para Niza hasta las dos de la madrugada. ¿Qué hacer hasta esa hora?



Santiago votaba por una partida de **écarté**, pero a Tineas no lo atraía el juego. Tras corta deliberación, decidieron ir al café cantante, que era el espectáculo más teatral que por entonces había en Cannes. Un cartel multicolor, pegado en la puerta, ofrecía al público el programa de la noche y los nombres de las artistas: "Mlle. Juana, Mlle. Dahlia, Mlle. Teresina..."





Entraron en el intervalo. Entre el humo de los cigarros se agitaba y charlaba un público burgués, clientela ordinaria del establecimiento. Vaulcomte y Dawitt observaban y eran observados con curiosidad, hasta que la orquesta preludió la introducción a la segunda parte del programa. Después se levantó el telón.



Ocho mujeres llenaban la escena, alumbrada por mecheros de gas, en globos de cristal. Una cortina de cretona roja, con dibujos azules, la separaba de los bastidores. Dos o tres de aquellas mujeres eran bastante lindas, y las otras, resueltamente feas. Una se adelantó al proscenio, saludó al público y dio comienzo a una romanza sentimental





En efecto, una encantadora criatura, de dieciséis años a lo sumo, levantaba en ese momento la cortina y entraba en escena. De toda aquella persona se desprendía un encanto particular, que triunfaba de la pobreza de la indumentaria. —¡Dios mío, qué linda! —repitió Tineas, con franca admiración.



Un músico de la orquesta colocó en un cuadro de madera un tarjetón blanco, donde aparecía, en gruesas letras de imprenta, el nombre de la artista: TERESINA.



Ella tenía una voz muy fresca y cantaba con bastante afinación, pero inexpresivamente. Cuando terminó, saludó con torpeza y volvió a su sitio. Tineas, que no había cesado de mirarla, se puso de pie y le rogó a Santiago que lo esperase. Se acercó a una de las acomodadoras, que a su trabajo unía el de florista, le compró un ramo y se lo envió a Teresina, juntamente con un mensaje.



Terminada la función, los dos amigos se apostaron a la salida de los artistas. Teresina no tardó en aparecer y, sin vacilar, se dirigió a los que la aguardaban. Un cuarto de hora más tarde cenaba con buen apetito. Era vivaz en sus réplicas y poseía todos los atractivos de una belleza juvenil. Tineas la hallaba de cerca mucho más bonita que en las tablas, y advertía en ella una ignorancia de la vida y una ingenuidad que parecían incompatibles con su condición.



Santiago no se entretenía, y, cuando quiso retirarse, Tineas nada hizo por retenerlo. Ansiaba quedar solo con Teresina. Esa madrugada no viajó a Niza, y, al despertar, por la mañana, supo que Vaulcomte había partido, dejándole una carta de despedida.





Tineas Dawitt acabó su pensamiento con una sonrisa. Aquella muchacha, a quien conocía sólo desde hacía unas horas, le agradaba infinitamente. Cierto es que no hablaba a su corazón ni a su inteligencia, pero él no pedía tanto. Quiso conocer su historia, y Teresina se la refirió con sencillez. Había nacido...



...en la montaña. Huérfana a los cinco años, fue recogida por una aldeana, a quien ayudaba en sus faenas. A los doce años, su propia ignorancia la expuso a la brutalidad de los hombres. La muerte de la aldeana la dejó sola sobre el empedrado de Cannes. Vendió flores. Mario Hougeac, empresario del café cantante, le hizo aprender algunas canciones, y Teresina integró el elenco artístico. Desde entonces vivía, como todas sus compañeras, aprovechando la generosidad de protectores de ocasión.

Cuando Tineas Dawitt se separó de Teresina, trató de distraerse, como otros días, paseando sus ocios de millonario. Muy sorprendido, comprobó que seguía pensando en Teresina, y a la noche, casi sin proponérselo, se halló de nuevo en la sala del café cantante. Hizo una seña a la joven, y ésta le contestó con un leve movimiento de cabeza y una sonrisa. Luego, la...



...cena fue muy alegre. Teresina no ocultaba su gratitud.







Pero él repitió la pregunta, y, aunque Teresina contestó de nuevo "¡qué bromista es usted!", esta vez lo hizo con gesto grave, casi doloroso.

A la mañana siguiente la llevó a almorzar a un restaurante de las inmediaciones de Cannes, con vistas al mar, en mitad del camino del Golfo Juan.

—Está usted meditabundo. Todavía no ha pronunciado una palabra desde que salimos.

—Pienso en ti, querida niña: en un proyecto que te interesa. Escúchame bien. Yo...







Teresina palmoteó alegremente, y el viaje quedó decidido. A poco de iniciarlo, Tineas reconocía en Teresina una cualidad preciosa: el buen humor. Reíase de todo lo que puede provocar risa, y con una espontaneidad encantadora.

Manifestaba su curiosidad con preguntas inocentes y con gran afán de saber, y nunca se cansaba, aunque tuviera que levantarse antes del alba o pasar dos noches seguidas en un vagón.





Aquel viaje a través de Italia fue, pues, para Tineas un continuo encanto. No tenía alma de artista ni le importaban los recuerdos maravillosos del pasado. Miraba los monumentos y los cuadros muy someramente, y paseaba con indiferencia por ciudades legendarias. En cambio, Teresina...

...observaba con curiosidad, aunque no comprendiera. Por primera vez oía hablar de Miguel Angel, de Donatello, de el Ticiano. Disfrutaba de las dulzuras del clima, de las caricias doradas del sol, del brillo de los cielos: pero se divertía más por las noches en el teatro, que rodando por los museos o por las catedrales. En Nápoles pasaron tres semanas deliciosas, con muchas horas bajo los naranjos, frente al mar azulado y sin oleaje, que moría en la playa con ondulaciones musicales. Pero luego, mientras...



UNA SONRISA



-Le dejo el campo libre porque mi hijo interpreta mucho mejor que yo el corte moderno de cabello femenino.



- Este..., les leeré el testamento, señores: "Dejo todos mis bienes a mi abogada".

...Teresina dormía, Tineas no siempre lograba hacer... Pensativo, se paseaba fumando por la terraza del hotel. Se acercaba la fecha fijada para regresar a América. Volvería a encerrarse en su inmensa posesión, en medio del desierto. La imagen de Teresina lo perseguiría sin tregua. Y ¿por qué no, si aceptaba Teresina...?



Teresina aceptó. Nueva Orléans, Luisiana, los Estados Unidos, América, eran para ella palabras de vago significado, lugares de ubicación imprecisa. A mediados de septiembre tomaron en El Havre un barco para cruzar el Atlántico, como habían tomado un tren para ir a Milán. Dawitt no había vuelto a ver a sus amigos: Teresina no dejaba en Europa ningún afecto perdurable.





Desembarcaron en Nueva Orléans. El ferrocarril a Galveston los dejó en Vermillon-Ville, donde los esperaba un carruaje, enviado por el administrador de la Casa Roja. Los equipajes seguían por pequeñas etapas, en un furgón arrastrado por bueyes.



Corriendo rápidamente hacia el Sur, el carruaje salvó, en diez horas, las ciento veinte millas que mediaban entre Vermillon-Ville y la Casa Roja. Teresina admiraba aquellos paisajes, en que la naturaleza muestra potente vitalidad. Cuando el coche penetró en un gran bosque de fresnos, la joven lanzó un grito de entusiasmo, al que sucedió el estupor que le produjo...

...la vista del lago de Aguas Claras, semejante a una alfombra de plata. En seguida, arrebujada en la verde fronda, vio la Casa Roja, y le pareció que entraba en un mundo desconocido, que se convertía en otra mujer y que, como la mariposa que surge de la crisálida, dejaba atrás su pasado, como quien deja un mal recuerdo.



Los papagayos salían de los árboles de cacao; los pájaros-gatos entonaban una burlona melopeya en un bosquecillo de bananos; los colibríes revoloteaban entre grandes cafetos, perfumados como jazmines. Y ella, la aldeanita que había padecido hambre, sed y vejaciones, iba a habitar aquel paraíso. Los ojos de Teresina se llenaron de lágrimas, asió con ternura la mano de Tineas, y su emoción le dictó una sola palabra: —¡Gracias!





En la escalinata de la Casa Roja esperaba Nathaniel Beryot. Teresina lo miró casi con espanto, porque Tineas le había hablado largamente de aquel hombre, su ex profesor, su administrador ahora, y le había dicho que lo sabía todo, inclusive cinco o seis idiomas.



Cansado de la universidad, Beryot había renunciado un día a su cátedra y se había marchado a los Estados Unidos. Allí Nathaniel tuvo la suerte de encontrar a su antiguo alumno del Colegio de Luis el Grande, transformado, por la muerte de su padre, Jeremías Dawitt, en el propietario de riquísimas plantaciones de algodón. La Casa Roja le dio ocupación y albergue. Hoy, después de cinco años, Tineas hacía pocas cosas sin consultar a Beryot.

Al volver a verse, después de aquel viaje de varios meses, los dos hombres se abrazaron como hermanos. Tineas había hablado de Teresina en sus cartas, y Nathaniel, luego de dar a ambos sus parabienes, exclamó con sincera sencillez: —¡Francamente, es hermosa!



Sirvióse la comida bajo una entoldada galería, junto a la cual crecían las palmeras. Teresina, rendida de cansancio, dejó muy pronto a los dos amigos en torno de una mesa cargada de vasos de "whisky" y se retiró a su habitación, ubicada en el primer piso.





Tapices de seda japonesa y espesas alfombras de Esmirna la adornaban. El lecho ocupaba el fondo del cuarto; el paño opuesto se hallaba formado por una vidriera, de dos metros de ancho por tres de alto, que se abría sobre el parque.



Por un rato, Teresina aspiró el aire embalsamado de la noche. Ante ella se enlazaban las trepadoras pasionarias, que, según la leyenda, llevan consigo la felicidad, porque sus rojas flores tienen estambres y pistilos que figuran todos los instrumentos de la Pasión: el martillo, el hierro de la lanza y los clavos.

La Luna mostraba su brillo incomparable cuando Teresina se deslizó bajo el mosquitero. Se durmió profundamente. Por la mañana despertáronla las cadenciosas canciones de los negros. Desayunó, y, mientras Tineas se engolfaba en el examen de los papeles, Nathaniel llevó a la joven a dar un paseo en coche por la vasta posesión.



Regresaron para el almuerzo, y Tineas preguntó al administrador si había explicado a Teresina las bellezas del lugar.



Nathaniel la miró fijamente, porque en verdad lo había asombrado el desconocimiento de cosas elementales que Teresina revelaba, y dijo, después de un breve silencio: —¿Quién le impide que sepa lo que yo sé?

RINCON ALEGRE



Tenacidad.



"Usted no ha tenido ocasión de desarrollar sus facultades naturales. Acepte el ofrecimiento que le hago y divida su tiempo en dos partes: una para Tineas, que la hará pasear, cazar, montar a caballo; la otra para que estudiemos juntos. No tema aburrirse y, mucho menos, fatigarme."



Tineas asentía, sonriendo, no obstante, con cierto escepticismo. No creía que Teresina tuviera constancia para tareas intelectuales, y estas mismas le inspiraban poco respeto.

Al día siguiente comenzó la educación de la joven. Beryot procedió al principio como si se encontrara en una escuela primaria, y era curioso ver a Teresina balbuceando el alfabeto y ligando dificultosamente las silabas, o repitiendo diez veces su lección, como un niño deseoso de hacer méritos.



Después de la lección de lectura, el maestro ponía su lápiz en los dedos rebeldes de la discípula, quien se ejercitaba en escribir por dos horas, con voluntad de montañesa, obstinada y terca. La escena, que Tineas seguía desde un diván de cuero, era tierna y cómica a la vez.





Dawit llegó a acostumbrarse a este género de vida. Teresina sabía ser una discípula obediente y una compañera excepcional. Tineas, que había dejado de bromear, contribuía al perfeccionamiento de la joven con enseñanzas de esgrima y equitación. Juntos recorrían largas distancias, visitando a los que cosechaban el algodón.



Estos eran, en su mayoría, negros manumisos, que, además de su jornal, percibían una parte proporcional de los beneficios. Vivían en chozas construídas por ellos mismos, ubicadas de manera de poder ejercer una vigilancia continua sobre la plantación, sin la cual el algodón se ennegrece y pierde valor. Las mujeres lo extraían y lo amontonaban en cestas de mimbre, que después eran trasladadas a las fábricas o a las máquinas secadoras.

Teresina, observando y escuchando, se complacía con todas aquellas novedades, que halagaban su instinto de aldeana y despertaban en ella el amor innato a la tierra. Cuando entraba de vuelta en la Casa Roja, fortificada por el aire libre, le parecía que el tiempo había volado. Tomaba un baño perfumado y, adornada graciosamente, bajaba para la cena. Después, Teresina volvía a ser la discípula atenta y perseverante.
Al cabo de dos meses escribía mal, pero leía correctamente.



Beryot la lanzó entonces al estudio de la Historia. El relato de los sucesos iba seguido de comentarios escépticos. — Ya ve usted —le decía— que sólo conocemos los hechos aumentados por la leyenda o disminuidos por la distancia. Aprenda lo que yo le enseño, porque todo el mundo lo aprende, pero crea sólo lo que le parezca bien.



Este aspecto de la instrucción desarrolló en Teresina un verdadero furor de saber. Leía incesantemente y devoraba sin tregua los libros que el profesor encargaba a Nueva Orléans. Después de un año y medio era muy diferente de la criatura que había salido de Cannes. En su inteligencia se filtraban claridades desconocidas. Reflexionaba y discutía con su maestro, y, por un misterioso desquiciamiento de las nociones adquiridas, el escepticismo que él deslizaba en aquella inteligencia virgen se transformaba en ardientes creencias.



El positivismo del pedagogo chocó con el idealismo de la mujer. Teresina se apasionó por los Evangelios, por el sacrificio del Hijo de Dios, por la poesía incomparable de Belén. El presentaba todo como fruto de la imaginación, y Teresina replicaba: — Usted discurre con la cabeza, y yo sólo comprendo con el corazón. **Siento** que todo eso es verdad.



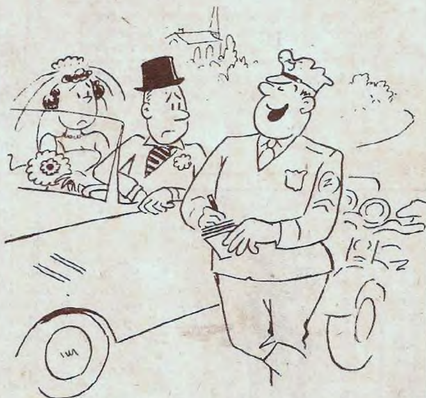


Como es lógico, Teresina empezó a juzgar lo que había sido su vida hasta entonces. Parecíale haber estado sumida en el fango, y que, saliendo de él, se lavaba en un manantial de resplandores. Lentamente se operaba en ella una transformación que no sospechaban ni Tineas ni Nathaniel. A medida que su inteligencia se nutría, su conciencia se despertaba. Desde el tercer año, la joven, cada día más bella, se volvió nerviosa y abstraída.

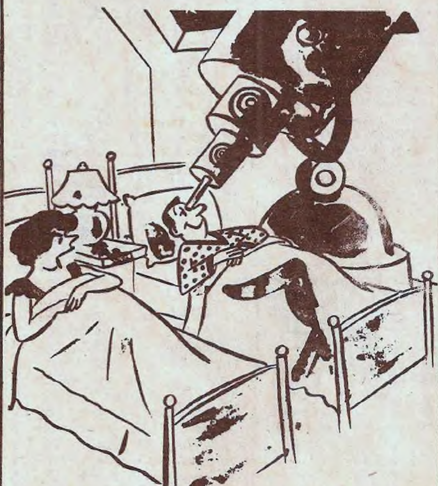
Todo su drama íntimo se manifestó el día en que Beryot le presentó la moral como un conjunto de convencionalismos, variable según la latitud. — No, amigo mío —le dijo con tristeza—: la moral es una necesidad superior que llevamos en nosotros. Usted es un hombre leal y bueno, como yo he sido una perdida, que en vano tratará de lavar sus manchas.



HUMORADAS



- ¡Ahora sí que recordarán ustedes este día!



- ¡Deja ya de estar mirando al cielo y escucha lo que te hablo!

Tineas, alternativamente sorprendido, pesaroso o irritado, veía que aquella adorable mujer se alejaba progresivamente de él. La causa escapaba a su penetración. Pero Nathaniel le ayudó a entender que Teresina había hecho sospechosas averiguaciones respecto al convento de agustinas de Vermillon-Ville. Sondeó las perspectivas y quedó aterrado al considerar que quedaría solo. Entonces fue hacia...



...ella y, estrechándola sobre su corazón, le dijo: — ¿Piensas huir? Pero no es de mí, sino de lo que juzgas una situación de inferioridad y de envilecimiento. Si es así, Teresina, yo te suplico que no me abandones. Me eres indispensable, como el aire que respiro. Yo haré respetable tu vida. Teresina, ¿quieres honrarme casándote conmigo?





Hacía cuatro meses que Teresina y Tineas se habían casado, cuando el propietario de la Casa Roja recibió una carta, fechada en París, el 15 de octubre de 1882, en la cual Roberto Claverie le decía: "Un día me invitaste a que te hiciera una visita. Lo que entonces me pareció improbable es inminente: dentro de treinta días me verás en tu finca. Desde aquí...



..."oigo tu grito de asombro. Te explicaré. Sabes el cariño que profeso a mi hermano Jacinto. Hace pocos meses ha recibido del Santo Padre la orden de aceptar un obispado. Ha sido destinado a Galveston. Me ha pedido que lo acompañe, y yo he accedido bajo la influencia de crueles presentimientos. ¡Quién sabe si mi santo hermano volverá a Francia!... Sé que Galveston"...

..."está próximo a la Casa Roja, y no resisto la tentación de verte. Te avisaré en cuanto lleguemos a Nueva Orléans. Mil recuerdos de tu antiguo compañero ROBERTO CLAVERIE." Esta carta llenó de inquietud a Teresina. El matrimonio había calmado sus remordimientos, pero no había destruido su pasado.



Adivinando sus temores, Tineas y Nathaniel se esforzaron por combatirlos y lograron tranquilizarla. Unos días después, Teresina se sentía dichosa como nunca al poder honrar como dueña de casa a aquel obispo, que encarnaba el ideal del pastor de almas, y a aquel militar cortés y soñador, a quien le había parecido natural encontrar casado a su amigo.





Al cabo de dos semanas, monseñor Jacinto Claverie anunció que dos días después seguiría viaje a Galveston. Todos estaban encantados con sus huéspedes y procuraron retenerlos por más tiempo. Tineas propuso acompañar al obispo, mientras Roberto permanecía unos días más en la Casa Roja. El capitán se turbó ostensiblemente. —¡Imposible! — exclamó al cabo.

¿Imposible?... ¿Tan mal te hemos tratado? Llamaré a Teresina, a ver si logra convencerte.

¡Tineas!



Roberto se había puesto muy pálido, y, como su amigo insistió e hizo ademán de salir en busca de su esposa...



Pero ¿nada te dice mi actitud embarazosa? ¿Nada las indecisiones, los silencios que pudiste notar en mí muchas veces?... Y bien, ¡estoy enamorado de tu mujer!



¿Me miras estupefacto? Lo comprendo: mi confesión no es frecuente. Pero te presento mi corazón al descubierto, porque sufro, porque necesito gritar.





Tineas se sentía absolutamente confundido. Comprendía que Roberto, como otro cualquiera, pudiera enamorarse de Teresina, máxime en un ambiente como el de la Casa Roja, en que todo, comenzando por el aislamiento, contribuía a destacar las dotes de la joven. No sentía celos y no podía odiar al hombre que le daba semejante prueba de sinceridad. De cualquier modo, le costó gran esfuerzo contestarle: — Tus palabras descubren una gran honradez . . . Y bien, ¡vete!

Roberto poco a poco se fué calmando. Amaba a Teresina con intensidad irresistible, y, cuando sintió al amor desenvolverse con pujanza avasalladora, todas sus facultades se concentraron en un solo esfuerzo: que Teresina no leyera en su corazón; que su conducta no desdorase el culto que él rendía a la amistad. Lo había logrado.



También el obispo se llevaba una fuerte impresión de Teresina, aunque de distinta índole, y, en el momento de despedirse, le dijo: — Mi querida niña, la he observado mucho en estos días que he vivido a su lado. Tiene usted una fe ardiente y activa, y es de las personas...





...en quienes puede confiarse en una hora de peligro. ¿Qué amenazas se cernirán sobre mi obra? Lo ignoro; pero todo puede temerse de la intolerancia de nuestros enemigos y de la pobreza de nuestros sacerdotes. He leído el relato de algunas de sus miserias: son espantosas. Tengo que organizar, dirigir y mantener a todo un clero, y, cuando la fiebre amarilla acuda a causar sus periódicos y espantosos destrozos..." Sin dejarlo completar la frase, Teresina estrechó con fervor la mano del prelado.



Roberto dejó a su hermano instalado en Galveston y partió para Nueva York, de donde siguió viaje a Francia. Dos meses después ocurría lo previsto: el cólera y la fiebre amarilla aparecieron en Texas.

El punto más castigado era San Antonio. Este pueblo, tan alegre la víspera, se entregaba a la desesperación. La mitad de los habitantes había huido con cuanto poseía de algún valor. Las calles, desiertas, semejaban cementerios sobre los que pesase un lúgubre silencio.



No se veía más que a los que transportaban cadáveres, sobre cueros de buey a falta de féretros. Las campanas no repicaban. Se hablaba en voz baja, como si la voz humana inspirase miedo.



A veces un individuo se deslizaba como una sombra junto a las paredes de las casas, y de pronto caía, atacado por la enfermedad. La epidemia alcanzaba también a los que emigraban, que morían en los bosques y en las orillas de los ríos, víctimas de todas las torturas de la agonía solitaria.



Monseñor Claverie se dirigió, sin vacilar, a aquel teatro de horrores. La desproporción entre los recursos disponibles y los males que había que remediar le infundió un fugaz desfallecimiento, del que reaccionó con energía. Esperaba la colaboración de la Casa Roja, y no se equivocó.





Teresina había recibido el despacho del obispo cuando se hallaba con su esposo, convaleciente de una luxación resultante de una caída del caballo. —Mañana saldré para San Antonio —dijo, sin dudar. Tineas la miró con asombro y disgusto. Pero ella se explicó, y él vio todo el afán de redención que había en su propósito.



Como no temía que Teresina se contagiara —eso quedaba para la gente de color—, Tineas accedió. Hizo más: puso su inmensa fortuna a disposición de Teresina, y deploró sentidamente no poder acompañarla en su empresa. Febrilmente la joven se dispuso a partir. Hizo empaquetar medicinas, víveres, ropas; dirigió telegramas a Nueva Orléans, ofreciendo pingües honorarios a los médicos que quisieran ir al foco de la peste.

La plaga estaba extendida cuando Teresina llegó a San Antonio. A las órdenes del obispo emprendió una lucha implacable contra el flagelo. La población, aterrorizada, encontró nuevo valor ante el heroísmo de monseñor Claverie y de Teresina. Cuando los moribundos veían acercarse a aquel dulce consuelo que ante nada retrocedía, un postrer rayo de esperanza los animaba.



Insensible a la fatiga y al temor, Teresina se paseaba, risueña y tranquila, por entre los atacados. Ayudaba a los médicos, vigilaba la distribución de los alimentos, amortajaba a los cadáveres. Y, en los instantes de soledad y de tregua, caía de hinojos e imploraba: —¡Dios mío! ¡Toma mi hermosura, mi salud, mi vida, pero líbrame del recuerdo de mi pasado!





Después de cuarenta días, cuando la epidemia iba en descenso, Tineas, que había estado en constante comunicación con su mujer, le envió un aviso: "Llegaré esta noche." Teresina tuvo una sensación de alegría, casi de orgullo. Era feliz mostrándose a Tineas en medio de aquel pueblo que la adoraba, y quería que Tineas compartiera la gratitud de aquellos infelices, en cuyo favor había prodigado su dinero.



Finalmente, la coquetería femenina, que no desaparece entre las emociones más intensas, se lisonjeaba con la impaciencia de Tineas por verla. Tanto mejor si su esposo no podía pasarse sin ella, ahora que era otra mujer, purificada y engrandecida, y que podía disfrutar de su dicha sin los malditos recuerdos que la emponzoñaron. Porque sus remordimientos habían desaparecido. La vista de la muerte y del contagio, a los que había desafiado tantos días y tantas noches, era el rescate de la antigua Teresina.

Esos sentimientos se renovaron al llegar Tineas, cuando ambos compartieron la mesa del obispo, y éste elogió la abnegación heroica de la joven. Ella le oía con rubor, pero orgullosa por el placer que sentía Tineas al escuchar que un santo exaltaba así a la noble criatura que él amaba.





Al día siguiente, Dawitt quiso verlo todo. De regreso al hotel en que se hospedaban, se quejó de un ligero malestar. Hacia la medianoche, Teresa se despertó por la respiración agitada de su esposo. A la luz de la lámpara, lo vio boca arriba, con los ojos dilatados y llenos de lágrimas. —¡Gran Dios! ¿Qué tienes? —preguntó, horrorizada.

Tineas agitó los labios, pero no logró articular una palabra. Tenía fríos los pies, las manos y el pecho; sus facciones expresaban una admiración vaga, casi infantil; en su piel se fijaban manchas rojizas. Teresina dio un grito y corrió en busca de auxilio. Había reconocido los síntomas de la fiebre amarilla. La epidemia, antes de desaparecer, se vengaba en quien la había combatido, hiriendo al ser que ella más amaba.



Las sangrías aliviaron algo al enfermo; atendido por los mejores médicos y la asistencia personal e ininterrumpida de la esposa. Al segundo día, el pulso bajó bruscamente, y el rojo del rostro fue reemplazado por un tinte amarillo, que se extendió por todo el cuerpo. Al tercer día comenzaron los vómitos y arreciaron los dolores en la cabeza, los riñones, el cuello y la región vertebral. La cuarta noche, cuando, con el corazón hecho pedazos, Teresina se volvió al obispo, implorando un milagro, monseñor Claverie sólo pudo decirle:—Recemos, hija mía.



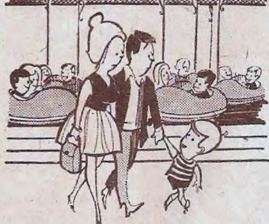
BUEN HUMOR



-¡Ojalá yo tuviera el coraje de usar un sombrero como el que tú llevas!



-Ahora admitirás que la mesa no se mueve más.



-Bueno, si no puedo ir con ellos, deja que mamá guíe el auto hasta casa.

Tineas Dawitt legó a su esposa toda su hacienda, menos la suma de doscientos mil dólares, que dejaba a Nathaniel Beryot.—¡Qué extravagancia, enriquecerse... a mi edad! —comentó melancólicamente el profesor. Por esos días, monseñor Claverie hizo saber a Teresina que el Vaticano lo trasladaba a París, y simultáneamente una importante sociedad anónima quiso comprar la plantación. Teresina no quería vender. —Mientras usted me acompañe... —dijo a Nathaniel.



Este quedó muy cohibido. —Precisamente...



Nathaniel se hallaba conmovido. Con la voz velada respondió, mirando a lo lejos: —¡Molestarme vivir aquí, al lado de una criatura perfecta!... Pero quiero ir a reunirme con mis padres, en nuestra aldea de la Costa de Oro, antes que sea demasiado tarde...



¿Qué podría hacer Teresina en América, una vez que la dejaran aquellos dos amigos venerados y queridos? Pensó ingresar en un convento, pero monseñor la amonestó: había demasiadas religiosas en clausura; su puesto estaba en el mundo. Teresina se reservó la propiedad de la parte edificada de la Casa Roja, más una pequeña zona colindante, donde un soberbio mausoleo guardaba los restos de Tineas, vendió el resto y se embarcó también para Francia.



En el barco que la llevaba de vuelta reflexionaba sobre su extraño destino. Después de siete años, la actriz de café cantante volvía limpia de máculas, dueña de un nombre honrado y de millones de dólares.

El ciego azar, que derriba en un día a los poderosos de la tierra, había ido a buscar entre el fango a una pobre huérfana para levantarla hasta la cumbre.



Aconsejada por su banquero, "madame" Teresa Dawitt compró, en el arrabal Saint-Germain, una gran casa, conocida por "el palacio Courtival", nombre éste del noble que lo mandó construir. Tenía gran patio, techos de pesadas pizarras, puertas de encina antigua, paredes tapizadas de seda, de lacas o revestidas de ricas maderas. Pero la mayor riqueza de la magnífica residencia estaba en las telas de notables pintores, en las valiosas porcelanas y en las cocheras provistas de carruajes diversos y de caballos soberbios.





Y Teresa entró en la alta sociedad parisiense. La presentación de monseñor Jacinto Claverie era credencial suficiente, aun para los salones más inaccesibles. La atracción personal de Teresa y su magnificencia hacían el resto. En brevísimo tiempo se convirtió en un ídolo del gran mundo.

Como es de presumir, Teresa no tardó en encontrarse con Roberto Claverie, quien debió esforzarse para disimular su emoción.



Sí, se alegraba y no quería ocultarlo. En sus grandes ojos límpidos brillaba una llama al recordar los hermosos días de la Casa Roja, las noches perfumadas, los paseos a caballo, el gran cipresal que reflejaba su sombra en las aguas del lago.



Reprendió a Roberto por no haberla visitado, y lo comprometió a hacerlo. El sentía resurgir en su corazón el amor brotado a primera vista, allá en Luisiana. Los impedimentos habían desaparecido, y, en la tercera o cuarta entrevista, la confesión se abrió paso, como un río que se desborda: —La amo. La amo...

...desde que la conozco. La amo por su belleza, pero sobre todo por su bondad, por su ingenio, por su inteligencia. Sólo el respeto debido a la amistad pudo hacerme callar este sentimiento. Cuando volví a Francia desde Galveston, la llevaba viva en mi recuerdo. Cerraba los ojos y la veía como estaba allí, en medio de aquella mágica naturaleza, que parecía creada para usted...



SONRÍA



-¿Tiene novelas policiales impresas en papel impermeable?



Necesitaba aislarse, replegarse sobre sí misma para paladear esta dicha de ser amada tal como Roberto se lo había dicho: por su espíritu, más allá y por encima de su envoltura carnal, que, de todos modos, había sido el origen del amor de Tineas. Lo que ahora le llegaba era como el soplo ideal que completaba y perfeccionaba su redención. A la mañana siguiente, con su resolución tomada y la embriaguez de una dicha nueva, salió a dar un paseo por las Tullerías. Todo sonreía a su paso. De pronto, un...



...hombre de edad indefinible, que caminaba de frente hacia ella, se detuvo, sorprendido.



Aquel nombre la hirió en medio del corazón. ¡Era el pasado, el pasado que volvía! ¿Quién tenía derecho de llamar a "madame" Teresa Dawitt como la llamaban los parroquianos del café cantante de Cannes? Cuando volvió de su estupor, el desconocido había desaparecido, y en la joven prevalecía el miedo, sobre la cólera, que habría sido mayor si se hubiese percatado de que era seguida hasta la puerta de su casa.



Sin embargo, Teresa conservó la lucidez suficiente para analizar su situación. ¿Por qué temía? Aquel nombre, exclamado al pasar, podía significar una sorpresa, llamada a extinguirse sin consecuencias. En último caso, si se veía amenazada, sabría defenderse. Y cuando, horas después, Roberto Claverie se presentó en busca de la respuesta, Teresa, serena y feliz, le tendió las manos: —Lo amo, Roberto.



El quiso abrazarla, pero Teresa lo rechazó dulcemente, sin gazmoñería.



Pues otórgueme una gracia: concédame lo que queda del día. Vayamos a cenar juntos.

Fueron a un restaurante poco frecuentado, en medio del Jardín de Aclimatación. Roberto experimentaba una alegría comunicativa: Teresa, liberándose de cavilaciones, saboreaba las delicias del presente. Luego, cuando la acompañó hasta su casa, él se atrevió a pasar el brazo alrededor del talle de la joven. Teresa, cerrando los ojos, apoyó la cabeza sobre el pecho varonil, y ambos cambiaron su primer beso de amor.



Entretanto, en el espacio que medió desde el encuentro en las Tullerías hasta la mañana siguiente, el desconocido no sólo había comprobado el domicilio de Teresina, sino que, en fáciles averiguaciones, había...

... llegado a la evidencia de que la artista de Cannes y la viuda millonaria de Tineas Dawitt eran una misma persona. En posesión de esta seguridad, fue al palacio Courtival y pasó su tarjeta: SANTIAGO DE VAULCOMTE.



Teresa no recordaba este nombre. Tampoco reconoció, en aquel sujeto de aspecto cansado, con el estigma de todos los vicios, al joven que había visto sólo una noche, cuando inició su conocimiento con Tineas. El se inclinó ceremoniosamente, con la cortesía que conservaba como resto de un naufragio moral que había arrasado con todas sus cualidades, que había matado todos sus escrúpulos.



Estoy de paso en París, señora, y no me hubiera perdonado no saludar a la viuda de mi más querido amigo.





Al prólogo ceremonioso siguió la insidiosa rememoración, que avanzaba graduando efectos:
—Me admira que no me haya reconocido, pues, la última vez que nos vimos, Tineas estaba con usted... Veo que me ha olvidado, y es natural: nos separan tantos años desde que cenamos juntos en Cannes, en 1876... Creo que Mario Hougeac la reconocería como yo...

Usted viene para venderme su silencio. ¿Cuánto pretende?



Nada de frases inútiles. ¿Cuánto?



Dios me libre de fijar condiciones a una dama. Y, si no estuviera literalmente sin un céntimo...

Bruscamente, Teresa tomó de encima de un mueble una cartera de cuero de Rusia y llenó un cheque al portador.



Puesto que su silencio está en venta, lo compro.

Esta vez, Santiago de Vaulcomte no tuvo tiempo de formular una sola frase, porque Teresa había llamado, y entraba un criado.



Santiago no se fijó siquiera en la insolencia de esta despedida. Había leído en el cheque "50.000 francos", y las imágenes más cautivadoras danzaban ante sus ojos. Se lanzó a la calle, y horas...



...después, con delirio de hambriento, tomaba ubicación ante una mesa de **bacará**. Hacía años que no entraba en una sala de juego con varios miles en el bolsillo. Ahora era rico, no tanto por lo que tenía, sino porque aquella gruesa suma, conseguida a la primera insinuación, le decía que había entrado en posesión de una veta inagotable. Jugó con confianza, con audacia. La batalla duró hasta las cinco de la mañana. A esa hora, el señor de Vaulcomte no era dueño de un franco.

A su segunda tentativa de extorsión, Teresa cedió una cantidad igual, y comprendió lo que en la anterior no había previsto: que el chantaje duraría indefinidamente. Sin vacilar más, arrodillada a los pies de Roberto, le contó la verdad de su vida. — Todo lo sabe ya —concluyó—, y no se considere usted atado por ningún compromiso a la mujer cuya turbia existencia ignoraba. He vivido mal, ignorante...



...de lo que el mal era, y, cuando conocí el bien, hice lo posible por rehabilitarme."

Teresa, pobre criatura absuelta por Dios, ¿cómo he de tener yo derecho de condenarte? ¡Teresa, amor mío!



Pero al éxtasis de amor sucedió la indignación contra el miserable que había sido su condiscípulo y que osaba injuriar a la persona amada. Roberto salió del palacio Courtival con la firme intención de retar a duelo a Santiago de Vaulcomte y librar a la sociedad de ese delincuente.

Inútiles fueron las súplicas de Teresa, que adivinó el propósito y tembló por la vida de Claverie. Se sentía más atemorizada que nunca. Esta impresión de orfandad aumentó al día siguiente, cuando Roberto no acudió y le hizo saber, con dos líneas, que partía al Mediodía por un asunto...



MOMENTO HUMORÍSTICO



-Era su esposa, señor Smith. Ella dijo que si le llevaba el pan, la harina, los fideos, azúcar y café de paso que va a su casa, ella comprará los cigarrillos.



-Buenos días, señor. Venimos a hacerle una demostración de lo bien que funciona la aspiradora.

...urgente. ¿A quién acudiría Teresa en medio del desamparo de su alma? A pesar de la vida brillante que hacía, no tenía a nadie en el mundo a quien confiarse, en procura de consuelo. ¿A nadie? No; descartado monseñor Claverie, por razones obvias, había otro hombre, allá en Fresnoy, aldea de la Costa de Oro... ¿Cómo no se le había ocurrido antes?



Teresa telegrafió a Nathaniel, y, al día siguiente, él estaba allí.



Se habían escrito varias veces desde que se separaron en América, de modo que estaban al tanto de sus vidas; pero Nathaniel ignoraba el último episodio, y eso fue lo que Teresa le refirió. El escuchaba con una vaga inquietud, que acentuaba la...

...tristeza de su expresión, tan distinta de la burlona alegría que antaño estaba impresa en sus rasgos, y, cuando concluyó el relato, dijo: — Ha hecho usted bien en mandarme venir, pues está sola... Pero...







A medida que Nathaniel hablaba, Teresa sentíase más tranquila. Cuando él se retiró, después de muchas horas, la joven miraba el porvenir con serena confianza.

GOTITAS ALEGRES



¡Esto es una emergencia, señor!



-Supongo que este accidente te hará cambiar de opinión e irás a la academia a aprender a manejar, ¿verdad?

Santiago de Vaulcomte había dado al producto de su segunda extorsión un destino diverso del primero: en lugar de jugarlo en París, resolvió hacerlo en Montecarlo. Roberto le siguió fácilmente el rastro y encontró a su antiguo condiscípulo en un hotel de Mónaco. Santiago, lejos de inmutarse, y...



...como si hubiera previsto la situación en todos sus matices, dejó que el otro se desahogara y le replicó: — Si me matas aquí, en mi pieza del hotel, irás a la cárcel por asesinato; si prefieres que nos batamos, será necesario informar a los padrinos de la causa del duelo. Yo, por mi parte, confesaré sin empacho mi chantaje... Tú verás si te conviene enlodar así el nombre de "madame" Dawitt...





Roberto regresó furioso a París, donde tuvo, en medio de todo, la inesperada satisfacción de ver a Nathaniel. No se prolongó mucho el trato de los tres amigos, pues el profesor pretextó tener que regresar a la Costa de Oro y se marchó, después de un adiós que pareció demasiado conmovido. Dejaba a Teresa y a Roberto perplejos ante un problema al que no podían hallarle solución, como no fuera...

...en la vitalidad de su propia pasión. Pero Nathaniel, en lugar de tomar el tren para Dijon, tomó el expreso del Mediodía. Buscó a Vaulcomte, que no lo conocía, y siguió sus pasos en el casino. Esperó que Vaulcomte tallara en una mesa de **bacará**, y, de pronto, a la faz de toda la sala, le gritó: — ¡Usted hace trampa!



Vaulcomte exigió una reparación por las armas. Nathaniel, que siempre había practicado esgrima, fue al campo del honor seguro de que la suerte favorecería a la justicia de su causa. Dos oficiales del ejército los apadrinaban.

—¡Ya, señores!— exclamó el director del lance.



Se estudiaron antes de atacarse seriamente. Cuando ambos se tiraron a fondo, se oyó un grito. El acero de Nathaniel atravesó el corazón de su enemigo. Al mismo tiempo, Beryot cayó en brazos de sus testigos. — ¿Está herido? —preguntó, refiriéndose a Vaulcomte.



—Muerto —le contestaron.



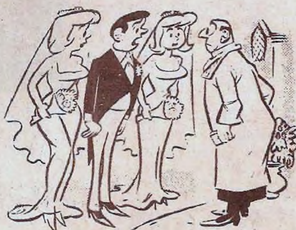
Un relámpago brilló en las pupilas de Nathaniel, que respiraba penosamente. Haciendo un gran esfuerzo, consiguió decir: — Pronto... Escriban...



Y, agarrándose a la vida que parecía huir de él, pudo dictar estas palabras para Teresina: "Ha muerto. Está usted libre. Adiós. Yo la amaba."

FIN

PÁGINA ALEGRE



-Usted me dijo que estaba bien cuando le pregunté acerca de una boda doble, padre



-Ahora sé por qué su hijo oculta algunos objetos. Es un ladrón.



-Esta última serie de billetes falsificados nos ha salido muy bien. Le envié a "Buitre" unos cuantos para pasarlos y no lo he visto más.

LA EMBOSCADA

Por PEDRO BENJAMÍN AQUINO

ADAPTACIÓN - DIBUJOS DE C. EYRÉ

Iluminadas embarcaciones se deslizaban por las aguas del Tigre en aquella última noche del año 1920. De los chalets partían voces alegres.



En "El Trébol", chalet de los Alcan Ruiz, luego de la cena las damas se prepararon para concurrir a aquella fiesta del Tigre Hotel. En el ínterin, dos caballeros amigos de la casa hablaban en voz baja.



Todos se habían extrañado viendo en esa cena a la sugestiva Lucrecia, que antes de su enlace con Jorge Lavilla-poco después enviudó- había estado por casarse con Horacio, el sobrino de la señora Alcan Ruiz.







"La extranjera" era Cristina Henseu, la esposa de Horacio, la joven noruega que él conociera en Córdoba, adonde había ido en busca de salud. Todo fue rapidísimo: el noviazgo y el posterior casamiento.



La despechada Lucrecia Miranda se casó posteriormente con un hombre que casi la triplicaba en edad. -¡Un amor con base millonaria!- comentó el sarcástico Julio "Richard" Rizzo.



Carlos Frey estaba hundido en sus pensamientos. No escuchaba al jovial y deslenguado "Richard", que seguía solazándose con aquella historia triste y confusa. -¡Juego cualquier cosa, pero el que la hizo casar con Horacio es el doctor Novas!¡Como si lo viera!- dijo Julio.



Cerca del chalet de los Alcan Ruiz se levantaba "La Blanca", finca del doctor Plácido T. Novas, experto comerciante y hombre de mundo. Su socio en Oslo había muerto, confiándole el cuidado de su hija Cristina. Novas la trajo al Plata, y posteriormente la ubicó en Córdoba. . .




. . . donde quiso el destino que ella conociera a Horacio. El casamiento posterior fue una sorpresa para todos, menos para don Plácido, feliz de esa unión. Luego, en Buenos Aires, Cristina iba a comprobar que la tía Obdulia no la quería.
¡Muy buena ha de ser Cristina cuando la soporta así!


Carlos Frey demostró al amigo que estaba impresionado por la rubia belleza de Cristina. Julio "Richard" se alarmó. -¡Horacio sería capaz de retarte a duelo si intentaras separarlo de ella!-
Admiro a esa belleza nórdica. No he dicho nada más, imbécil.


Carlos Frey era una de las amistades de la viuda de Lavilla. Un otoñal y apuesto clubman que veía pasar la vida con escéptica sonrisa. Durante la cena había afirmado su amistad con Horacio y Cristina.
De acuerdo, Carlos. Pero esperas a Cristina en el "réveillon".


Frey eludió la sonrisa de "Richard" y encendió un cigarrillo, mientras observaba la lujosa lancha de los Alcan Ruiz, detenida en el embarcadero. Bruscamente, salió al exterior.
¡Carlos! ¿Adónde vas!


En otra de las dependencias de la casa, y descendiendo una escalera, Cristina Henseu de Alcan encontró a la tía Obdulia.
¿Lo ha visto a Horacio, señora?


Doña Obdulia contestó con acritud: -Hace un momento conversaba en el jardín con Agueda, tu sirvienta. ¡Pregúntale a ella!- Así lo hizo Cristina, pero la anciana y fiel Agueda contestó: -No conversaba conmigo, sino con la señora Lucrecia.


No sin dolor, Cristina se acercó a una de las puertas que daban directamente al invernadero. No sospechaba de Horacio, pero temía a Lucrecia. Don Plácido se acercó a Cristina con una paternal sonrisa.
¡Oh, don Plácido! ¡La tía Obdulia me odia!


En los últimos tiempos ella había repetido varias veces esa frase. La joven esposa suponía la existencia de un complot entre Obdulia y la viuda de Lavilla. Y en la emboscada sería ella la que caería.
¿Una emboscada? ¡Oh, cabecita imaginativa!
¡La presiento! ¡La presiento!


Veía a la tía Obdulia separándola de Horacio. ¿Con qué fin?
¡Jamás aprobó nuestro casamiento! ¡Y quiere vengarse!


El doctor Novas pensó en Horacio. Era un excelente hombre, pero aún poco maduro para enfrentar los momentos más ásperos de la vida. Y tenía un profundo respeto por la tía Obdulia, la hermana de su madre.
Llegado el caso, él sabría defenderte, Cristina. No lo dudes.

Mira, Lucrecia. La esposa de Horacio... ¡y Carlos Frey!

Don Plácido, requerido por dos caballeros que peinaban canas, se separó de Cristina. Entonces llegó junto a ella Carlos Frey. A poco hablaban de Noruega, que él había conocido diez años atrás.



Centellearon los ojos verdes de la viuda de Lavilla.

Los veo, amiga mía. (¡Hum...si fuera posible...!)



Cristina no iba a ir a la fiesta del Tigre Hotel. Se sentía indispuesta a pesar de los sellos que había tomado.



Le aseguro que la salida del sol en el Tigre es estupenda.

Con una pálida sonrisa ella contestó: -Después de una mala noche nunca se puede gozar de un buen amanecer.



Sin embargo hay en sus ojos un mundo de felicidad.

Ella buscó a Horacio desesperadamente. No lo halló.

Sí, soy feliz.



Envidio a ese hombre tan afortunado.

Con una inclinación de cabeza Cristina se apartó de Carlos Frey, que no pudo impedirlo. Cierta amistad de Cristina estaba muy cerca. Se limitó a contemplarla largamente.

¡Mi amigo está cayendo en una peligrosa red de amor!





Carlos giró la cabeza y estiró la mano para tomar la copa que le alcanzaba Lucrecia. -Una copa con ciertos secretos para vencer los corazones femeninos. Tómela íntegra y ya verá el apreciado Carlos-, dijo con una amplia sonrisa.

Poco después, a Frey se le agregó Julio "Richard".

Con el amor hay que hacer como con el dinero. Colocarlo donde produzca más.



Cristina es una mala inversión para ti, Carlos.

Tal vez. ¿Por qué no la conocí antes?



Lucrecia Miranda, viuda de Lavilla, contemplaba el río estrecho y luminoso. Las palabras de Horacio golpeaban en su corazón.

(¿Será cierto lo que me dijo?)



Cuando Horacio marchó a Córdoba por su enfermedad, Lucrecia siguió escribiéndole durante ese invierno y la primavera posterior.

(¡Esperaba aquel verano con ansias! Y después...)



Sus cartas no obtuvieron respuestas. Ahora, luego de largo tiempo, Lucrecia había preguntado a Horacio el por qué de ese silencio.



No recibí tus cartas, Lucrecia. No las recibí.


Los dedos de la mujer resbalaron por la suavidad del mármol. Se apartó de la columna del jardín.
(¡Le escribí muchas veces! ¿Por qué no recibió las cartas?)


Era una nueva desilusión. Lucrecia suponía que Horacio guardaba aquellas "últimas cartas", escritas durante el silencio de él.
(¡Esas cartas deben haber sido interceptadas!)


Sonrió malignamente. ¿A quién culpar? ¡Pues a esa mujer que se cruzó en su camino! ¡La extranjera! No se necesita mucha sagacidad para hallar a la culpable.
(¡Y Horacio la quiere tanto que la defendería con su vida!)


Un pensamiento diabólico cruzó por su mente.
(¡Sí! ¡Lo preferiría muerto, muerto!)


Algunas parejas iban saliendo de "El Trébol" hacia el embarcadero.
(¡Horacio! ¿Solo? ¡Es extraño!)


Se apresuró a recoger su liviano abrigo, mientras una fatigada sonrisa pugnaba por quedar en sus labios que seguían repitiendo el nombre de la mujer de Horacio; ¡la odiada extranjera!


Cuando Lucrecia llegó al embarcadero entre las risas de los que iban a pasar una divertida noche de fin de año, no encontró a Horacio.
¡Fue en busca de su media naranja, querida!


Lucrecia miró hacia la casa, apretando con fuerza sus hermosos y parejos dientes. Y en el interior de la finca...
De acuerdo, Cristina. Te acompañaré si no te sientes bien.


Se abrió la puerta que daba al jardín.
¡Horacio! ¡La lancha va a parar! ¡Vamos!


Volvió a apoderarse de Horacio aquella terrible indecisión de tantos momentos desdichados. Miró con angustia a Cristina.
Ve con ellos, Horacio. Lo mío es una tontería. No faltes a tus obligaciones.


Desde su cuarto en el primer piso, Cristina vio alejarse la lujosa lancha familiar. Aquellas risas cada vez más distantes le arrancaron lágrimas. Cerró el postigo. No quería ver más. Entonces la oscuridad la envolvió definitivamente.


Cuando aquel débil rayo de luz alcanzó el lecho donde Cristina dormía, eran las once de esa noche. Agueda se acercó a "su querida muchachita" y la besó en la frente.
Un muy feliz año nuevo, Cristina!

Cristina, entre sueños, la vio marcharse, mientras sentía la lágrima de Agueda en su mejilla. Era como un beso prolongado de quien humildemente había reemplazado a su madre muerta.



Enero fue un mes ingrato para Cristina. Horacio tuvo que marcharse de la capital por negocios.



Le pedía algo imposible. Era la tía de Horacio quien deseaba verse con Cristina. E invitaba a Lucrecia Miranda a sus tés.



Horacio regresó por pocos días. Tenía otro viaje a la estancia de Arrecifes. ¡Con cuánto cariño aprovechó Cristina esas escasas jornadas de dicha junto al marido!



Llamó insistentemente la campanilla del teléfono. Era para Horacio, pero la voz desconocida provocó un estremecimiento a Cristina. Luego...



Encontró la triste mirada de Cristina y agregó sonriendo: -Llamaba la secretaria de Méndez Groira. Es americana. ¡Qué snobismo!, ¿verdad?

Dos semanas más tarde, y cuando acababa de regresar la tía Obdulia...



Ya la viuda de Lavilla entraba y salía del chalet de los Alcan Ruiz como si fuera su propia casa. Al cruzarse con uno de los sirvientes...



Le contestaron afirmativamente, y un gesto de contrariedad nació en el rostro de Lucrecia. -¿No podría permanecer abierta esta noche? Es posible que pase con mi lancha, y para no dar toda la vuelta...





Agregó rápidamente: -¡La señora Obdulia sería capaz de esperarme, y en una de ésas me resulta imposible venir! ¿Comprende?

Se hará como usted desea, señora.

Poco después, la viuda de Lavilla llegó hasta doña Obdulia. Esta se mostró inquieta, disgustada. -A ti puedo contártelo, querida. ¡Esta mañana recibí una denuncia anónima, que quisiera comprobar con mis propios ojos! -Lucrecia permaneció impasible.



Doña Obdulia negó con firmeza: -Lo malo siempre va por cuenta ajena, querida. ¡Temo a ese anónimo!

En ese caso sería preferible que Horacio supiera...

La agitada anciana volvió a interrumpirla: -¡Ya lo creo que Horacio lo sabrá! - Después tomaron el té, pero sin poder eludir la sombra que sobre aquella casa había arrojado el anónimo.

Me marcho. Esta noche le telefonearé, señora.

Horacio llegó muy tarde. Había prometido cenar con unos amigos, y Cristina no se opuso a ello. La tía Obdulia lo llamó aparte.

Sería mejor que esta noche permanecieras en tu casa, sobrino.

A la sorpresa inicial siguió la justa indignación del hombre herido por las palabras de la anciana. -Bien veo que te sobra cariño para ella, y te falta respeto para mí, Horacio- susurró doña Obdulia.

¡Y es posible que corras ciego por una pendiente! ¡Y te matarás!

Entre una frase y otra, durísimas todas, surgió el recuerdo del noviazgo de Lucrecia... y de las cartas desaparecidas misteriosamente.

¡Pregúntale a tu esposa, imponiéndote como hombre, y ella tendrá que confesar la verdad!

¡Esa hipócrita debe haber interceptado las cartas que Lucrecia te enviaba a Córdoba!¡Pregúntale, anda!

Se abrió la puerta, y la pequeña figura de Agueda surgió ante ellos.

Creo... que voy a poder responder a sus preguntas, señor.

Sin detenerse, Agueda agregó: -Yo fui quien interceptó esas cartas. Es la pura verdad. Soy la única culpable. Hagan de mí lo que quieran.

¡Miente! ¡Está mintiendo! ¿Qué hizo con aquellas cartas?

Sumamente avergonzada, Agueda dijo: -Las tengo aún. ¡Tal cual las recibí y sin haber abierto ninguna!

¡Sin haberlas abierto! ¿Entonces...?

-Lo hice por Cristina. ¡Ella se había enamorado de usted, señor, y en verdad que parecían muy felices! ¡La pobrecita no había tenido madre y era una suerte muy grande para ella! Por eso lo hice...

...y ahora ya no me importa nada. La dicha de ustedes...

¿Qué sabe usted?

Hubo un breve silencio quebrado por la voz de la tía Obdulia: -¡Márchese ya mismo de aquí! - Agueda, sin vacilar, dio media vuelta y salió, pero Horacio murmuró: -Ella ha cometido una mala acción, que tengo que agradecerle. ¡Cristina es un ángel!

¡Hablas como si te sintieras culpable de algo!


El miró a la tía con un poco de vergüenza en el gesto: -Tal vez tía Obdulia- susurró, tomando el camino de la salida.
¡No debieras salir esta noche, Horacio!


Horacio cerró la puerta y se dirigió al cuarto que ocupaba Agueda. Mirándola tiernamente, dijo: -Olvidemos aquellas cosas, Agueda. ¡Hasta mañana! La anciana exclamó: -¡Es un santo, señor! ¡No podía ser de otra manera! ¡Hasta mañana!


Don Plácido llamó a Cristina desde "La Blanca". Quería tranquilizarla a toda costa luego de haberla visto muy deprimida. Fue una breve visita la suya. Prometió llevarla al centro en la tarde siguiente.
Gracias, y que descanse, "papá". Hasta mañana.


Agueda pasó por el cuarto de Cristina antes de medianoche. La encontró muy agitada. Apenas unos minutos antes había telefoneado Carlos Frey pidiéndole una entrevista urgente.
¡Cuidado con ese hombre, Cristina!


-Dijo que era algo de vital importancia. ¡No quise escucharlo más! -exclamó Cristina presa de gran nerviosidad. Agueda advirtió que se había vestido como para salir. Prefirió no hacer preguntas...


...pero más tarde, desde su cuarto que daba al jardín y al desembarcadero, vio con creciente terror que Carlos Frey avanzaba hacia la casa. ¿Acaso Cristina le había ocultado algo?


La silueta ágil de Cristina llegó al jardín de la finca. Carlos Frey tenía en sus manos una pequeña esquela.
Gracias, señora, pero... es su letra, ¿verdad?


Burdamente imitada, la letra de Cristina decía unas palabras de amor que jamás habrían podido salir del corazón de la esposa de Horacio.
¡Permítame que crea que usted se arrepintió, luego de haberla escrito! ¡La quiero, Cristina!


Un pequeño revólver surgió en la mano temblorosa de ella. Carlos Frey no demostró mayor sorpresa y sonrió, aunque sin seguir avanzando.
Los aventureros suelen ser románticos. ¡Mátame usted! Pero sepa que ya no será feliz con Horacio.


¡Las extranjeras lo atraen, indudablemente! Una americana...
¡Cállese, por piedad! ¡Váyase! ¡No me importa ni quiero saber nada de lo que grita la calle!


Usted es una mujer excepcional, Cristina. La admiro y trataré de ayudarla frente a sus enemigos.


Destruyó lentamente aquella carta, mientras decía: -No podía ser suya. ¡Nunca de usted, Cristina! -intentó sonreir.
Adiós, y no me guarde rencor, se lo suplico. Guardaré de usted un sublime recuerdo.

La figura masculina desapareció por el jardín y hacia el río. Entonces Cristina regresó corriendo a su cuarto, mientras la tía Obdulia descendía la amplia escalera central.



Encontró a Agueda junto al interruptor de la luz. Y la mujer contestó a las preguntas con un sencillo: -No he visto nada, señora Obdulia.- Pero cuando Agueda se retiró...





La tía Obdulia regresó a sus habitaciones con aquellos guantes como trofeo de guerra. -¡Ahora Horacio ya no dudará!- exclamaba en una mezcla de rencor y de lágrimas que la humanizaban bastante.



Horacio no pudo llegar hasta la casa del Tigre. Telefoneó a Vicente, y éste lo comunicó a Cristina. Eran las cuatro de la mañana. A las seis ella se ubicó en la lancha familiar yendo hasta la cercana finca del doctor Novas. Don Plácido mateaba, como era su costumbre.



Ella narró el extraño suceso de la noche anterior. Aquella visita de Carlos Frey con una carta que decía cosas monstruosas.



Muy preocupado, don Plácido analizó aquella delicadísima situación.



Y ya en el chalet "El Trébol"...



Don Plácido dejó que Cristina entrara en la casa. El se dirigió al lugar donde estaba el fiel Vicente, que daba algunas órdenes al jardinero.

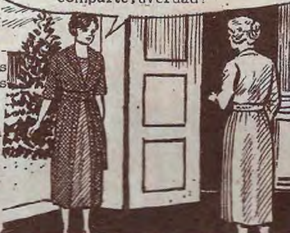


Al parecer, otras personas querían gozar de esa límpida y fresca mañana. Lucrecia, luego de telefonear a doña Obdulia, llegó al chalet de los Alcan Ruiz. Anhelaba presenciar los despojos de un matrimonio, pero nunca imaginó que hallaría a una Cristina tan bien plantada.





-¿Qué diversiones prefiere?- preguntó rápidamente. -Aquellas que procuran las satisfacciones del espíritu y más que nada la tranquilidad de conciencia- fue la respuesta de Cristina.



Reprimiéndose, Cristina dijo: -¿Está por darme una mala noticia? Como amiga de la casa, que se interesa por nosotros, sería natural.



Lucrecia se puso pálida y pensó: "¿Es que acaso fracasó lo que intenté con...?" Cristina ya era un ciclón arrasador y no pudo contenerse.



-¡Por eso intentó sembrar sombras entre Horacio y yo! ¡Usted no sabrá nunca de un cariño como el nuestro! ¡Usted perseguía un casamiento de conveniencia, y cuando él se sintió herido por aquella terrible enfermedad, lo dejó ir hacia su destino...



"...y me acerqué decidida a ese hombre solitario para hablarle, para reanimarlo, para amarlo!"



Cristina se cruzó en el camino de la viuda de Lavilla: -¡Desde aquellos tiempos, allá en la serranía, él está en todo mi ser, y es algo tan querido como mi pasado, como mis propios pensamientos!





Brillaron los ojos de Lucrecia Miranda al ver acercarse a la señora Obdulia. La anciana enfrentó a Cristina y la humilló una vez más con su soberbia. Luego llevó a Lucrecia, cariñosamente tomada del brazo...

...y ya en el desembarcadero...





Regresó prestamente hacia la casa. Cristina aún estaba allí. Era como una muerta de piedra. -¡Es necesario que yo hable ahora mismo con mi sobrino! ¡Que él lo sepa todo ya mismo!- exclamó en voz alta.

Desagradable fue la sorpresa de la anciana al ver que Horacio llegaba acompañado del doctor Novas. Y antes de que doña Obdulia pudiera abrir la boca, Horacio le puso en las manos unas cartas.





-¡Qué ocurrió ya, que tú lo ignoras, sobrino tonto!- insistió doña Obdulia poniendo ante los ojos de Horacio una hoja de papel.



Sin embargo, él reparó en un sugestivo detalle. La letra era femenina, sin la menor duda. Y de una persona desesperada que bien pudo evitarse riesgos escribiendo el anónimo a máquina.



Miró con simpatía a su esposa y dijo: -¿Tienes por ahí el revólver que anoche me devolvió don Plácido?



Con una pícara sonrisa el doctor Novas miró a doña Obdulia: -No pude encontrarlos en casa. Debí dejarlos aquí anoche.



En un abrir y cerrar de ojos los guantes estuvieron en las manos del verdadero dueño. -¡Ah, bien, bien!- exclamó don Plácido ante el asombro de la tía de Horacio.



La tía Obdulia, con un hilo de voz, exclamó: -Anoche no lo ví a usted don Plácido. - El hombre sonrió: -Entré por la puerta del desembarcadero. Estaba abierta.



-Es sencillo, tía. Llamaré a Vicente- dijo Horacio saliendo hacia el jardín y examinando el arma que le devolviera don Plácido.



El sirviente explicó la breve conversación que había sostenido con Lucrecia Miranda.



La emboscada acababa de desbaratarse. A la salida del sirviente, Horacio agregó: -Es mejor concluir con este triste asunto, tía. Además, voy a aclararte algo importante. Esta es letra de Lucrecia.



Horacio pasó cariñosamente un brazo por el hombro de la tía. El otro brazo lo tendió hacia Cristina. Y suspiró: -¡Lucrecia decía ser amiga nuestra! ¿Y ahora?



Don Plácido guiñó un ojo a Cristina y dijo: -La vida nos hace injustos sin quererlo, pero a la larga compensa los errores. - Radiante, Cristina se había abrazado al marido.



En la mirada de los allí presentes había vida. Una vida que supo salvarse de lo que amenazaba destruirla. "Ahora serás tú, Cristina", pensó Don Plácido, satisfecho, a la vista de ese abrazo unido, sincero, amoroso, de los dos jóvenes, que jamás habían dejado de quererse.



Escaneado por: Esteban/Columberos

CURIOSIDADES







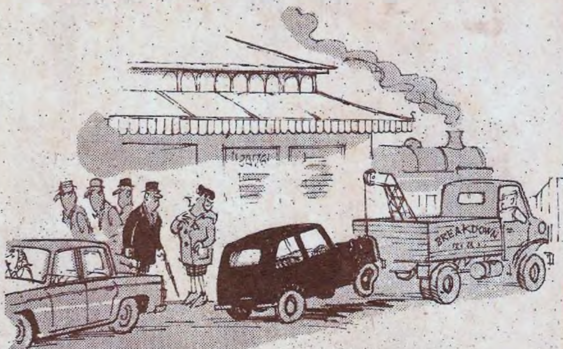




BUEN HUMOR



-Me has hecho avergonzar con la señora Amalia al presentarte así. Podrías haberte puesto un delantal más limpio.



-Por suerte el chofer del remolque ha sido tan amable que me trajo hasta aquí para venir en tu busca, querido.



-Sí, señor oficial. Afortunadamente alcancé a tomar el número de patente del auto de los ladrones.

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

LOS FRUTOS AGRIOS

DIBUJOS DE VOGT






















Tú y yo somos los únicos sobrevivientes de la humanidad. Todo el aire y todo el cielo y todo el verde de los árboles son para nosotros solos.


¿Qué haces?
Rezo por los que murieron. Rezo por nuestro amor, por nuestras alianzas de pasto, por las colmenas que todavía quedan en los pinares. Por las mentiras que tú dices y me hacen feliz.




Te quiero. Estoy de rodillas diciéndote que te quiero. Y tú de pie, como una reina. ¡Ya vendrán los soldados a matarnos!
Amor...


¡Mira! Aún hay flores. Flores blancas y flores azules, y flores rojas. Huele. Es una escalera de aroma. Cada escalón un color. Celeste, amarillo, rosa, gris; gris bueno, gris de escarcha. Te quiero. ¡Te quiero!


¡Amor! ¡Amor!




¡Vamos a bailar!
No. No quiero. No tengo ganas. Me siento cansada.


Sí, sí, tenemos que bailar. Es el día de nuestro compromiso. Estamos solos en el mundo. Somos los amos del mundo; los reyes del mundo. Quiero bailar y reir...

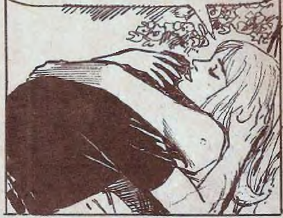

Me siento cansada. Mira qué pálida estoy. Tengo las uñas blancas y los ojos blancos y los cabellos blancos y la mirada blanca.


¡Bailemos! ¡Bailemos!


¡Oh!
¡Isolda!


¡No! ¡No! ¡Aún no! ¡La muerte todavía no! ¡Que la muerte no llegue todavía!


Tristán lloró. Sus lágrimas no servían. Sus lágrimas eran viejas.
Amor...


Mi amor, mi niño pequeño. Llora. Llora mucho. Llora todo que quieras. Mis brazos te tienen prisionero. Llora. Tu llanto es un pájaro más en el bosque desierto.


¿Por qué? ¿Por qué nosotros? ¿Por qué fuimos los señalados? ¿Por qué somos los frutos agrios?
Tenemos el amor. Tenemos nuestro amor. La luz de nuestro amor ...


La luz. Hubo una luz. Hubo otro sol. Un sol tremendo. Un sol terrible. Un sol que arrastraba a la muerte y la desesperación. Nuestra sangre está llena de ese sol.




¡Yo soy el padre de Tristán, y si lo he mandado a este lugar gastando una fortuna en ello, era porque me daban un margen de seguridad que no se ha cumplido!


Esto no es una cárcel, señor...


Ya lo sé. Es un hospital. Y bueno, ¿qué? Un hospital en donde los enfermos viven a sus anchas; vienen y van; se quedan o desaparecen, es lo mismo.


Tampoco es un hospital, señor. Esto es una mansión, una lujosa mansión, en donde mandamos a morir a los que decimos querer...


¿Quién es usted?
La hermana de Isolda. ¿Me da fuego, por favor...?


¿Salieron a buscarlos, señor director?
Sí. Hay cuatro patrullas recorriendo los bosques.


Ojalá no los encuentren nunca. Morirán solos, pero uno junto al otro, tomados de la mano, sobre la tierra verde, quizá mirando un cielo de noche, llenos de estrellas.


Un cielo que alguna vez estuvo lleno de aviones que cargaban bombas atómicas. Hace poco Isolda me escribió una carta muy hermosa. Me hablaba de Tristán. Me decía que lo amaba, que pensaban casarse.


¡Eso no se le puede permitir! ¡Es una locura!
No tenemos derecho a negarles la única oportunidad de ser felices que tienen.


¿Cuánto tiempo de vida calculan que le queda a Isolda?
Seis meses de vida.


Un silencio húmedo los rodeó. Los tres pensaron lo mismo. El destino, por una vez al menos, se había apiadado de Tristán e Isolda, de dos frutos agrios de la vida.


A Tristán también le restan seis meses de vida.
¿Qué podemos saber nosotros? ¿Somos Dios acaso para conocer el final de una vida?


Son cálculos aproximados.
De acuerdo. Aceptemos esos cálculos y permitámosles ser felices.


Pero, ¿es que no entiende, señorita? Tristán e Isolda están enfermos. Morirán dentro de seis meses.
Lo entiendo, señor. Morirán dentro de seis meses, o antes, o después.


Nosotros también moriremos y quizá menos felices que ellos, porque Tristán e Isolda se aman y quizá nosotros nunca lleguemos a tener la gracia de merecer un sentimiento como es el que los une a ellos.


Son dos niños.
Dos niños maravillosos, dos niños que se aman, dos niños que morirán pronto.




Tristán. He perdido la alianza de pasto que me regalaste.
No te aflijas. Te haré otra.


¿De cuál prefieres? ¿De ésta hierba oscura? ¿De aquella otra más clara? Esta plateada es hermosa.
No. Quiero ésa, la que está mojada por el primer rocío de la noche nueva.


¿En qué ciudad has muerto, Isolda?
En Londres. ¿Y tú?


Yo, en Atenas. Llegaron los aviones. Arrojaron bombas. Bombas atómicas. Nosotros éramos niños. Después, cuando vieron el horror, llegó la paz. Pero ya estábamos agrios.


Agria la saliva, agria la sangre, agria la mirada, agria la sombra de nuestro cuerpo, agrio el aire que respirábamos. Agrios. Agrios. ¡Agrios!


En vez de ser muchacho, hubiese preferido ser árbol, un árbol agrio. Y no decirle nada al leñador, y dejar que el leñador me corte, y ser entonces leña agria, mesa agria, puerta o ventana agria ...


No, no desees eso, Tristán; no desees ser árbol, porque pueden transformarte en cuna o violín, y vas a darles sueños agrios a un niño o alegría a un ciego. Los ciegos siempre tocan el violín y piden limosna.

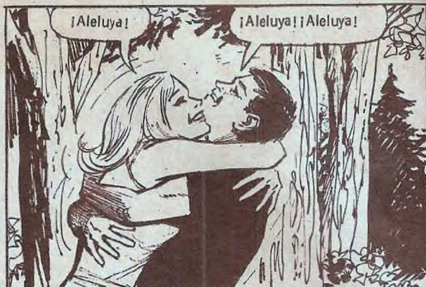

Todo está igual en el mundo. Hay ciegos que piden limosna. Nada ha cambiado. Sólo que bombardearon ciudades con bombas atómicas. Nosotros éramos niños y no tuvieron piedad.


Isolda calló. Sus ojos se llenaron de tristeza. Tristán la atrajo hacia sí: la apretó contra su pecho. Miró su silencio y le besó las manos.


¿Sabes qué pienso, Tristán? Pienso que los que bombardearon nuestras ciudades nunca fueron niños. Fueron hombres. Nacieron viejos.


Esos que no fueron niños jamás sabrán que hay una fuerza más poderosa que la que ellos inventaron para destruir: el amor...











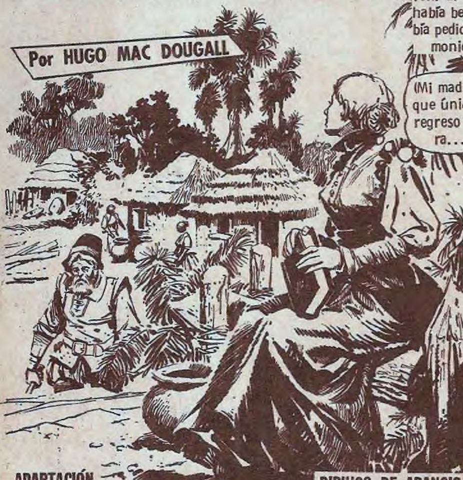
Yo quise contársela como una advertencia para todos nosotros, y también como una comprobación más de que el amor triunfa siempre, por sobre todas las cosas, por sobre todos los males.

FIN



VILLARRICA DEL ESPÍRITU SANTO

Por HUGO MAC DOUGALL



ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE ARANCIO



La madre de Beatriz de Carbajal ya no existía. Había muerto muy joven, años atrás. Y antes de morir dijo a su pequeña Beatriz...



Ricos eran, ya desde España, pero Catalina de Carbajal prometía a su hijita inmensas riquezas.





Murió señalando el libro aquel de tapas moradas, en cuyo interior, la mano del misterioso Juan de Guevara había escrito: "¡Volveré con las manos llenas de riquezas, y serás mi esposa, Catalina!"



La mirada severa del tío de la muerta, el padre Escater, estaba posada sobre la pequeña Beatriz.





Todo había empezado unos años antes, y en España, frente al mar. Un velero iba a zarpar hacia América.

Hacía varias décadas que la civilización española había llegado a América y a un lugar siempre verde llamado Paraguay. Pero aquello era inmenso, y poco se sabía más allá de Paraguarí.



De ahí que, en una mañana del 1575, cierto amplio y hermoso navío iba a zarpar hacia las tierras de las inmensas riquezas secretas.



Tres doblones de oro había que depositar frente al recaudador de la nave para encarar ese viaje.



Esa facilidad creaba una deuda doble a pagar en el futuro. Y algunos lo aceptaron así para no quedarse en tierra.



Portaba un gran canasto que despertó las sospechas del capitán.



Y con picardía agregó: -Con un puñado de naderías uno puede quedarse con cosas de valor de aquellos ingenuos, mi capitán.



Floriano Núñez tuvo que acceder a la requisitoria del capitán, y al destapar el canasto, surgieron cientos de collares y anillos de metal y falsa pedrería.



Alargó el índice señalando el mar.



Pero el pillo no se amilanó ante la advertencia.



Un hombre elegantemente ataviado, con espada al cinto y garbosa figura, se acercó a Floriano.













La pequeña Isabel abrió inmensamente sus ojos azules ante el azul del cielo de aquella mañana de primavera. En sus tiernos seis años no cabían ni el miedo ni la exagerada ilusión de la aventura. Solamente la contemplación de la belleza y el gusto por una sonrisa.





En aquel largo viaje, la dulce Isabel quedó en el corazón de la hijadalgo Marisa de Carbajal, una de las treinta mujeres que iban entre los ciento cinco ilusionados de ese viaje en la primavera del 1575.





Por su parte, el licenciado ya sabía lo que iba a hacer con las esmeraldas que obtendría más allá de las tierras de Asunción.

(¡El castillo de la duquesa de Molviares será mío!)

Imaginaba un retorno a Huelva, rodeado de fabulosas riquezas. Mientras, el navío seguía su viaje rumbo a la Cruz del Sur.

El marino amigo me habló del salto de las siete caídas, del río Paraná, de la Sierra de la Plata.

Cada uno era dueño de soñar lo que quisiera de aquella lejanísima tierra verde y cálida..., donde ya había sido derramada mucha sangre española. Hombres como Núñez o el licenciado Rivera, con mil embustes, hicieron más leve el rudo viaje de aquel centenar de ilusos.

Otros, como el veterano capitán Artiánez, rezaban y esperaban.

¿Y si la vida fuera la cárcel, y la muerte la libertad?



El esperaba muchísimo menos que los demás tripulantes del navío. Y en sus plegarias, a la vista de las costas americanas, pedía: "Vientos, llevadnos hasta Asunción".

El navío dejó el mar por el Mar Dulce. Y después el Paraná, con sus costas viejas y peligrosas, con sus aguas devoradoras.



Doscientos ojos aterrorizados vieron morir al hombre de la herida en el brazo, devorado por pequeños tiburones del río.

Remontando el río, la nave llegó a Asunción. Pero el destino de ellos no estaba allí, sino selva adentro, hacia el Guairá.

Selva, selva cerrada, interminable. La de las inmensas orquídeas y las serpientes traicioneras. Selva, la de las emboscadas.

(¡Río dulce y manso, como una falsa beldad vengativa!)





El indio no quería ceder, amansarse. Y buscaba la muerte del que incursionaba en sus tierras.



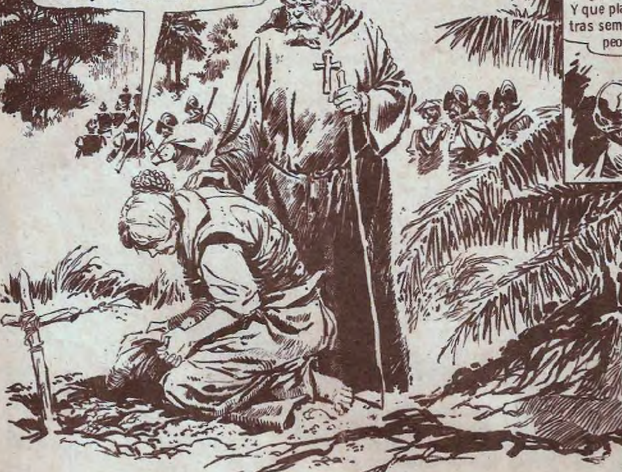
Hubo muertos, hombres y mujeres que jamás imaginaron iban a tener una mortaja de tierra americana.



Pero la ilusión por llegar a la montaña de la plata, a las inmensas riquezas, hizo olvidar a aquellas gentes los dolores del sendero.



La fiebre, como una garra inexorable, apretó varias gargantas. Y otras tumbas, y otras cruces, surgieron en el camino al Guairá.



Al fin, agotados, llegaron ante un acantilado de frescas y alegres aguas. Pero allí no había ni oro ni esmeraldas.



Algunos, enfurecidos, se rebelaron. Como el licenciado Rivera.







Floriano Núñez tragó saliva. No se atrevía a desafiar los silencios de aquella selva plagada de peligros. El licenciado Rivera debía estar loco. Alzó él también la mano y lo saludó. Pero no lo acompañó.



En aquellas tierras del sol resplandeciente brotó prontamente el maíz y la mandioca. Y en las noches estrelladas la gente fue olvidándose del licenciado Rivera en favor de cantos y guitarreadas.



El paraje tuvo nombre, sus primeras casas, sus primeros romances. Y los niños se convirtieron en hombres y mujeres. En uno de los aniversarios de Villarica, el mozo Antón Debáñez declaró su amor a Isabel.



...mientras una morena hermosa, salerosa, Catalina de Carbajal, corrió hacia la cercana vertiente a unir sus lágrimas con el agua.



¿Es que acaso quería a Antón? No, no estaba segura de sus sentimientos, pero envidiaba a Isabel, la laboriosa, la muchacha que había convertido sus tierras en fuente de riqueza gracias a las semillas de España.





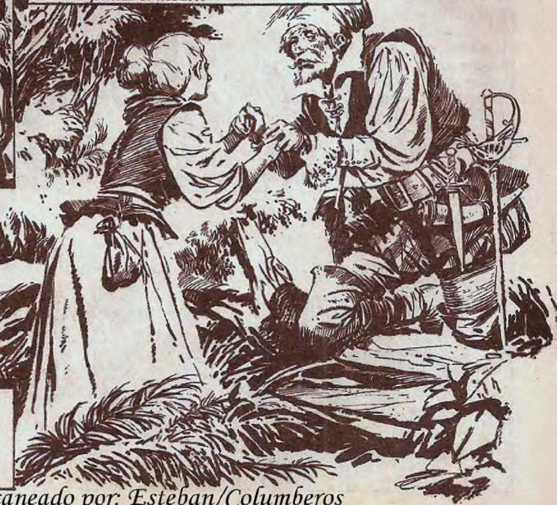
Al pillo de Floriano Núñez había pasado esos años en amoríos, repartiendo pedrería falsa, mientras Isabel estuvo en la tierra desde muy tierna, sembrando y rezando.



En esa noche del aniversario, Catalina gritó a la madre -Estoy harta de Villarica. Me iré con el primero que pase.- La respuesta fue una mano abierta que encontró una rosada mejilla.



La desgracia de los Carbajal, la demencia, el horrible mal que desgastaba rápidamente, llevó a la tumba a doña Marisa, y se manifestaría luego en la desdichada Catalina. Pero antes, tiempo antes, Catalina conoció una tarde a Juan de Guevara. Sucedió en otra jornada de fiesta...



...y en medio de la selva cercana y ahora pacífica. Juan de Guevara no era otro que el desaparecido licenciado Rivera, increíblemente jovial, pese a los años transcurridos. Se le presentó súbitamente...

... a la novelera Catalina, susurrándole al oído estas palabras: -Soy Juan de Guevara, el único que ha llegado a la montaña de la plata y al oculto sitio de las esmeraldas.



A cambio de un beso, Catalina recibió del charlatán una piedra inmensa y verde, que asombró a la joven: -Está muy cerca de la tierra donde moran los bandeirantes. Y este español tiene sus esmeraldas-dijo.





Aquel embustero puso en las manos temblorosas de la joven Catalina un libro de tapas moradas. En su interior, una página escrita de puño y letra por Rivera -hablaba de sus descubrimientos-, pero firmada: Juan de Guevara.

Catalina mostró la esmeralda -la falsa piedra- y Villarica del Espíritu Santo se vio apoderada por una nueva fiebre de aventuras.



El alcalde de Villarica tuvo que hacerse fuerte. Tenía la mente serena y sabía que esos ilusos iban a una muerte segura al pisar las tierras de los portugueses. Con un pequeño grupo de hombres, contuvo...



Ni las palabras del padre Escaler, llamando a la cordura, ni el gesto desdeñoso del Floriano Núñez, contuvo a esa gente que quería irse hacia el Norte en busca de las fabulosas riquezas denunciadas por Guevara.



... a los más exaltados, y prohibió el éxodo inminente.





Aquella ilusión desparramada por el charlatán de Rivera hizo que Isabel lo perdiera a Antón. El hombre comenzó a asediar a Catalina. Hasta que se casaron, dejando a Isabel con sus tierras y su soledad



Aquel triunfo de Catalina duró pocos años. Luego de dar a luz una criatura que era su viva estampa, comenzó a dar muestras de la horrible enfermedad que la llevaría a la tumba. Y Antón, desesperado, fue a pedir ayuda al padre Escaler.





Cuando Catalina murió, Antón dejó a Beatriz al cuidado del padre Escaler y se marchó hacia el Norte. Tiempo después hallaron su cadáver devorado por las hormigas.

Beatriz creció feliz, pues la bondadosa Isabel no dejaba de visitarla y llenarla de regalos.



Nunca más se supo en Villarrica sobre las andanzas de Juan de Guevara.





Por más que el padre Escaler había advertido muchas veces a la niña que todos los males de Villarrica habían comenzado con la aparición de ese libro, Beatriz se sintió atraída por él ...



... y no cesó de recordar las un tanto desvaídas palabras de su madre.



Obsesionada por esa ágil firma del libro, creció la huérfana, ocultándole sus pensamientos al padre Escaler.



Fue haciéndose una muchacha de carácter, afecta a los animales del campo y a la vida en contacto con el sol. Mucho contribuyó a ello la constante y beneficiosa presencia de Isabel.



Nadie pudo conocer el íntimo pensamiento de Beatriz, que tanto la seguía uniendo al exaltado recuerdo de Juan de Guevara.

(¡¡Volverá!¡Mi madre y este libro lo dijeron!)



En otros festejos de Villarica, la adolescente garbosa conoció al mozo llamado Juan El Cazador. Lo acompañaba un hombre de larga barba, su padre, según Juan. Y nadie reconoció en aquel hombre enfermo al otrora decidido licenciado Rivera.

Mientras Beatriz y el apuesto Juan bailaban, Floriano Núñez se había acercado al anciano.

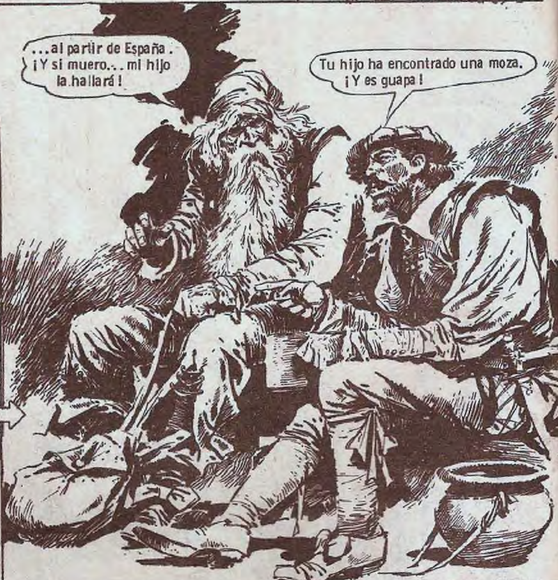


Casi nadie quedaba de aquella gente mayor que llegó a Villarrica para elevarla en medio de una selva bella y letal. Pero Floriano Núñez, al escuchar aquella voz del anciano, dio un salto de casi treinta años.



Rogándole que bajara el tono de su voz, Rivera contó a Núñez sobre los tormentos recibidos de los bandeirantes.-Quebraron mis huesos; me dejaron el cuerpo enfermo hasta el fin de mis días- agregó.





Juan El Cazador se había entusiasmado con aquella muchacha que montaba con agilidad sin par, y hasta manejaba el arco y la flecha como el más hábil de los nativos.





Una a una, Beatriz clavó las flechas en las naranjas suspendidas de una larga alfajía entre los aplausos de la concurrencia y mientras miraba con insolencia a Juan El Cazador.

Los jóvenes se divertían, y sin darse cuenta, caían en el prólogo del amor. Y, cerca de allí, dos hombres de edad -uno de ellos devorado por la fiebre de ambición que al fin de cuentas lo había perdido- estaban al borde de la pelea. Eran el licenciado Rivera y Floriano Núñez.



Floriano atrapó de la garganta al viejo mentiroso: -Tú echaste sobre nuestros sueños un mal que aún se arrastra por estas selvas y campos. ¿Quieres envenenar también a tu hijo Juan? ¡No te lo permitiré!



Pero Beatriz de Carbajal demostró ser distinta al muchacho. Cuando él la pidió en matrimonio, ella contestó: -No, Juan. Mis exigencias vuelan alto. ¿Qué puedo esperar de ti, fuera de una choza en la selva y pobreza? Espero a...- Se contuvo esforzadamente.



Ella murmuró: -Juan de Guevara tiene una deuda con los Carbajal. Y es posible que muy pronto llegue a pagarla. Y seré inmensamente rica.- Por toda respuesta, él soltó una interminable carcajada.



Asombrada, Beatriz retrocedió.



Fue entonces, cuando se escucharon aquellos alaridos que llegaban del Norte, y el licenciado Rivera se estremeció.



El último embuste de Juan de Guevara. Una patraña que había arrancado de las manos de los portugueses una bolsa de buen dinero.



El ataque se produjo casi de inmediato, pero la gente de Villarrica del Espíritu Santo defendió sus tierras heroicamente. No obstante, el incendio arrasó la aldea que naciera años antes en el corazón de la selva paraguaya. Juan El Cazador fue de los más fieros defensores...



...y posteriormente, cuando el alcalde y el padre Escaler dijeron que Villarrica no moriría nunca, que iba a ser reconstruida, Juan se puso al frente, ya que Dios no había querido tomar su vida joven como castigo por lo que había hecho su padre, el embustero.



Rivera escapó hacia su choza en un intrincado lugar de la selva, torturado porque ahora estaba convencido de que había perdido a su hijo.



Se hundió en su dolor a esperar la muerte, ya que todo lo mejor lo había perdido, cuando escuchó la voz del hijo.

¡Misericordia celestial! ¡Es él! ¡Es Juan!



Juan traía en una de sus manos el viejo libro de tapas moradas. Lo dejó sobre el lecho del enfermo. -Esto inservible es tuyo, padre. Por gracia divina, Beatriz de Carbajal ha sido liberada de los demonios y me entregó esto. ¡Será mi esposa.

Dio media vuelta y se hundió nuevamente en la selva, con su verdad, con su amor.

¡Muchacho tonto!

Acarició aquel libro, mientras murmuraba: -No es inservible. Ha sido mi mejor mentira, pues Juan de Guevara, el eterno, significó y significará el impulso que los hombres necesitan para seguir adelante.



Y en un fiero impulso arrojó al río el libro de tapas moradas. Se hundió rápidamente, y nada cambió en el ambiente ni en la luz de esa tarde paraguaya hecha de oro y verde. Entonces el anciano se hincó.

¡Dios del Cielo, fuente inagotable de verdad y hermosura... !

Empero volvió a estremecerse. Ese libro era su creción y su castigo. Caminó con lentitud hasta el río próximo. Desde unas piedras estuvo contemplando aquella vertiente, aquella fuerza que era hija de Dios.



Con enorme esfuerzo regresó a la nueva Villarrica del Espíritu Santo, donde estaban muy adelantados los preparativos para la unión de su hijo Juan con Beatriz de Carbajal.





No obstante, viviría unos años más, ya en el nuevo siglo XVII y en Villarrica, la siempre verde, la siempre próspera.

FIN

REENCUENTRO PARA EL CRIMEN

Por

GONZALO HERNÁNDEZ

DIBUJOS DE J. PÉREZ

Nadie, ni aún el más absurdo pesimista, habría de imaginar el objetivo de aquel inofensivo anuncio aparecido en los más difundidos rotativos, convocando a una cena de camaradería entre los egresados de un instituto industrial.

Rafael Vargas, próspero fabricante de repuestos para automotores, lo leyó mientras desayunaba en compañía de su hermana Laura.

Esta debe ser obra de Villar. Lo llamaré por teléfono.

No era iniciativa de Enrique, ni ninguno de los asistentes a la reunión previa en el bar céntrico indicado por el anuncio reconoció serlo.





Pero Rafael no estaba del todo satisfecho. Alguien se hallaba ausente. Alguien a quien recordaba con entrañable afecto.



Arturo facilitó días más tarde el domicilio de Mario, y Rafael fue a visitarlo.



En la casa funcionaba una pensión económica. Rafael fue introducido a un mal llamado living. Poco después, Mario acudía al requerimiento.





La suerte no había sonreído a Mario, pese a su inteligencia y capacidad. Una vez interiorizado de la situación de su amigo, el industrial se negó a permitir que continuara en el estado en que lo hallara.









Rafael echó mano a su billetera y extrajo una buena suma de dinero, tendiéndosela a Mario. Este retrocedió.



La espaciosa casa de Rafael Vargas recibió a un Mario Losafa muy distinto al que conociéramos.






La apostura de Mario hizo inmediato impacto en la joven, quien se mantenía soltera para no descuidar a su querido hermano mayor.

Días después...



Luego, mirando sugestivamente a su hermana, bromeó:



Rafael rodeó afectuosamente con su brazo los hombros de la hermana.



A propósito. Me has dicho que Mario te salvó la vida, pero no en qué circunstancias. ¿Puedo conocerlas?

No fue necesario que Laura insistiese para que Rafael relatara el episodio. -Ocurrió una noche al salir del industrial- dijo.




Y una vez ante sendos pocillos de la aromática infusión, Mario miró seriamente a su condiscípulo.
Me veo obligado a llamarte a la reflexión, Rafael. Se trata de esa chica Sofía, con la que sales a menudo.
¿Qué ocurre con ella?


Ocurre que si no dejas de verla, te vas a ver en un buen aprieto. No puede tener buenas intenciones.
¡Vamos! ¡Déjate de tonterías! ¿Qué sabes tú?


Mucho más de lo que tú te imaginas. Y te advierto que no serías su primera víctima. Recuerda que llevas un apellido comercialmente ilustre y que no tienes derecho a ponerlo en la picota.


-Me resistí a creer en la advertencia de Mario y continué frecuentando a la tal Sofía.
Pero, ¿cuáles eran las intenciones de esa mujer?


"Sofía," explicó el industrial , "formabaparte de una poca recomendable organización, que, amparándose en mi juvenil entusiasmo sentimental por la muchacha, planeaba utilizarme para sus fines. Así fue que una noche, mientras caminábamos inocentemente por un parque ..."


Necesito que me hagas un favor, Rafael. ¿Estás dispuesto a realizar una diligencia para mí?
¡Por supuesto, querida! ¿Cómo te atreves ponerlo en duda?


Ella, según manifestó, había tenido relaciones con un hombre. Este conservaba en su poder unas cartas de ella.
Yo no me atrevo a pasar a recogerlas por su casa. ¿Lo harías tú?
¡Naturalmente! ¡No soy ningún timorato!


Impulsado por un quijotesco sentido de la hombría, Rafael acudió al lugar indicado por la joven.
En este paquete están las cartas. Dígale a Sofía que pudo venir personalmente a buscarlas. ¡No soy un ogro!


El joven, sin replicar, tomó el paquete que el individuo le entregara y se dispuso a volver junto a Sofía. Fu ...onces que dos sujetos le salieron al paso.
¡Arriba las manos! ¡Venga ese paquete!


¿Están locos? ¡No contiene más que unas cartas!


Los sujetos rompieron a reir.
¿Cartas? ¡Vamos, angelito! ¡A ver si pensás que somos estúpidos! ¡Soltá el paquete!
¡Les digo que son unas cartas de mi novia!


Los sujetos perdieron la paciencia.
¡Aaaajjj!
¡Sacále el paquete, Coco, y pegále un tiro para que no vaya a denunciarnos!

En ese preciso instante se escuchó la voz de Mario.

¡Allí, agentes!

¡La policía!

Se originó un breve tiroteo, y los sujetos cayeron muertos. El paquete contenía estupefacientes en cantidad, y el joven había servido inocentemente de intermediario para evitar que las autoridades capturasen a los verdaderos traficantes.

Los asaltantes de Rafael, según Mario ...

... pertenecían a una banda rival, cuya misión era la de apoderarse de la droga. Sofía y su banda fueron detenidos.

¡Silencio ahora! ¡Mario acaba de llegar!

El conocimiento de lo actuado por Mario, aumentó la influencia que él ejercía sobre Laura. Transcurrieron algunos meses, hasta que ...

Aún no has bailado una sola pieza conmigo, Laura.

Es que el señor está monopolizado por mis amigas y no parece dispuesto a fijarse en mí.

Se celebraba el cumpleaños de Rafael, y éste ofrecía una recepción a sus relaciones.

Pues vamos a subsanar la omisión, ¿bailamos, Laura?

Encantada, caballero.

Mientras danzaban, Mario fue llevando a la joven hacia el sector del jardín no ocupado por los invitados.

¡Ah! ¡Nada mejor que un buen jardín para bailar con una bella dama!

Es posible. Lo malo es que hasta aquí casi no llega la música. ¿Piensas bailar de memoria?

Pienso hablar contigo de algo que sólo necesita un muy tenue fondo musical, Laura. Pienso hablarte de ... amor.

¡Mario! ¿Qué estás diciendo?

¿Te desagrada el tópico elegido? En tal caso, retornemos al salón y ...

¡Por Dios, Mario! ¡Bien debes saber ya que no puede desagradarme!

Así comenzó el tierno idilio tan largamente esperado por el dueño de casa. Otros meses transcurrieron.

Bueno, hermanita. ¿Es que ese galán no se decide a formalizar el compromiso?



Enterado de la inminencia del acontecimiento, Rafael se puso en contacto con sus condiscípulos.



Y así se hizo. Tres días antes del casamiento civil, los amigos agasajaron al contrayente. Pero la fatalidad se interpondría sólo veinticuatro horas después.





Laura y su prometido retornaron a la mansión de los Vargas con el corazón rebosante de felicidad y esperanzas.



Laura se encaminó al sitio indicado. Sí, Rafael estaba en su despacho, pero muerto.



Mario acudió a tiempo para evitar que su futura esposa se desplomara pesadamente, privada del conocimiento. La entregó a los cuidados de la servidumbre que acudió a su llamado.



El oficial Cáceres de la Policía Federal y el cuerpo técnico a sus órdenes no hallaron rastros que les permitieran suponer la identidad del homicida. Rafael había recibido un solo y certero disparo en el corazón. Ningún miembro de la servidumbre escuchó el estampido.



El oficial Cáceres observó las paredes del despacho.





"El constante ir y venir de aviones perturbaba su trabajo, impidiéndole concentrarse en el mismo."



El investigador estaba desorientado. Nadie vio al asesino, ni éste dejó el menor indicio de su paso por la casa. Una tarde. . .




-Ellos -prosiguió el oficial-, me han suministrado una información a cuyo respecto deseo hablar con usted .


Si no le es inconveniente, señor, salgamos al jardín. Mi prometida está muy afectada y . . .
Comprendo. Sí, es preferible que no nos escuche comentar el caso.


Naturalmente, la boda se había pospuesto para mejor oportunidad. Mario y el oficial salieron al jardín.
Según parece, su difunto futuro cuñado tenía una sociedad anónima constituida con tres de sus amigos.
¿Es posible que no me haya dicho nada al respecto?


Eso era lo que deseaba saber el investigador. Caminando lentamente llegaron al parque situado en el fondo de la finca.
La sociedad estaba integrada por él, Enrique Villar y Arturo Farías. ¿Los conoce usted?
Sí. Todos ellos fueron condiscípulos nuestros en el colegio industrial.


Bien, el contrato de sociedad dice que, en caso de muerte de cualquiera de los socios, los supervivientes heredan sus acciones.
¿En qué rubro opera esa sociedad?


El oficial se lo dijo. Mario se aprestaba a hacer un comentario al respecto cuando sonaron dos detonaciones consecutivas.


Cáceres extrajo su pistola reglamentaria y corrió hacia el lugar de donde partieran los tiros, cubriéndose con los árboles que hallaban en su camino.


¡No me siga, señor Losada! ¡Quédese bajo la protección de un árbol!


Poco después, el oficial regresaba junto a Mario. Había hallado marcas de pisadas que terminaban en el cerco de la finca.
Son huellas recientes de un pie masculino calzado y de tamaño más bien chico. El agresor se ha esfumado.


Cáceres hizo una minuciosa observación del lugar. No tardó en hallar lo que buscaba.
Ya tenemos algo. Veremos si ha sido disparado por la misma pistola que sirvió para el crimen.
¿Cree usted que dispararon contra mí?


El policía asintió. No cabía esperar otra cosa. Luego se retiró, mientras Mario, tras despedirse de Laura, fue a la oficina. Una hora después, Laura recibía una visita.


-Le agradezco que haya venido, Enrique. La presencia de los amigos de Rafael me reconforta.
Me alegro, Laura, pero mi visita no es de mera cortesía, sino comercial, en cierto modo.


Enrique hizo mención a la sociedad constituida entre él, Arturo y el difunto hermano de ella.
He venido a poner a su disposición las acciones que pertenecieron a su hermano.
No está usted obligado, Enrique.


Enrique insistió en su ofrecimiento, y Laura quedó en responderle luego de consultarlo con Mario.
Es él quien se ocupa ahora de todo lo relativo al comercio, Enrique. Haré lo que Mario me aconseje.


No dudo que aprobará mi decisión. Bien, Laura. No olvide que, como de costumbre, me tiene a sus órdenes. Si ...


"... bien lamento que no me haya elegido usted como algunas veces se lo pedí, pero sé perder."
Se lo agradezco, Enrique, pero le ruego no vuelva a recordar que alguna vez pidió mi mano.
Se lo prometo, Laura.


Cuando la joven mencionó la visita de Enrique a Mario, éste se mostró conmovido por la generosidad de su amigo. Sin embargo, esa misma noche, el oficial Cáceres llegaba a la casa de los Vargas con novedades sorprendentes.


Hemos hecho la comprobación de que las huellas halladas en el parque coinciden con el calzado de Enrique Villar.
¡No es posible! ¡Pero si acaba de darnos una prueba de inconmovible amistad y desprendimiento material!


Mario relató a Cáceres lo dicho por Enrique durante su visita de la tarde. El investigador opinó:
Bien pudo ser una treta para desviar sospechas. De todos modos, lo estamos investigando aún.


¡Puede descartarlo, oficial Cáceres! ¡Enrique es incapaz de semejante dualidad, se lo aseguro!


Empero, en el curso de la mañana siguiente se producirían novedades que culminarían con el pedido de captura de Enrique.
Tengo malas noticias para usted, señor Losada. Pese a su confianza en Villar, estamos seguros de...


"... que éste, no sólo es el autor de la muerte de su difunto amigo, sino también del atentado contra usted y algo más."
¿Qué quiere usted decir con algo más?


El oficial hizo comparecer a un agente de investigaciones y le pidió explicase a Mario lo ocurrido la noche anterior.
Sí, señor. En cumplimiento de órdenes superiores me aposté en la esquina del domicilio del citado Villar.


"Eran las 23,17, cuando se abrió la puerta de la cochera y el mencionado sacó su automóvil a la calle. Al ponerse en marcha, lo seguí."
Omita detalles y diga a dónde se dirigió.

Fue directamente a una casa de la calle Laprida en San Isidro. Llamó a la puerta y antes de que lo . . .



". . . atendiesen, retornó al coche y lo puso en marcha llevándolo a una calle transversal, donde lo detuvo y volvió caminando hasta la citada casa. Yo hice lo propio, pero al llegar al lugar, advertí que Villar había desaparecido."



"Pensé que el dueño de casa le habría franqueado la entrada", continuó el agente," y quedé a la espera. Diez minutos después..."



"Así lo hice, sin que persona alguna acudiera a inquirir el motivo de la llamada. Luego de un tiempo prudencial. . ."



"Hallé la sala desierta. De pronto escuché un quejido proveniente de una habitación vecina y corrí hacia la misma."



Afortunadamente, las heridas recibidas por Arturo Farías no eran graves, y se le permitió volver a su casa. No pudo identificar a su heridor, quien según opinión del policía, escapó por los fondos de la casa. El coche de Enrique también había desaparecido.



Cuando el agente se hubo retirado, Cáceres dijo a Mario:



Mario retornó a la casa de los Vargas, dispuesto a relatárselo todo a Laura. La halló presa de una crisis nerviosa, y atendida por un facultativo.



Explicó que, mientras caminaba por el parque, le hicieron dos disparos. Al indicarle el lugar, Mario exclamó:



Pocos minutos tardó el oficial Cáceres en arribar a la casa. Mario estaba examinando el lugar del atentado, y el policía habló con Laura.



Laura palideció. Luego abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no llegó a hacerlo. Perdió el sentido.



Cáceres fue en busca de Mario.



El oficial se lo dijo, repitiéndole las instrucciones que impartiera al facultativo, mientras un sirviente se les acercaba.



Cáceres asintió y lo acompañó hasta el momento en que Mario se alejó tripulando su automóvil.



Laura reaccionó, pero se negó sistemáticamente a decir nada. Parecía ajena a todo cuanto la rodeaba.



El oficial, antes de marcharse, buscó y halló otro proyectil incrustado en la tierra húmeda.



Retornó a la jefatura y llamó a su despacho a varios de sus agentes, impartiéndoles precisas instrucciones. Entretanto. . .



En ese preciso instante se abrió la ventana, y Enrique Villar se introdujo en el cuarto.

—¡No, no grite usted, Laura! ¡Nadie debe saber que estoy aquí!



El hombre se acercó al lecho de la joven.



Enrique asintió. Como los ojos de la joven delataran el temor que sentía, se apresuró a tranquilizarla.



¿Quién es, Enrique? ¡Dígamelo, por Dios! ¡Necesito saberlo para salir de las dudas que me atormentan!

Lo está usted presintiendo, ¿verdad? Pues bien, ¡sí, Laura! ¡Es el que usted supone!

¡Es que me cuesta creerlo! ¡El no estaba presente cuando ocurrió el hecho! ¡Además, también a él quisieron matarlo!

Cuesta convencerse, ¿verdad? También a mí me resultó difícil. Pero no cejaré hasta hallar las pruebas que lo pongan en evidencia.

Una mucama llamó a la puerta, y Enrique se vio obligado a salir rápidamente por la ventana. Se encaminó hacia el parque.

(Me quedaré aquí hasta que regrese. No pienso perderle pisada.)

Pero no permaneció inactivo. Examinó cada uno de los árboles del lugar donde se produjeran los atentados contra Mario y Laura. Al cabo de un rato sonreía satisfecho, mientras volvía a ocultarse en su observatorio.

Anochecía cuando Mario dejó el coche detenido en la puerta de hierro de la mansión. Entró a la casa y luego volvió a salir.

¡Allá va! ¡Ni sospecha lo que le espera! ¡Jamás llegará a casarse con Laura!

Media hora más tarde, Mario detenía su coche frente a la casa de pensión donde fuera visitado por el difunto Rafael.

(¡Lo que me sospechaba! ¡Ahora le llegó el turno!)

Retiró una pistola de la guantera y se dispuso a descender del coche. Pero en ese preciso instante otro automóvil se detuvo frente a la supuesta pensión. Un hombre que empuñaba un revólver descendió del mismo y entró resueltamente en la casa.

¡Arturo! ¿Qué vendrá a hacer él aquí?

Fue en pos del recién llegado, cuidándose de no ser descubierto. Arturo irrumpió violentamente en la habitación donde se hallaba Mario.

¡Arturo!

¡No me esperabas, canalla! Trataste de matarme para eliminar peligro y quedarte tú con todo, ¿verdad?

No te servirá de nada haber venido, Arturo. Al contrario, me facilitarás las cosas. Mira a tus espaldas.

¡Muy viejo el truco, Mario! ¡No me harás descuidar! ¡Voy a entregarte a la policía, aunque caiga yo también!

Pero una voz femenina a sus espaldas y un objeto duro que se apoyó en su cuerpo lo paralizaron.

¡Suelte su arma o lo mato!

¡Bien hecho, Sofía!

Enrique juzgó llegado el momento de intervenir y lo hizo ante el asombro de todos.

Lo mismo reza para usted, señorita. ¡Arriba las manos los tres!

Mario, algo cubierto por sus cómplices, intentó extraer un arma para acabar con Enrique. No llegó a hacerlo.

Muchos agentes, a una orden del oficial, entraron en la casa, capturando a los delincuentes y llevándoselos detenidos.

En horas de la tarde del día siguiente, Enrique, en casa de Laura, relataba a ésta lo que confesara el asesino y sus secuaces.

Aquel episodio donde Mario salvara la vida de Rafael fue una comedia tramada por la pareja, explotando la bonhomía e ingenuidad de su hermano.


¿Es decir que fue hecha con vistas a una futura acción contra nosotros?
Evidentemente. Por medio de Sofía convencieron a Arturo para que entrara en la trama. Este, dominado...


"...por la mujer, fue el autor material de la muerte de Rafael y de los estratégicos atentados contra Mario y usted. Un hueco en un árbol, que yo descubrí, sirvió para ocultar el arma, mientras Arturo, calzado con un par de mis zapatos, dejaba las huellas que me acusarían luego."


-Mario, sabiendo que yo sería vigilado por la policía, entró subrepticiamente en mi casa y, vistiendo mis ropas, usó mi coche para ir a eliminar a su cómplice.
Sin saber que usted se hallaba ausente y hablando por teléfono conmigo a esa hora, ¿verdad?


Exacto. Pero yo hablé con el oficial y le hice presente ese detalle. Cáceres solicitó mi colaboración, sabiendo que Mario, creyendo eliminado a su cómplice, iría a comunicárselo a Sofía.


-¿Es decir que el policía sospechaba ya de Mario?
En efecto. Comenzó a considerarlo sospechoso al producirse el supuesto atentado contra su vida, recordando que él se había mostrado muy interesado en llevarlo al jardín.


Quería aparecer como víctima del asesino de Rafael para alejar de sí toda posible sospecha. Su mente retorcida quiso hacer una comedia demasiado meticulosamente tramada para ser cierta.


¿Quién insertó el anuncio tendiente a reunir a los egresados del industrial?
El propio Mario, confiando en que el agradecimiento de Rafael no toleraría la ausencia de quien consideraba su mejor condiscípulo.


Estaba todo aclarado. Ambos permanecieron en silencio unos instantes, pese a que Enrique ansiaba decir algo. Finalmente se decidió.
Laura, quizá no sea el momento más propicio para recordarlo, pero una vez le hice una proposición.


No quiero abusar de mi intervención en este caso, para solicitarle la reconsideración de su negativa anterior. Sólo le ruego responda a mi pregunta. ¿Puedo albergar alguna esperanza de que lo piense otra vez?


Laura lo miró con singular afecto. De todos los amigos íntimos de su hermano, él era quien mayor fidelidad le había guardado. Se sintió invadida por una oleada de ternura y expresó:
¡Nunca la pierda, Enrique! ¡No me consolaría jamás si ello ocurriese!
FIN

TIPHAINA

Por ALEJANDRO DUMAS (Hijo)

ADAPTACIÓN

Dibujos de **DAVID COOPER**

La celebridad de Alejandro Dumas (hijo), contrariamente a la de su padre —autor de casi un centenar de novelas, en buena parte famosas—, se debe exclusivamente a una obra: "La dama de las camelias". No obstante, el feliz creador de Margarita Gautier publicó otros libros de valor, que apenas se han difundido, eclipsados por la universal popularidad del primero. Ejemplo de ello es **Tiphaina**, vertido por primera vez al castellano en la presente adaptación.

Mi padre, Alfonso Percín, fue uno de los arquitectos más prestigiosos de Francia. Hombre activo, de espíritu profundo y curioso, tuvo la suerte de obtener el Premio Roma cuando la Academia de Bellas Artes lo otorgó por primera vez. A los treinta...



...años, sabio en la teoría y hábil en la práctica, mi padre contaba con la amistad de pintores, escultores, arqueólogos y con la admiración de sus colegas. Casado con la hermana de uno de éstos, artista ella misma, supo encontrar la felicidad en su hogar, que mi nacimiento vino a completar.



Mi dulce y buena madre murió cuando yo tenía doce años. Alcanzó a legarme, no obstante, las enseñanzas de su alma, que, unidas a la constante preocupación de mi padre, me convirtieron, a los veintidós años, en el arquitecto de moda de París.



Me puse al frente de la empresa de mi padre, cuyos papeles ostentaron desde entonces el siguiente timbre:

PERCÍN e Hijo
COMPAÑÍA de ARQUITECTURA
JORGE PERCÍN, ARQUITECTO DIREC

Mi padre se llevó de este mundo la satisfacción de saber que quedaban allanadas todas las dificultades de la carrera de su hijo, carrera cuyos caminos de triunfo son siempre difíciles para quienes comienzan sin que nadie les dé el impulso y el apoyo inicial. Después de pasar dos años en Florencia, estudiando el arte italiano de la época de los Médicis, volví a mis actividades en París. Una mañana se presentó en mi despacho un viejo y querido maestro, profesor de la Escuela de Bellas Artes y ex camarada de mi padre.







-Es un multimillonario. Parece que un antepasado tomó parte en las Cruzadas, en los ejércitos de San Luis; después, la familia se arruinó. El señor de Chabouillat, uno de los principales descendientes, ha logrado redondear una cuantiosa fortuna...

..."y, luego de adquirir una hermosa propiedad en la región que perteneció a sus gloriosos ascendientes, pretende inmortalizarse erigiendo allí un castillo o fortaleza semejante al que supone habitaron éstos."





-Como negocio, quizá no. Pero me interesa desde el punto de vista artístico; la realización de este trabajo me obligará a estudiar concienzudamente la arquitectura medieval, cosa que siempre dejé de hacer por falta de paciencia y de "tiempo remunerado".

Una semana más tarde, había firmado contrato con el rico señor de Chabouillat, un magnífico gascón. El sitio elegido para la reconstrucción del castillo era ideal: una meseta en una altura que domina la aldea de L... y el valle próximo.



Alojado en casa del señor de Chabouillat, debí invertir seis meses en el trazado de los planos, estudios del terreno y cálculos de su adecuación y resistencia... Fueron seis meses de vida tranquila y feliz. Por otra parte, adquirí gran popularidad en la aldea de L... Los arquitectos de varias leguas a la redonda venían a saludarme y a felicitarme.



Otras veces eran comerciantes o humildes aldeanos quienes llegaban hasta mí para consultarme sobre la casa que estaban edificando. Mi lápiz y mi cartera de arquitecto respondían cordialmente a la solicitud de unos y otros. A un vecino pobre, padre de seis niños, que me consultó sobre sus proyectos, le obsequié los planos para edificar una vivienda económica y confortable.



Debo agregar que mi fama se extendió por toda la Auvernia y que más de un rico señor, de los muchos que tienen allí sus propiedades, me escribió o me entrevistó, interesado en mis servicios de arquitecto. Se me invitaba a fiestas, a cacerías, a torneos, en los que trabé relaciones amistosas con caballeros y señoritas de la comarca.



Se organizó una gran fiesta a algunas leguas del castillo de Chabouillat. Venían las elecciones, y el diputado del distrito, para mantener la buena voluntad de los electores y estimular el afecto de los amigos, quiso deslumbrarlos y agasajarlos con un suntuoso banquete. Recibí una invitación, que acepté.



Llegué de los primeros y fui amablemente recibido por el señor La Fontaine y su simpática esposa.



Iba a excusarme, con modestia, por lo exagerado de los elogios, cuando sus palabras fueron apagadas por un rumor de voces, que crecía como el oleaje del mar. El diputado La Fontaine, orgulloso, me dijo:



Y se alejaron para recibirlo, con la vanidad de un pavo real. Tal actitud se justificaba: el prefecto era la autoridad del gobierno y de la política del distrito que estaba en la escala inmediatamente superior a la del diputado, y quien debía visar su reelección en las próximas elecciones.



No tardó en formarse un verdadero coro de aduladores en torno del prefecto. Como comprendí que, en lo relativo al interés que un rato antes promovió mi prestigio de arquitecto, la política acababa de triunfar sobre el arte, opté por retirarme al jardín. Pude así dedicarme a admirar la severa belleza del castillo, sin que nadie notara mi ausencia.



Cuando volví a la fiesta, los invitados formaban grupos numerosos y animados. En el centro del salón, los dueños de casa seguían prodigando al prefecto lo más exquisito de su convite y lo más agradable de su conversación.



Un carruaje entró por el portón del jardín, con gran estrépito. —Es la viuda de Negris —oí que la dueña de casa informaba a su marido—. ¡Qué idea haberla invitado! ¡Se va a fastidiar y nos va a fastidiar a todos!



—Entonces ¿es cierto que el prefecto le arrastra el ala, como se comenta por ahí?... O quizá haya puesto los ojos en Tiphaina, la hija.



Pude comprobar esto cuando vi entrar a la visitante, a cuyo encuentro se adelantaron los señores de La Fontaine. Mas muy pronto mi vista dejó de admirar a la madre, porque, lo confieso, inmediatamente quedé deslumbrado por la hermosa y tierna figura de su hija.



Tiphaina era una niña, en efecto, como dijo el diputado; pero su traje correspondía más bien a una señorita. Lo llamativo de la blusa que cerraba el cuello y de las cintas que ceñían sus rubios y sedosos cabellos, parecía rivalizar con el rostro en atraer la atención. Aunque la victoria, como es de suponer, era, al final, de éste.



Su falda descendía poco más abajo de la rodilla, como si quien la vestía hubiese detenido la tijera en aquel punto, temiendo molestar los movimientos de aquella muchacha que estaba todavía en la edad en que se salta la cuerda.



Tiphaina tenía catorce años: si bien su rostro, inocente y despejado a la vez, sus ojos claros y profundos, revelaban dieciséis.



Cuando el prefecto Phorbus, luego de besar la mano de la señora de Negris, se inclinó para besar la frente de la bella Tiphaina, me imaginé que aquel hombre se acercaba a una flor exquisita para aspirar su perfume con rudeza. Tiphaina traía a la mente la idea de una princesita; se parecía...



...a María Estuardo niña. Su aderezo, su tez, lo albo de su vestido y de su alma (que yo adivinaba), resaltaban en medio de la severa gala de nuestros trajes negros.



La dueña de casa tuvo la gentileza de presentarme a la viuda de Negris y a su hija.



Tiphaina no dijo nada, pero sus grandes y hermosos ojos llegaron hasta mí con repentina curiosidad, como si mi nombre despertase recuerdos en ella. ¿Recuerdos? ¿Qué recuerdos? ¡Si era apenas una niña!



La viuda no tardó en llevarse a su hija, deseosa de presentarla a otros invitados. Como no sentía deseos de conversar, me retiré por un sendero del parque, desde donde no dejaría de advertir cuando entraran en el comedor. Saqué del bolsillo una pequeña cartera de arquitecto, que llevo siempre, y bosquejé el gracioso rostro de Tiphaina con una pureza que me satisfizo por lo auténtica.



La contemplaba embelesado, y en un rapto de alegría por mi obra, conmovido aún por la inspiración que me había sobrepujado a mí mismo, escribí al pie de la página: "¡Sólo Miguel Angel, hace trescientos años, hubiera podido concebir este delicado rostro!"



Al notar que fueron encendidas todas las luces del comedor, volví al interior del castillo. Entré en el momento en que el prefecto, conduciendo a la señora de Negris, iba a ocupar la cabecera, mientras que la señora de La Fontaine...



La señora de La Fontaine me esbozó una sonrisa que parecía decirme: "¿Ve usted que yo sabía lo que deseaba?" Con tanto respeto y cortesía como si Tiphaina hubiese tenido veinte años, le ofrecí mi brazo, y entramos en el comedor para ir a sentarnos donde nos indicó un mayordomo.



—Parece —aventuré en cuanto estuvimos ubicados— que la señora de La Fontaine me protege.



Me miró algo sorprendida, indecisa; después, una sonrisa iluminó sus bellos e inocentes ojos. Y al leer en aquellos ojos fue cuando me arrepentí de haber pronunciado lo que era casi una galantería de hombre. No, no era en ese lenguaje mundano en el que había que hablar a Tiphaina, sino en otro... Le hablé de arte, de música, y, con asombro, comprobé que era muy culta en estas materias.



—En Roma, apenas unos meses; pero en Florencia, varios años. Florencia es la capital del arte italiano.

—Yo no pienso así. Para mí, la capital del arte italiano, vista a lo largo de toda la historia, es la Ciudad Eterna...



Fundó su discrepancia de un modo tan inteligente, que me sorprendió y emocionó. Animado por la sonrisa resplandeciente de Tiphaina, le hablé de la hermosa reina del Tiber, trazando una semblanza histórica que me interrumpió en algunas ocasiones.



Tiphaina decía esto de modo encantador, sin segunda intención, sin una pizca de coquetería. El bello idilio de la Reina de Cartago, enamorada del héroe troyano que llegó al Tiber después de la guerra de Troya y fundó la raza latina, atraía su corazón de muchacha. Era quizá el fuerte instinto de la mujer, que despertaba en Tiphaina. Nada más ni nada menos.





Me escuchaba con arrobamiento y encontraba felices comparaciones y ejemplos en la abundancia de sus recuerdos, que completaban mis pensamientos, dando a veces la impresión de que yo no hacía más que darle forma a los suyos. Al aceptar la invitación de los...



...señores de La Fontaine, me había resignado a un día de aburrimiento y de fastidio, y he ahí que la compañía y la charla de la dulce Tiphaina habían hecho de aquel día el más ameno y encantador de mi existencia. Había olvidado la edad de Tiphaina; cuando le ofrecí el brazo para pasar al salón, experimenté una verdadera sorpresa viéndola tan pequeña y tomando conciencia de su edad real.



Cómo si adivinase mis pensamientos, Tiphaina me tomó con toda confianza de la mano.



—Habéis sido demasiado condescendiente con mi pequeña —me dijo amablemente la viuda de Negris—. Sin que ella me lo hubiese dicho, sabría que mi hija os ha hablado de sus dos vocaciones: la música y la pintura. Esto último me sorprendió.



Estas palabras, pronunciadas con cierto misterio (que no advirtió la madre, atraída en seguida por la compañía del prefecto), me fueron explicadas un rato después, cuando Tiphaina, luego de rogarle, consiguió que su madre le diese permiso para ir a admirar las ruinas de un antiguo convento de monjas que se levantaban en las inmediaciones del castillo.



Vacilé, sorprendido. Tiphaina, con limpia risa de niña, aclaró: —Me acerqué sin que usted me viera y miré... ¡Me retrataba a mí!





—Lo que no alcancé a leer fue lo que escribió al pie... ¿Algún pensamiento?

Debí enrojecer hasta las orejas. Mas, recobrado mi aplomo, respondí: —Ningún pensamiento. Estampé una simple impresión junto a mi bosquejo. Una y otro tienen una importancia puramente personal. En ese momento llegábamos a las ruinas, y aproveché la circunstancia para desviar la conversación.





Estaba junto a mí. Sus ojos, tendidos hacia el valle, parecían buscar allí, en la fuerza de la naturaleza, el tono vital que necesitaba su alma.

—Sin embargo —comenté, creyendo seguir el vuelo de su fantasía—, un espíritu educado en los gustos del arte contemporáneo puede transformar estas ruinas vetustas en un edificio que esté de acuerdo con la vida actual.





Comprendí perfectamente a Tiphaina. Ella, con el fervor de su educación y de su juventud, quería hacer de su hogar algo contrario a lo que pretendía el viejo y enmohecido señor de Chabouillat. Mi gusto y mi corazón me inclinaban hacia las ideas de Tiphaina. Y, pasando de las ideas a la práctica, abrí mi cartera de arquitecto y, sobre una hoja, tracé el esquema...

...del castillo ideal en que yo transformaría aquellas ruinas. Tiphaina, cautivada, quería que me pusiera a edificarlo inmediatamente.



—No es mía la propiedad... Además, ¿no le parece que es hora de que volvamos a casa para no inquietar a su mamá?
—Está bien; pero antes deseo pedirle algo: que me regale el bosquejo del castillo que acaba de hacer y el retrato que dibujó en el jardín.



—Permitidme, señorita Tiphaina, que os obsequie toda mi cartera, entonces. Guardadla como recuerdo —ofrecí. —Yo, para retribuiros esta atención —expresó la joven—, voy a escribiros un pensamiento, que me prometeréis no leer hasta mañana.



La guié de la mano por el sendero de pendiente que bajaba hasta la residencia de La Fontaine. Allí, la mamá, muy impaciente, sólo esperaba a Tiphaina para retirarse.







Se despidieron. Partían ya, cuando la voz de Tiphaina llegó por última vez aquel día a mis oídos: —¡Ya sabéis! ¡De ninguna manera antes de mañana! Esta misteriosa expresión en boca de la joven, debió de llamar la atención de los invitados, del mismo modo que les había llamado la atención nuestro paseo. Lo advertí al día siguiente, cuando el señor de Chabouillat me espetó:



No se habla sino de esto: que le habéis hecho la corte a la bella Tiphaina, en la fiesta del diputado, y que Tiphaina os corresponde a maravilla. En todo el viaje de vuelta no cesaba de hablar de vos.



—¿Cómo lo sabéis? —inquirí, intrigado. Chabouillat me explicó entonces que se lo había contado el prefecto, quien acompañó a la señora de Negris y a la hija en el viaje de vuelta.

Estuve en casa del prefecto esta mañana. ¡Sabéis que Tiphaina es heredera de veinte millones, supongo!

Os juro que lo ignoraba.



Bueno; pues si desperdiciáis esta ocasión de convertiros en millonario, sois un tonto...



"Creedme que, a pesar de los pocos años de esa joven, ya tenéis muchos rivales. Pero, ¿qué podrán hacer, si el corazón de ella os pertenece?" Comprendí, y lo supe luego, que mis atenciones con Tiphaina eran el tema de la conversación y la chismografía de la ciudad. Por la noche, en el club de L..., se me acogió en el mismo tono de afectuosa broma. ¿Cómo enojarme con aquella buena gente que no quería ni creía injuriarme? Traté solamente de persuadirlos de la verdad.

—Os equivocáis, amigos: yo ignoraba la fortuna de Tiphaina, fortuna que, en vez de acercarme a ella, me alejará definitivamente. Por otra parte, la hija de la señora de Negris es una niña todavía, cuya alma inocente no he osado ni osaré turbar...



Sobre esto último pensaba al regresar del club a mi casa, y me pregunté: "¿Estás seguro de no haber perturbado el alma de Tiphaina? La emoción que despertaron en su corazón tus palabras, el retrato que trazaste con un pensamiento al pie, ¿qué significan para ella?"



Recordé el escrito que me había entregado con la promesa de que no lo abriría hasta el día siguiente, y lo busqué afanosamente en mis bolsillos. El pensamiento estampado por Tiphaina en aquel papelillo que yo conservaba, doblado en cuatro, iba a darme la clave de lo que yo anhelaba saber. Con letra delicada, había copiado este verso: "Recuerda, porque, quizá, ¡oh, fugitivo compañero!..."



Nada más que un verso, cuyo significado estaba trunco. La mano de Tiphaina no se atrevió a escribir el verso que completa el pensamiento del poema, y que, por suerte, yo recordaba de memoria: "Algún día mi corazón te necesitará, y vendré a buscarte."



Tiphaina, en su ingenuidad de niña, o en su naciente coquetería de mujer, dejó un enigma insoluble en aquellos versos. Durante mucho tiempo, mi voluntad, impotente para olvidar nuestro encuentro, no podía borrar, tampoco de mi alma aquel fragmento de poema que ella escribió para mí.





Pasó el tiempo. Hacía algunos años que había abandonado la Auvernia, después de complacer al buen Chabouillat. Mis triunfos tenían lugar ahora en París, aunque mi arte había perdido algo del místico romanticismo de la juventud, para entrar en una etapa más práctica y comercial. Mis tareas de arquitecto ocupaban la mayor parte de mi tiempo, sí, mas...

...confieso que muchas horas las dedicaba también al placer. Había conservado la vieja y tibia casa que fue el hogar de mis padres; pero yo habitaba en un elegante piso de la calle Varennes, decorado en su mayor parte por las obras y la mano de artistas amigos, y donde podía dar a mis visitas una alta idea de los gustos del propietario.



Mi vida, laboriosa por la mañana, era, por la tarde, indiferente y frívola. Había conocido a muchas mujeres de sociedad, pero ninguna me atrajo.





Una mañana, me trajeron dos cartas juntas. La primera decía: "Señor Jorge Percin: Mme. de Negris tiene el honor de participaros el matrimonio de su hija Tiphaina con el Príncipe de Caradoc, y os ruega que asistáis a la bendición nupcial, que tendrá lugar el ocho de mayo próximo, en la iglesia de la Magdalena."

La señora de Negris había agregado, en forma de posdata: "Thiphaina me encarga que os diga que durante mucho tiempo ha querido comunicarse con vos, y no encontró quien le diese vuestra dirección."

(Tiphaina ha querido comunicarse conmigo durante mucho tiempo... ¿Para qué?)



¡También yo, con toda mi alma, hubiese deseado estar en contacto con ella! No lo hice: por timidez, por escrúpulos..., ¡por aquellos malditos veinte millones de que la sabía heredera! ¡Por temor al qué dirán había perdido, acaso, el único y gran amor de mi vida!

(¡Qué cobarde he sido!)



La segunda carta, que abrí nerviosamente, contenía aquel retrato de Tiphaina que yo bosquejé en el jardín de La Fontaine. Me estremecí al contemplarla de nuevo como estaba aquel maravilloso día y, con infinita desolación, leí la dedicatoria que escribí entonces con sagrado entusiasmo: "¡Sólo Miguel Angel, hace trescientos años, hubiera podido concebir este delicado rostro!"





Una esquela, con letra de Tiphaina, me decía: "Mi conciencia de prometida, de futura esposa del Príncipe de Caradoc, me obliga a devolveros este retrato que hicisteis para mí en una hora de hermosa devoción, en un día bello y lejano que yo nunca he olvidado, y que en lo futuro debo olvidar. Con toda mi alma, os digo adiós para siempre."

La emoción conmovió de tal modo mi corazón, que tardé varios días en reponerme. Cuando tuve ánimo, hice algunas averiguaciones acerca de la familia de Tiphaina. Por ellas supe que el padre, el señor Negris, se había enriquecido gracias a su inteligencia y a algunos golpes de la fortuna, que dejaron sin un centavo a una docena de nobles.



El señor Negris se casó en Grecia con una prestigiosa pianista. La preocupación del matrimonio fue siempre la educación de la única hija que nació de su unión: Tiphaina. La pequeña viajó con ellos por el mundo entero; aprendió idiomas, y en Roma estudió música y pintura en una célebre academia.



A la muerte del padre, ocurrida cuando Tiphaina contaba doce años, la viuda de Negris compró un antiguo castillo con sus tierras, en la Auvernia. El castillo era, indudablemente, aquel de cuya restauración Tiphaina me habló en la fiesta del diputado La Fontaine.



(Ya conozco la historia de Tiphaina. Pero ¿para qué me ha servido conocerla?)

Concurrí al templo de la Magdalena el día de la boda, tal como ella me lo pidió por intermedio de su madre. Cuando apareció Tiphaina, vestida de novia, quedé deslumbrado. ¡Había cambiado extraordinariamente, aunque en cierta forma era la misma niña que yo conocí!



Paralizado, con el corazón palpitante, la contemplé pasar. No podré decir jamás con palabras lo que sentí en aquel momento. La seguí con la mirada y la vi arrodillarse ante el altar. Y cuando el Príncipe de Caradoc avanzó hasta ella, bajé...



...la vista. La escena me abrumaba, aniquilaba todas las potencias de mi alma. La ceremonia duró un buen rato. Esperé el momento de saludarla. Cuando llegó, ella me tendió graciosamente la mano.

Os agradezco el haber venido, señor Percin.





Volví a encontrar el timbre armonioso de su voz, que más de una vez, desde hacía cinco años, había resonado dulcemente sólo en mi memoria y en mis ensueños. Mucho tiempo debía pasar antes de que volviera a escucharlo.

Una noche la vi en la Opera, entre su madre y una hermana del marido. Algo me llamó la atención. Tiphaina estaba pálida y delgada, y sus ojos estaban llenos de tristeza. Además, esos ojos parecían inquietos esa noche, como si buscasen algo en los palcos. ¿A quién?



En el segundo entreacto, vi que la cuñada le indicaba un palco, en cuya dirección Tiphaina enfocó su anteojo de larga vista. Mas lo desvió en seguida, como si lo que acababa de descubrir la hiriese profundamente. Miré yo hacia el...



...palco en cuestión y sorprendí allí al marido de Tiphaina, el Príncipe de Caradoc, en conversación muy animada con la bella señora de P..., esposa de un embajador en Oriente y mujer con fama de Cleopatra del mundo parisiense.



Esta escena no podía decirme nada. Pero la actitud triste y dolorida de Tiphaina despertaba mi suspicacia. Dos años más tarde, leyendo un diario, fuí sorprendido por las líneas siguientes: "Un doloroso acontecimiento ha tenido lugar ayer en la playa de Vendôme: uno de nuestros diplomáticos más eminentes, el Barón de P..., entraba en su casa a las dos de la mañana, y encontró allí...



...a un desconocido. El Barón, advertido por un anónimo, según se dice, de lo que ocurría, llevaba su revólver, que descargó sobre los cómplices. Datos que han confirmado las autoridades designan al Príncipe de Caradoc como una de las víctimas."





Experimenté una dolorosa sorpresa. En mi compasión por la desdichada Tiphaina, inmerecedora de semejante marido y de tal escándalo, le escribí una larga carta que partía el corazón. Pero, por esto mismo, no se la envié. "¿Para qué entristecerla más de lo que ya está", me dije al releerla. Ensayé otra, que me pareció muy fría, y tampoco la envié. Y las rompí a las dos.

Cuando supe que la señora de Negris y su hija estaban de nuevo en París, fuí a visitarlas a la casa que tenían en la capital. Un criado...

Las señoras han partido esta mañana para Suiza, señor.



Por un año no volví a tener noticias de Tiphaina. No regresaron a París, según lo averigüé. Para olvidar, me dediqué con ardor a mi profesión. En medio de mis luchas, de mis esfuerzos por dotar de arte a cuanto hacía, me acordaba...





...de la dulce muchacha que conocí en otro tiempo, y la reproducía en mi imaginación, enriquecida por el recuerdo y los sentimientos inviolables que conservaba hacia ella en lo más recóndito del alma. Tenía siempre ante mí, sobre la mesa de trabajo el boceto del retrato que ella me devolvió.

En otras ocasiones, cuando iba a pasar alguna temporada de vacaciones en la región de la Auvernia, y sobre todo en el castillo de Chabouillat, sacaba mi cartera de arquitecto y, sobre una blanca página, trazaba la silueta de Tiphaina, tal como la imaginaba en aquellos momentos, sumida en la melancolía de su desdicha.



Dejé atrás mis treinta y cinco años, y con ellos el ardor de la juventud. Una mañana encontré en mi escritorio una carta, cuya letra me resultó conocida; era la de la señora de Negris. La carta decía: "Mi hija, viuda del Príncipe de Caradoc, tiene vivos deseos de consultaros sobre ciertos proyectos suyos; os quedaría reconocida si quisierais visitarnos en nuestra casa de París, cualquier día de la semana entrante. Recibid sus agradecimientos y los míos desde ahora."



Lo primero que me llamó la atención fue que Tiphaina, una mujer ya, se valiese de su madre para pedirme que fuera a verla. ¿Por qué eludía escribirme personalmente? No me hice problemas sobre el asunto, y el martes me presenté en la suntuosa mansión.

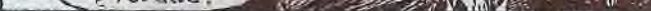
Las señoras han llegado ayer... Lo anunciaré en seguida, señor.



Tiphaina vino a mi encuentro. Me tendió cordialmente la mano y me dijo: —Sabed que nunca olvido a mis verdaderos amigos, y a vos os cuento en el número de ellos desde hace muchos años.



Entonces Tiphaina me explicó que me había mandado llamar porque necesitaba de mi arte de arquitecto: deseaba modernizar el castillo de su propiedad de la Auvernia.







Me despedí con la promesa de visitarla en su castillo de la Auvernia, dos días más tarde. Esa noche, soñé con la dulce Tiphaina y entreví la perspectiva de mi propia felicidad. ¿Por qué no? ¿Era tarde acaso?



El jueves, muy de madrugada, emprendí el camino. Unas leguas antes de llegar a L..., el coche pasó rozando la sotana de un sacerdote, quien me gritó de atrás:



Hice detener el carruaje y me volví, sorprendido. Reconocí al buen cura de L..., a quien, durante mis trabajos en Chabouillat, me unió una gran afinidad espiritual y artística. El padre Pouyet subió de un salto al coche.





El sacerdote me explicó que era el confesor del castillo y que allí se había enterado de los proyectos arquitectónicos de la Princesa de Caradoc (había heredado este título, que usaba no sin repugnancia). —Desde aquella desgracia se dedica a la caridad...



Al tocar la conversación este punto, la desvié hacia cuestiones de otro orden. Y esto fue lo que me impidió saber algo que debí tener presente en mi conducta, y que no tuve. Hallé a Tiphaina en compañía de un joven de su misma edad, llamado Camilo.



Un tanto confundido, expresé: —Mi opinión, en este caso, señora, es la que menos debe pesar. Las razones de vuestro amigo son muy atendibles... Seguimos conversando agradablemente. Camilo era un mozo muy culto y simpático. Por fin, manifestó que debía regresar a su castillo, vecino al de Negris.



Quedé solo con Tiphaina. Me habló de su matrimonio desdichado y de la crueldad de que la hizo víctima su marido, con quien nunca fue feliz, según me confesó. —Me casé con el Príncipe de Caradoc por una especie de imposición familiar.



Tiphaina me explicó entonces que el padre, antes de morir, había tenido vínculos financieros con el Archiduque de Caradoc, padre del Príncipe, con quien concertó, según ciertas costumbres orientales que se practicaban en la familia de aquél, el matrimonio de los hijos de ambos, cuando Tiphaina contaba apenas doce años, y el Príncipe dieciocho.





Al decir esto, los ojos de Tiphaina me miraron dulcemente. —Veis, amigo mío —añadió—, cuántos dolores han pasado por el alma de vuestra amiga desde aquel día feliz...



"Creedme que la pequeña Tiphaina ha deseado durante largos años que llegara el momento de renovar la impresión y la dicha recibida en las cortas horas que pasó a vuestro lado. La vida no me dio la oportunidad que anhelaba. Hoy, pasados los años, con el corazón abatido por una desgracia, os pido que me otorguéis la cariñosa confianza y la amistad que ofrecisteis a la pequeña Tiphaina cuando sólo tenía catorce años."



Yo no he tenido ocasión de conocer el corazón de muchas mujeres. He vivido en un mundo cerrado a las aventuras y a las argucias psicológicas que se entablan entre ambos sexos. Una ceguera irreflexiva me dio la audacia de cotejar a la cándida y honesta Tiphaina con la heroína de una novelita romántica que había caído en mis manos. Un consejo detestable, dado por Stendhal a Mérimée, en el sentido de que en amor no hay que desperdiciar el momento candente, si no queremos...

...que las mujeres nos tomen por tontos, me impulsó a obrar. Enlacé a Tiphaina con mi brazo y la atraje hacia mí. No se resistió, e, inclinándome hacia su rostro afectuoso y confiado, posé mis labios en los suyos.



Ella se echó de pronto hacia atrás. Pálida, la mirada turbia, me dijo temblando: —¿Qué habéis hecho? Su rostro, sin embargo, no expresaba cólera, sino una especie de infinito desconsuelo.



Tiphaina se tomó la frente entre las manos y comenzó a sollozar: —¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Es tarde!









Ante estas razones, reaccionó también lo bueno, lo leal y lo recto que hay en mi alma, y dije: —Siendo así, señora, perdonadme: os he ofendido y desconocido. Aceptaré la expiación que me impongáis.



Tiphaina bajó la cabeza y permaneció en silencio, como si una dolorosa lucha agitara su interior. Añadí: —Respondedme, señora: reconozco que mi conducta ha sido precipitada y odiosa, al aprovechar la emoción de vuestros recuerdos para sorprenderos...





Tiphaina agregó: —El recuerdo de esta inesperada escena a vos toca repararlo con vuestra conducta futura... Pedí nuevas disculpas y tomé mi sombrero, para retirarme. Tiphaina se adelantó, ansiosa:



—Sí —expresó Tiphaina—. Estáis lo suficientemente protegido en los recuerdos de mi corazón como para que no dé más importancia a este incidente. Para que lo comprobéis, dadme un beso de amigo en la mano y partid. ¿No os decidís?...



Iba a contestarle lo que pensaba, pero fuimos interrumpidos por la llegada de la señora de Negris, quien venía a nuestro encuentro acompañada de varios amigos.



Volví al día siguiente, como Tiphaina me lo había pedido. No me recibió ella, sino Camilo, quien...



—Por lo visto —comenté—, han triunfado sus ideas conservadoras, señor Moulins. Y me parece bien que el castillo quede como está, conservando su antigua belleza, que vosotros haréis más valiosa aún viviendo en él.



Camilo me acompañó hasta el carruaje, y allí nos estrechamos cordialmente la mano. El viaje de vuelta fue largo y tortuoso para mí. Dado como soy a la reflexión, tejía novelescas conjeturas. Llegué a interpretar la actitud de Tiphaina de acuerdo con una teoría psicológica...

...que había puesto de moda un gran filósofo inglés: toda mujer apasionada —como Tiphaina lo era— tiene un corazón que necesita...



...colmarse de amor espiritual y del otro amor, el amor mundano, físico, terrenal. Cuando tal mujer no encuentra reunidos esas dos clases de amor, puede amar de verdad a dos hombres al mismo tiempo. Camilo y yo ¿no representábamos para la apasionada Tiphaina...



...esas dos clases de amor? Yo era el amor espiritual o platónico; Camilo, el amor real, mundano...

Estos pensamientos, en vez de hacerme sentir mi derrota, aumentaron mi admiración por Tiphaina. "Si yo represento el amor espiritual —me dije—, ¿por qué he de rendirme sin lucha?"



Eran mi vanidad, mi despecho, los que me dictaban esta resolución tan fuera de mi carácter. Confiado en mi triunfo, esperaba con impaciencia. Iba todos los días a la residencia de las señoras de Negris para pedir noticias de éstas. Por fin un día...



Volví contristado. Desatendí mi trabajo por espacio de dos semanas, y cuando entré en mi despacho una mañana, en medio de un centenar de cartas sin abrir que yacían sobre mi escritorio, encontré una que me llamó poderosamente la atención: ¡era de Tiphaina! Reconocí la letra inmediatamente.



El sobre contenía una participación de su enlace con Camilo Moulins, que se realizaría en Roma. Me invitaba a la ceremonia religiosa y agregaba: "He querido ser yo, en vez de mi madre, quien os anuncie este grato acontecimiento de mi vida. Y lo he querido porque una indisposición me impidió despedirme de vos en nuestro castillo de la Auvernia y daros cierta explicación que vuestra amistad bien merece. Os la debo, y, cuando regrese a París, tendréis el derecho a reclamármela."



Una irremediable tristeza sucedió en mi existencia al ver perdido para siempre el sueño tan locamente acariciado, y pasó el año sin que mi corazón desfallecido consintiera en distraerse. Una atracción irresistible me hacía a menudo tomar el camino de la casa de Tiphaina para ver si había regresado.

Las ventanas cerradas me indicaban que estaba aún en el extranjero.



Vivía, en cierto modo, de aquellas prometidas palabras de explicación. ¿Qué me diría Tiphaina? Pasó un año, y no había regresado. Entraba ya el verano del tercero, cuando una mañana se abrieron de par en par las ventanas de sus habitaciones.



Me acercaba a la puerta de la residencia, cuando vi abrirse aquélla y salir un coche arrastrado por dos yuntas de briosos corceles. En él viajaban Tiphaina y Camilo. Entre ambos iba una criatura de unos dos años.



La dulce vocecita llegó hasta mí. Y ya no dudé: aquella niña, aquella hermosa muñeca que se parecía a Tiphaina, sobre todo a la Tiphaina de catorce años que yo conocí en un castillo de la Auvernia, era la hija de los esposos Moulins. Iba a llamarlos, pero los vi tan alegres y felices, formando un trío perfecto de amor familiar, que me contuve. Juzgué...



...que acababa de perder todo derecho sobre el amor de aquella mujer. Me despojaban de ese derecho, para siempre, la escena dichosa que acababa de presenciar y aquella niña, que tenía sus derechos, contra los cuales yo jamás osaría disputar.



Tomé el camino de regreso a mi casa y, ¡misterios del corazón humano!, en vez de sentirme deprimido y desconsolado, experimentaba un grato alivio. Buscando una explicación, hallé ésta: mi conciencia, justa por naturaleza, vivía la sensación de haber resuelto con justicia salomónica el pleito más importante de mi alma.

Evoqué por un instante a Tiphaina y comprendí la felicidad de Camilo. No tenía envidia de esta felicidad. "Camilo la merece —me dije— porque es noble, leal y bondadoso..., y porque ama a Tiphaina de verdad." Y, mientras marchaba calle abajo, completé mi pensamiento.



intervalo ALBUM

